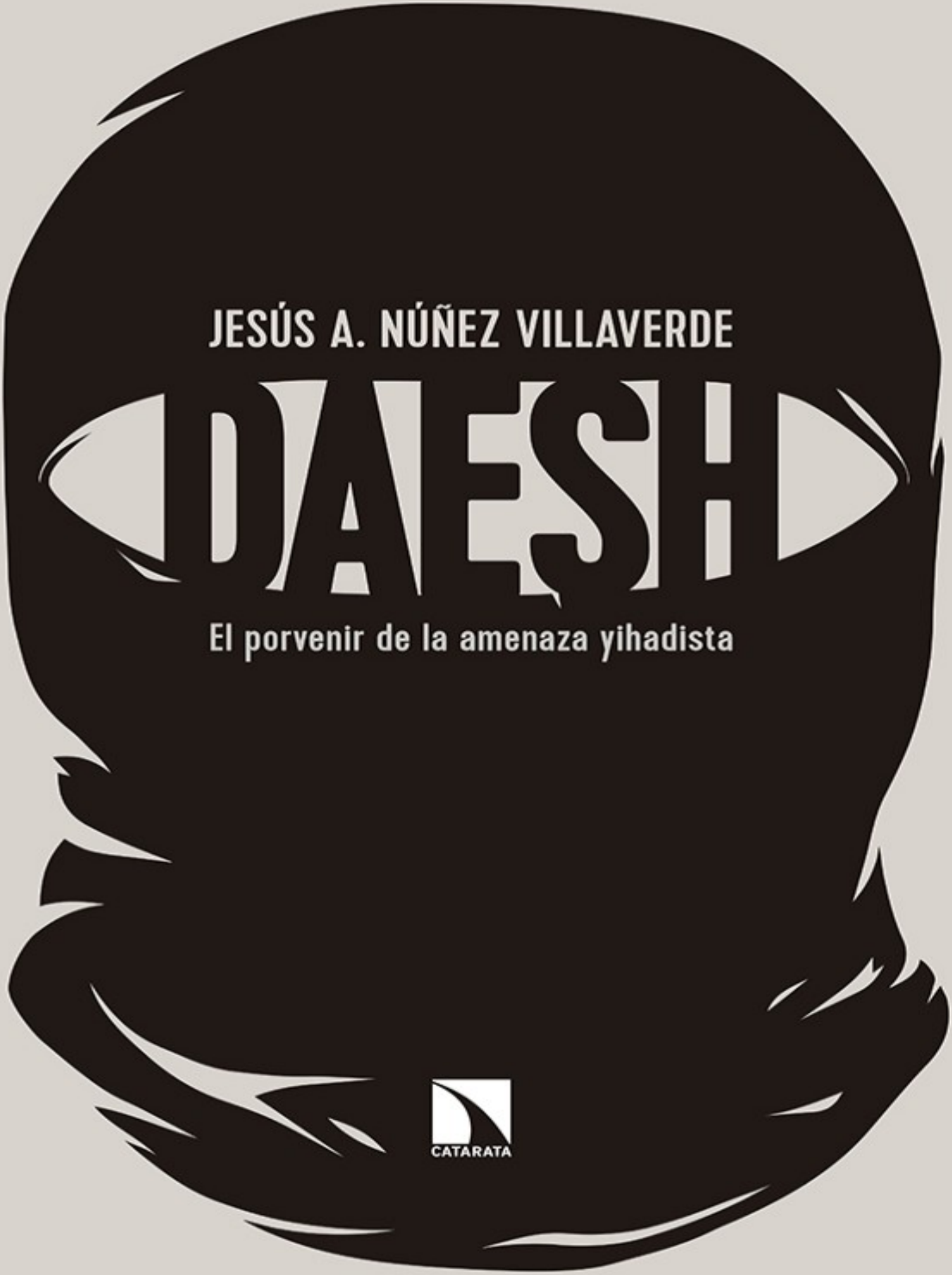
JESÚS A. NÚÑEZ VILLAVERDE
DAESH
El porvenir de la amenaza yihadista
CATARATA

JESÚS A. NÚÑEZ VILLAVERDE

Codirector del Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria (IECAH). Economista y militar en reserva, es especialista en seguridad, construcción de la paz y prevención de conflictos, con atención especial al mundo arabomusulmán. Profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad Pontificia de Comillas y miembro del International Institute for Strategic Studies. Es colaborador habitual en diversos medios de comunicación sobre asuntos internacionales.

Jesús A. Núñez Villaverde

Dáesh

EL PORVENIR DE LA AMENAZA YIHADISTA

CATARATA

© DISEÑO DE CUBIERTA: PABLO NANCLARES

© JESÚS A. NÚÑEZ VILLAVERDE, 2018

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2018
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 20 77
FAX. 91 532 43 34
WWW.CATARATA.ORG

DÁESH.
EL PORVENIR DE LA AMENAZA YIHADISTA

ISBN: 978-84-9097-402-5
E-ISBN: 978-84-9097-414-8
DEPÓSITO LEGAL: M-854-2018
IBIC: JPWL/HRH/JFSR2

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

Presentación

Son 25 millones de dólares los que ofrece Estados Unidos por la cabeza de Ibrahim Awwad Ibrahim Ali al Badri al Samarrai, más conocido como Abubaker al Bagdadi o, para sus fieles, como el califa Ibrahim. Entre recurrentes rumores que hablan de su muerte —ya van ocho anuncios desmentidos cuando se cierran estas páginas en noviembre de 2017—, Al Bagdadi lidera la organización yihadista más renombrada del planeta, Dáesh, impulsando una ensoñación (o delirio) que pretende recrear un califato mundial basado en la versión más rigorista del islam.

En una comparación que solo resiste Al Qaeda en sus tiempos de máximo esplendor en la pasada década, Dáesh aparece hoy como una entidad ubicua, con capacidad para golpear brutalmente en el momento y en el lugar que elija. Aunque sus orígenes pueden rastrearse hasta la última década del pasado siglo, es en estos últimos tres años cuando ha pasado a convertirse en la referencia central del terrorismo internacional hasta el punto de ser identificada como la amenaza por excelencia. No solo sus miembros se ven como los protagonistas fundamentales de nuestro tiempo, sino que son muchos los medios de comunicación y los gobiernos que lo han aupado sin fundamento, en una mezcla de ignorancia y de discurso interesado, a la categoría de amenaza existencial.

Tanto el grupo como sus líderes, militantes y simpatizantes son, evidentemente, una amenaza bien real de nuestro mundo globalizado. Apoyándose en una visión extremista del islam y con una estructura organizativa, una estrategia de comunicación y una capacidad operativa desgraciadamente modélicas en muchos aspectos, Dáesh ha logrado convertirse en un actor destacado del escenario internacional. Así ha

conseguido incluso controlar durante un tiempo que ya se le acaba un territorio propio, en diversas zonas de Siria e Irak, y ver replicado su modelo por parte de numerosos grupos interesados en asociarse con la "marca que mejor vende en el mercado global de la violencia".

Pero a pesar de esa sobredimensionada consideración y del desmedido eco que encuentra cualquiera de sus acciones en los medios de comunicación, en un error más de respuesta a una amenaza, Dáesh es, básicamente, un auténtico desconocido. Al menos para quienes solo tenemos acceso a fuentes públicas de información, es muy poco lo que sabemos con precisión sobre sus principales dirigentes, su estructura, sus efectivos, su financiación o sus verdaderas capacidades de combate. Y en mitad de tanta nebulosa premeditada es mucho más fácil que acaben calando todo tipo de bulos sobre una organización insurgente que, de ese modo, se magnifica a los ojos de sus simpatizantes y de unas opiniones públicas cada vez más atemorizadas ante lo que perciben equivocadamente como la amenaza más trascendental que pende sobre sus cabezas.

Visto así, las páginas que siguen van, deliberadamente, contra corriente, intentando ayudar a conocerlo mejor y ponderando adecuadamente su significación en el listado general de amenazas, riesgos y desafíos que nos plantea el mundo global que nos toca vivir. A partir de un intento por establecer con cierta precisión algunos conceptos ligados habitualmente a Dáesh, la pretensión de los primeros capítulos es básicamente analizar su origen, objetivos, estructura y evolución en su manera de ejercer la violencia. Irak y Siria son, indudablemente, los escenarios más significativos en su aún corta historia, y a ambos se dedican también unas páginas, tanto para determinar las razones de su aparente éxito, hasta la proclamación del pseudocalifato en junio de 2014, como para estudiar los motivos de su acelerada pérdida de territorio hasta su ya visible desmantelamiento a corto plazo.

En la segunda parte, el texto profundiza en el estudio de las estrategias

de respuesta que se han activado hasta el momento para hacerle frente. A pesar de la negativa experiencia acumulada tanto en Afganistán como en Irak en la década pasada contra Al Qaeda, las opciones militaristas siguen siendo aún hoy las prioritarias, sin entender que no hay solución militar al problema que representa el yihadismo global. Eso determina que el balance provisional desde la creación de Al Qaeda en 1988 sea netamente insatisfactorio. Como ejemplarmente se mostraba en la película *Ciudad de Dios*, dirigida en 2002 por Kátia Lund y Fernando Meirelles, si solo se adoptan medidas de fuerzas contra los violentos (en aquel caso, adolescentes de dieciséis o diecisiete años a la cabeza de las bandas que pululaban en la favela brasileña de ese nombre), su eliminación física solo traerá consigo más violencia protagonizada por menores más jóvenes aún y más radicalizados.

Una vez más, la atención multidimensional a las causas sociales, políticas y económicas que sirven de caldo de cultivo a la radicalización y a la violencia destaca como la principal asignatura pendiente, tanto en relación con Dáesh como con cualquier otro fenómeno violento similar. Y si esto no se asume en la práctica, el futuro que nos plantea Dáesh y el yihadismo global en su conjunto seguirá siendo, como se presenta en las últimas páginas, tanto o más oscuro del que ya tenemos hoy ante nuestros ojos.

Como notas introductorias finales solo queda por señalar que, deliberadamente, se ha optado por no entrar en detalles en la vertiente *gore* que tanta publicidad gratuita le ha dado a Dáesh, sin que aporte realmente nada sustancial al análisis. Queda dicho ya aquí que su extremada violencia contempla todas las variables imaginables y que, por tanto, no hace falta alguna darle aún más espacio del que ya habitualmente ocupa en las crónicas de sucesos. Igualmente queda por ofrecer las disculpas debidas a los puristas del lenguaje, dada la imposibilidad para establecer de manera definitiva los nombres de individuos o grupos. El maremágnum de

transcripciones de muy diversa procedencia recogidas por fuentes igualmente variadas no permite, al menos para un lego en materia de filología árabe, llegar a conclusiones irrebatibles. Solo queda desear que eso no complique aún más a los lectores la comprensión de lo que sigue.

Por último, también cabría pedir disculpas a la muy diversa fauna de conspiranoicos que siempre van a preferir cualquier relato fantástico a la, a menudo, más ramplona realidad. Si alguno de ellos se adentra en estas páginas, se sentirá a buen seguro decepcionado, porque no va a encontrar en ellas nada que le refuerce ese tipo de interpretaciones. Lo que sí encontrará cualquiera que se anime a su lectura es un análisis que, lejos de demonizar a una civilización y a una religión como la islámica, pretende contribuir a conocer mejor a un grupo yihadista insurgente lo suficientemente inquietante como para ocuparnos y preocuparnos hasta que algún día, hoy lejano, desaparezca del horizonte. *Inshallah*.

CAPÍTULO 1

Inevitables disquisiciones terminológicas

ISI, ISIL, ISIS, EI, Dáesh… Es tal el batiburrillo generado para nombrar a la organización liderada por Al Bagdadi que, en ocasiones, parecería que se hace referencia a varios grupos distintos, cuando en realidad todos confluyen en uno solo: Dáesh. Así, castellanizado incluso con el añadido de la tilde, es como será empleado en este texto.

La discusión sobre el nombre que con mayor precisión define a esta organización yihadista va, obviamente, mucho más allá de las cuestiones gramaticales. Para quienes se sienten parte del proyecto ideado por Al Bagdadi no cabe duda de que la única denominación posible es Estado Islámico. En términos políticos, sus integrantes se ven como pioneros edificadores de una nueva entidad que, rompiendo el marco de los estados nacionales heredado de la descolonización europea, aspira a crear una nueva realidad transnacional, incorporando a toda la comunidad de creyentes (*umma*) y sometiendo al resto de la humanidad a su dictado. Al mismo tiempo, en el terreno religioso, se ven como los auténticos y más puros representantes del islam, convencidos de la necesidad de seguir e imponer una práctica literal de lo que creen que su religión les ofrece en todos los órdenes de su vida individual y colectiva como guía única de comportamiento.

De ahí que, una vez instaurado su pseudocalifato en 2014, hayan eliminado las palabras Irak y Siria (o Levante) de su denominación anterior —Estado Islámico de Irak (ISI), Estado Islámico de Irak y Siria (ISIS) o

Estado Islámico de Irak y Levante (ISIL)— para dejarlo fijado en un Estado Islámico con pretensiones universales, bajo las directrices del nuevo califa Ibrahim.

Frente a esa visión, cabe plantear otra que procure no hacerle el juego a los yihadistas. Por muy insistente que sea su delirio, lo que han creado durante apenas tres años en la mitad oriental de Siria y en la tercera parte occidental de Irak es cualquier cosa menos un Estado digno de tal nombre. No solo se trata de que no ha llegado a ser reconocido como tal por ningún Estado del planeta, sino de que carece de la más mínima legitimidad para arrogarse esa seña de identidad ante una población que en ningún caso ha sido consultada sobre sus preferencias. El territorio que han llegado a dominar por la fuerza temporalmente es, más bien, un feudo yihadista que sirve de santuario a su núcleo dirigente y en el que pueden albergar a individuos interesados en mejorar sus capacidades violentas para operar tanto en ese mismo territorio como en diferentes países. Su simulacro de acción estatal en el ámbito social, político y económico con una población dominada por la fuerza no les otorga en modo alguno el carácter de Estado y solo los que, por inconsciencia o por morboso sensacionalismo, les siguen la corriente pueden optar por emplear el nombre que ellos mismos han elegido.

Del mismo modo —y a pesar de que, a diferencia de Osama bin Laden, Al Bagdadi tiene credenciales académicas en teología islámica—, ninguno de los dirigentes o portavoces del grupo pueden atribuirse ningún mandato islámico. No tienen ninguna representación formal que les permita hablar y actuar en nombre del islam, aunque constantemente pretendan justificar sus acciones y planteamientos rebuscando en el islam suní lo que mejor se ajuste a sus planes. Gestos como la destrucción de la gran mezquita de Al Nuri, en la que Al Bagdadi se autoproclamó califa, ante la inminente pérdida de Mosul en el verano de 2017, indican el escaso respeto que en el fondo Dáesh tiene a la religión que dice defender y representar.

Son esas las razones que llevan a rechazar el uso de Estado Islámico, optando en su lugar por el de Dáesh como la manera más adecuada para nombrar a un grupo que en su bandera, sobre fondo negro, destaca dos lemas muy claros: “No hay más dios que Alá” (en la parte superior) y “Mahoma es el mensajero de Alá” (en la inferior). Dáesh es el acrónimo de lo que se conoce como Al Dawla al Islamiya lil Iraq wal Sham (Estado Islámico de Irak y de Siria) en alfabeto latino. Se trata de una denominación rechazada por Al Bagdadi y los suyos, no tanto porque fonéticamente suena en árabe muy similar a palabras con sentido despectivo, sino más bien porque supone un intento de negarles su carácter estatal e islámico.

Dáesh es, en definitiva, una opción entre otras para hacer referencia a un grupo panislamista (aspira a unir bajo el califa a toda la comunidad de creyentes, superando los límites del Estado nación), yihadista (al entender la lucha más como un deber religioso necesariamente violento para mayor gloria del islam que como un esfuerzo interior de cada creyente para vencer sus limitaciones y hacerse merecedor a su dios), salafista (aplicando una interpretación literal de la ley islámica que trata de emular a los compañeros directos del Profeta), wahabí (alineado con la versión más rigorista del islam suní, que promueve y apoya el régimen saudí), takfirista (convencido de estar en posesión de la verdad y con poder de excomulgar y, por tanto, castigar a otros por considerarlos no musulmanes), antichií (y también contrario a otras señas identitarias religiosas como la sufí, pero también la cristiana, la hindú…), milenarista (convencido de que el final de los tiempos está próximo) e insurgente (lo que incluye, rebasándolo, su mero perfil terrorista).

Todo eso y mucho más, como veremos en las páginas que siguen, es el Dáesh que tanta atención atrae hoy. Pero en aras de la precisión en el uso de los términos y con intención de evitar aún mayor confusión en el complejo entramado civilizacional arabomusulmán, a la hora de definirlo conviene evitar expresiones como la de islamista —que debe reservarse

exclusivamente para identificar a los creyentes en la fe islámica, aunque con demasiada frecuencia los medios de comunicación les añaden connotaciones políticas y hasta violentas— o la de islamista radical —lo que llevaría a equipararlo con grupos políticos (como el Partido Ennahda tunecino, el Partido Justicia y Desarrollo marroquí o el Partido Justicia y Libertad egipcio, marca política de los Hermanos Musulmanes, que aspiran a conquistar el poder en sus sociedades, empleando el islam como referencia principal de sus propuestas)—.

Es, por supuesto, uno de los más significados entre los más de 200 grupos terroristas que aparecen nombrados en los listados de distintas organizaciones internacionales[1]. Incluso hoy por hoy cabría decir que es "la marca que mejor se vende en ese mercado". Pero, a diferencia de otros grupos que limitan su acción a la comisión de actos violentos, selectivos o indiscriminados, Dáesh añade muchos otros componentes, que pueden ir desde la acción paraestatal a la movilización social o al combate frontal contra tropas regulares. Eso lleva a definirlo mejor como un grupo insurgente, empeñado en rebelarse y sublevarse contra un determinado orden de cosas —impuesto originariamente por potencias europeas colonizadoras y mantenido posteriormente por unos gobernantes locales crecientemente ilegítimos a sus ojos— con la clara intención de modificarlo desde su base. Visto así nos encontramos, obviamente, ante una amenaza de mayor entidad.

CAPÍTULO 2

Una criatura con un pedigrí terrorífico

Dáesh no ha surgido de la nada. Es, por una parte, el producto de un contexto sociopolítico, económico y de (in)seguridad que define a países como Irak, Siria y tantos otros y, por otra, una evolución natural del yihadismo violento.

Sin perder de vista innumerables referencias históricas que se remontan siglos atrás, el yihadismo violento global tiene su principal punto de arranque en 1988, cuando Osama bin Laden decide crear Al Qaeda al Askariya (la Base Militar). Al Qaeda, al que muchos consideran hoy equivocadamente un asunto del pasado, es el tronco principal del yihadismo global contemporáneo, del que Dáesh es, en esencia, una rama rebelde con aspiraciones de grandeza. Fue en el Afganistán ocupado por los soviéticos durante el periodo 1979-1989 donde miles de jóvenes afganos, pero también árabes de diferentes procedencias, se alistaron como *muyahidin* en lo que consideraron una nueva "guerra santa" contra el infiel, comunista en este caso. Y de allí, con el apoyo explícito de aprendices de brujo como Washington, Islamabad y Riad, surgieron los mimbres con los que hasta hoy se ha ido armando el mayor entramado yihadista conocido.

Elemento central para el desarrollo de esa empresa ha sido el apoyo prestado durante décadas por un régimen saudí interesado en promover la expansión del rigorismo wahabí, que es un pilar fundamental de su propio poder. Así, Riad, aprovechando una permisividad internacional generalizada que solo se explica por la dependencia energética de unos y la

ceguera cortoplacista de otros, ha venido financiando generosamente a pensadores y grupos que no tienen reparo alguno en justificar y defender el uso de la violencia para imponer su visión sobre la manera en la que debe regularse la vida individual y colectiva de todos los creyentes en la fe del islam y del resto de la humanidad (sometida a su dictado).

Pero nada de eso habría logrado prender en la mente de tantas personas —tanto originarias del mundo arabomusulmán como de sociedades occidentales que, por variadas razones, se sienten marginadas— si no existiera una realidad estructural que ha servido de perfecto caldo de cultivo para que florezcan las opciones rupturistas o abiertamente violentas en cada rincón de esos mismos países. Son las décadas de desatención a las demandas y expectativas de unas poblaciones cada vez más voluminosas y más jóvenes, que ven sistemáticamente insatisfechas sus necesidades básicas y violados diariamente sus derechos elementales, las que han provocado derivas tan perniciosas como la que representa el yihadismo de Al Qaeda o Dáesh. Estamos ante una ecuación multifactorial en la que se entremezclan factores externos —imposiciones coloniales y de descolonización sin consideración alguna con los pobladores locales, apoyo a gobernantes locales indecentes, recurrente intervencionismo en asuntos internos, dobles varas de medida en la aplicación del derecho internacional…— e internos —fracasos de convivencia, fallos en los procesos de integración multicultural, violación generalizada de derechos, progresiva deslegitimación de los gobiernos, altísimos niveles de corrupción, arbitrariedad del poder como norma, insoportables brechas de desigualdad entre una reducida elite y una gran masa de excluidos, sectarismo, represión y autoritarismo sin freno…—.

En términos generales, para las potencias occidentales el “juego” ha consistido durante décadas en asegurar a toda costa el mantenimiento del *statu quo* impuesto en el periodo de la descolonización, procurando así garantizar su seguridad energética y sus intereses geopolíticos y

geoeconómicos en el conjunto del mundo arabomusulmán. Con la intención de asegurarse el acceso y el suministro de hidrocarburos, y mediatizados por los condicionantes de la Guerra Fría, no han tenido reparos en sostener a aliados locales impresentables desde cualquier punto de vista ético y en actuar militarmente cuando han visto en peligro sus intereses vitales en la región. Por su parte, para los gobiernos locales el objetivo ha sido tratar de asegurar su dominio mediante una combinación de represión generalizada contra cualquier crítica o disidencia, intentando eliminar cualquier atisbo de sociedad civil organizada, y un rancio paternalismo y clientelismo, procurando comprar la paz social con las migajas de unas riquezas nacionales que preferentemente han terminado en sus bolsillos. Hablamos, en resumen, de unos gobiernos fracasados desde hace tiempo a los ojos de sus propias poblaciones y de una situación estructural que solo espera en cada caso la gota que colme el vaso de la paciencia ciudadana, sea a través de movilizaciones sociales o, con demasiada frecuencia, de manera violenta.

Es en ese contexto, el que las opciones islamistas radicales —con la referencia histórica de los Hermanos Musulmanes egipcios y todas las ramificaciones locales desarrolladas desde su aparición en 1928— y las de perfil yihadista —con Al Qaeda como su máxima expresión contemporánea — han ido proliferando como ilusorias alternativas para unas poblaciones que ya no esperan absolutamente nada del resto de la clase política. Y todo eso ha terminado por generar simultáneamente un bien visible sentimiento antioccidental y una no menos notoria radicalización en unas sociedades que no confían ni en los gobiernos occidentales —mucho más alineados con los gobiernos que con la ciudadanía, como se ha vuelto a poner de manifiesto en estos últimos años de generalizada movilización en el contexto de la mal llamada Primavera Árabe— ni, mucho menos, en sus propios gobernantes. Eso explica en buena medida que, visto desde el otro lado del espejo, sean esas las condiciones que han alimentado hasta hoy el

atractivo de opciones como las que promueven Al Qaeda, Dáesh y otros grupos yihadistas. Ante la falta de propuestas creíbles en boca de "los de siempre", no puede extrañar que haya millones de individuos que simpaticen, y miles que decidan movilizarse integrándose en sus filas, con movimientos alternativos que se presentan como los verdaderos creyentes y adalides del islam, conectando de inmediato con un sentimiento abrumadoramente mayoritario en esas sociedades, y como los únicos decididos a llegar hasta las últimas consecuencias (lucha armada incluida) para restablecer el orden que otros han pervertido y monopolizado en su exclusivo favor.

De ese sustrato común a la práctica totalidad de la región arabomusulmana se ha aprovechado en primera instancia Al Qaeda y, más recientemente, Dáesh para encontrar financiadores, simpatizantes y militantes suficientes para ir aumentando su apuesta maximalista y violenta. Pero todavía cabría añadir otros factores. En primer lugar, resulta cuando menos llamativo que algunos sigan cayendo en la tentación de jugar con fuego, creyéndose tan inteligentes y capaces como para crear, apoyar o consentir a individuos y grupos violentos a los que creen poder manipular sin problemas para actuar contra terceros, convencidos de que podrán evitar en cualquier momento que terminen por morder la mano que les da de comer. Y ahí caben desde los *muyahidín* empleados contra Moscú en los años ochenta del pasado siglo a Sadam Husein —para hacer frente a la emergencia del Irán revolucionario a partir de 1979—, a los talibanes afganos —instrumentales para pacificar el país en los años noventa—, a Hamas —consentido abiertamente por Tel Aviv en sus inicios, en la medida en que eran percibidos como instrumentos idóneos para fragmentar la resistencia palestina— y hasta a Dáesh —con Bashar el Asad liberando a centenares de sus miembros en las primeras etapas del conflicto sirio para a continuación presentarse como el defensor frente al yihadismo—, o con quienes han querido estimular una competencia por el liderazgo del

yihadismo global, permitiendo que Dáesh florezca para chocar frontalmente con la propia Al Qaeda.

Y todavía podría añadirse el cúmulo de errores cometidos con acciones como la invasión estadounidense de Irak. En su ofuscación idealista, George W. Bush y su equipo de fundamentalistas ideológicos decidieron, sin haber terminado la tarea que se habían autoimpuesto en Afganistán[2], abrir el 19 de marzo de 2003 un segundo frente de guerra, poniendo al límite de sus capacidades a sus propias fuerzas armadas. De ese modo, acabaron empantanados y, si Afganistán había sido la escuela de Al Qaeda, acabaron convirtiendo a Irak en su universidad, enfrentando a miles de yihadistas con el ejército más poderoso del planeta. Para echar más leña al fuego, Washington decidió desmantelar por completo las fuerzas armadas y de seguridad iraquíes, arrojando a muchos de sus antiguos miembros en brazos de Dáesh, no tanto por afinidad ideológica como por confluencia táctica de intereses frente a un enemigo común. No fue menor, por último, el efecto multiplicador que tuvo para la causa yihadista la decisión estadounidense de encerrar juntos a miles de prisioneros (en las instalaciones iraquíes de Camp Bucca llegaron a ser más de 24.000), facilitando así que ampliaran su conocimiento mutuo y pudieran adoctrinar y captar a nuevos miembros para proseguir con más medios su campaña violenta.

Si concentramos la mirada en el caso concreto de Dáesh, sus huellas más remotas nos llevan hasta el grupo creado en 1999 por Ahmed Fadl al Nazal al Khalayleh (más conocido como Abu Musab al Zarqawi), jordano nacido en Zarqa en 1966 y eliminado por Washington en junio de 2006. Su rastro se hace cada vez más claro desde su salida de la prisión donde penaba una condena por su pertenencia a Bayat al Imam, grupo yihadista creado en 1992 por Abu Mohamed al Maqdisi. Tras pasar por Afganistán, donde ob tuvo cierto apoyo del propio Bin Laden para poner en marcha un campo de instrucción, creó en 1999 una nueva entidad, Jund al Sham, que pocos

meses después se transformó en Yama’at Al Tawhid wal Yihad (Organización del Monoteísmo y la Yihad), que en octubre de 2002 sería la responsable del asesinato del diplomático estadounidense Laurence Foley, en Amán.

Como uno más de los efectos derivados de la invasión estadounidense de Afganistán (iniciada el 7 de octubre de 2001), Al Zarqawi abandonó el país y, aliado con Ansar al Islam, pasó a operar en territorio iraquí, aunque su intención prioritaria era centrar su principal esfuerzo en Jordania para crear desde allí un Estado islámico. Esa situación, identificado ya como un objetivo relevante para las tropas estadounidenses que poco después invadieron Irak, sirvió incluso a Washington como uno más de los falaces argumentos empleados para justificar la intervención militar, aduciendo que su presencia en territorio iraquí era una prueba evidente de la alianza entre el régimen de Sadam Husein y Al Qaeda.

Antes de declarar su lealtad formal a Bin Laden —convirtiéndose así en Tanzim Qa’idat Yihad fi Bilad al Rafidayn (Organización de La Base en el País de los Dos Ríos, más conocida como Al Qaeda en Irak), el 17 de octubre de 2004—, Al Zarqawi fue aumentando su talla yihadista con golpes tan llamativos como la explosión de un coche bomba contra la embajada jordana en Bagdad, el ataque al edificio de la ONU en la capital (que provocó la muerte del diplomático Sergio Vieira de Melo y de más de veinte personas) y el ataque a una mezquita chií, con más de cien muertos; todo ello en agosto de 2003. En esa misma senda violenta —y con intención de contrarrestar la estrategia estadounidense de activar los llamados Consejos del Despertar (Ḥarakat al Ṣaḥwah al Sunnïyah), apoyando a milicias suníes para romper su alianza con los yihadistas, dejando así a Al Qaeda en Irak más debilitada[3]—, Al Zarqawi decidió en enero de 2006 fusionar a su grupo con otros cinco para intentar monopolizar el campo yihadista, dando nacimiento al Consejo de la Shura de los Muyahidin.

Sin embargo, su eliminación el 7 de junio de 2006 y su relevo con la

llegada del egipcio Abu Hamza al Muhajir (más conocido como Abu Ayyub al Masri), no pudo evitar el debilitamiento de la organización iraquí. En una imparable huida hacia adelante, el citado Consejo de la Shura optó por renombrase como Dawlat al Iraq al Islamiyya (Estado Islámico de Irak), en noviembre de 2006, con el iraquí Hamid Dawud Mohamed Khalil al Zawi (más conocido como Abu Omar al Qurashi al Bagdadi) al frente, mientras Al Masri juraba lealtad al nuevo líder y pasaba a convertirse en su "ministro" de Defensa. Fue, en todo caso, una decisión que ni gustó a Al Qaeda —por no haber sido consultada y por verla como un paso precipitado tras la experiencia de Afganistán— ni a sus correligionarios iraquíes —recelosos de la presencia de un alto porcentaje de extranjeros en las filas del grupo[4].

En definitiva, y a pesar de medidas como el traslado de su centro de operaciones a Mosul a principios de 2008, aparentando una fortaleza ficticia, la eliminación de Abu Omar al Bagdadi y de Al Masri, en abril de 2010 cerca de Tikrit, no consiguió ocultar en modo alguno la extrema debilidad de la organización. Una debilidad, en cualquier caso, que no cabe confundir con una derrota definitiva. Bien al contrario, el grupo supo aprovechar en su favor el incumplimiento de las promesas de Bagdad de reintegrar a los suníes en el juego político y mejorar sus condiciones de vida —demonizados y marginados como estaban desde la caída del régimen de Sadam Husein— para volver a atraer a sus filas a los más descontentos de las milicias que conformaban los Consejos del Despertar. También fue capaz de llevar a cabo audaces operaciones contra prisiones mal equipadas y custodiadas, liberando a muchos de sus miembros encarcelados. Contó, asimismo, con la colaboración de exmilitares iraquíes —no tanto por afinidad ideológica como por revancha personal—, al verse expulsados de sus puestos, por los que, con razón, identificaban como invasores. Todo ello le permitió no solo superar el trance, sino mejorar sus capacidades para seguir golpeando, como lo demuestra el hecho de que incluso en la capital

iraquí se siguieron sucediendo los atentados durante todos esos años.

Fue en ese punto en el que reapareció con fuerza en escena Ibrahim Awwad Ibrahim Ali al Badri al Samarrai, mucho más conocido como Abubaker al Bagdadi o, para sus correligionarios, como el califa Ibrahim. Sobre sus andanzas, pensamiento y pretensiones últimas son muchas más las dudas que las certezas. Hasta donde sabemos, nació el 28 de julio de 1971, en Samarra (Irak), en el seno de una familia religiosa; lo que seguramente debió influir en su decisión de estudiar teología islámica en la Universidad de Bagdad. Aunque su perfil radical ya era conocido en la zona, no se unió a la insurgencia hasta 2003, como miembro del grupo comandado por Al Zarqawi, en el contexto de la invasión estadounidense del país que se iniciaba por entonces.

En su marcha hacia el liderazgo del grupo y, actualmente, de Dáesh, cabe reseñar que ya en enero de 2004 fue detenido por las tropas estadounidenses y encerrado en el complejo de Camp Bucca. Liberado en diciembre de ese mismo año, fue adquiriendo rápidamente un creciente protagonismo, hasta que en 2013 ya logró ponerse a la cabeza de la franquicia iraquí de Al Qaeda, al mismo tiempo que rompía definitivamente con Al Zawahiri, ya por entonces líder supremo de Al Qaeda tras la eliminación de Bin Laden a manos de efectivos de operaciones especiales estadounidenses el 1 de mayo de 2011.

Aunque la ruptura no se formalizó hasta febrero de 2014, ya para entonces eran bien conocidas las tensiones, tanto personales como ideológicas, entre ambos. Cabe recordar que el grupo de Al Zarqawi no formaba parte del núcleo original de los dirigentes de Al Qaeda. Además, su línea de pensamiento y acción estaba mucho más ligada a la del ideólogo yihadista jordano Abu Mohamed al Maqdisi. Debido a ello, siempre resultó difícil encajar las respectivas agendas; pues mientras Al Qaeda apostaba preferentemente por atacar directamente al enemigo lejano (con Estados Unidos a la cabeza) y por ganarse la colaboración de las masas musulmanas

para derribar a sus propios gobernantes, Dáesh (en sus diferentes acepciones) prefería optar por una vía aún más radical, más sectaria y menos interesada en el enemigo lejano.

En abril de 2013, y ya bajo la denominación de Estado Islámico de Irak y Siria, adquirió un notable protagonismo en el contexto del conflicto sirio, enfrentándose tanto a las fuerzas del régimen como, sobre todo, a las opositoras —fueran milicias kurdas, el Ejército Libre de Siria, el Frente Al Nusra[5]…— y rompiendo definitivamente los vínculos que mantenía con el núcleo central de Al Qaeda. Así, en una secuencia aparentemente imparable, en diciembre ya controlaban Atmeh, Al Bab, Azaz y Yarablus (pueblos sirios en la frontera con Irak), en enero de 2014 hacían lo propio en Irak, con Faluya (retomada por las fuerzas iraquíes en junio de 2016), Samarra (5 de junio), Mosul (9 de junio) y Tikrit (11 de junio). Como remate, el 29 de junio, coincidiendo con el inicio del mes sagrado del Ramadán, Al Bagdadi se autoproclamaba califa Ibrahim en la ya citada mezquita mayor de Al Nuri.

Desde entonces, como jefe máximo de Dáesh se supone que se mueve incesantemente dentro del territorio donde ha logrado instaurar el pseudocalifato, tratando de escapar de la persecución de la que es objeto. Eso es lo que le lleva a renunciar al uso del móvil, a no residir más de tres días en el mismo aposento y a confiar solamente en los más cercanos para poder transmitir sus mensajes y órdenes. Entre estos últimos, y una vez que Ayad Yamil al Jumaili fue eliminado en abril de 2017, ya solo le queda Iyad al Obaidi como su principal lugarteniente al frente de una entidad cuyas características se analizan con más detalle en el siguiente capítulo. Su última aparición pública se remonta a noviembre de 2016, dos semanas después del inicio de la campaña iraquí para recuperar Mosul, llamando a todos los musulmanes a que combatieran hasta el final.

Al mismo tiempo, en clave religiosa, Al Bagdadi ha procurado solidificar su imagen de autoridad, fabricándose un pasado que lo

emparenta directamente con el Profeta Mahoma y que lo identifica como el octavo califa de una lista cerrada de doce, tras el que llegará el fin del mundo en la batalla definitiva contra las fuerzas de Roma (Occidente) en las llanuras de Dabiq. Batalla de la que sueña con salir victorioso gracias a la ayuda divina, para poder, a partir de ahí, acelerar la expansión de su credo a escala planetaria.

A pesar de que con lo dicho parece suficientemente claro que Dáesh tiene una historia propia, que explica tanto su origen como su evolución posterior, hay quienes prefieren verlo como un simple juguete en manos de otros. Así, los hay que optan por imaginarlo como un instrumento creado por Israel. Sin prueba alguna y sin una narrativa coherente en la que basar tal elucubración, todo se reduce a argumentar que hasta ahora Dáesh nunca ha atacado objetivos israelíes[6]. De ahí, en un ejercicio que lo que hace es sobredimensionar el poder israelí (o judío) para mover los hilos que conforman la historia, deducen que Tel Aviv solo busca aumentar la fragmentación del mundo musulmán, creando monstruos a su servicio para fomentar el choque interno entre los creyentes en la fe de Mahoma. Sin olvidar lo ya dicho sobre los inicios de Hamas, basta entender que, desde la perspectiva de Al Bagdadi y los suyos, sería una auténtica locura para un grupo limitado en sus recursos sumar un enemigo tan poderoso, cuando ya se encuentra al límite de sus capacidades en los frentes abiertos hasta ahora. Israel es, obviamente, identificado como un enemigo a batir; pero el simple cálculo de capacidades y la prioridad otorgada a los objetivos ya señalados en los párrafos anteriores explican por sí solos que, de momento, ese frente esté totalmente inactivo.

De modo similar, hay quienes se entretienen en fabular sobre similares planes maquiavélicos de otros actores externos. Y así, se señala a Turquía, confundiendo la costosa permisividad que Ankara ha tenido con el yihadismo, que se ha movido libremente a través de sus fronteras, en su afán por hacer caer al régimen sirio de Bashar el Asad, con un deliberado

plan para crear a Dáesh. Lo mismo cabe decir de Irán, presentando como único razonamiento el hecho de que el grupo yihadista nunca ha golpeado en suelo iraní. Un argumento que no solamente olvida que el alineamiento chií de Teherán no encaja con el perfil suní de Dáesh, sino también que las milicias que Irán apoya en el conflicto sirio combaten contra Dáesh, que ya en septiembre de 2016 el Gobierno iraní anunció que había eliminado al líder del grupo en su territorio y, sobre todo, que el 7 de julio de 2017 Dáesh llevó a cabo atentados en el edificio del Parlamento iraní y en el mausoleo de Ruhollah Jomeini, fundador del régimen islámico instaurado en 1970.

En ese mismo marasmo conspiranoico, que siempre prefiere novelar antes que analizar, se cuelan también asignaciones de paternidad sobre Estados Unidos, Arabia Saudí y algunos otros, incluyendo al propio régimen sirio. Quienes así opinan parecen incapaces de entender que una cosa es sumarse a un coche en marcha, como han hecho en ocasiones algunos de los citados, jugando con fuego, como antes se ha señalado, y tratando de aprovechar su inercia para servir a intereses propios, y otra muy distinta estar en condiciones de convertirse en un demiurgo omnipotente, capaz de controlar a su gusto tantas variables y actores como los que confluyen en la emergencia de Dáesh.

CAPÍTULO 3

Mucho más que un grupo terrorista

Para llevar a cabo su trastornada ensoñación, Dáesh ha puesto en pie un entramado que va mucho más allá del habitual para un mero grupo terrorista.

UN OBJETIVO MAXIMALISTA

Lo que para el resto del mundo puede resultar un puro delirio, para Al Bagdadi y los suyos se plantea como un esfuerzo decidido para lograr la instauración de un califato a escala mundial regido por la ley islámica en su particular interpretación. Un objetivo maximalista en el que, como resulta natural dado su común origen, coincide con el que Al Qaeda lleva propugnando desde su creación. Ambas organizaciones parten de la idea de que, desde la perspectiva del islam rigorista y salafista que defienden, ninguno de los gobiernos de la región es legítimo. Ambas se sienten legitimadas, por el contrario, para sentar cátedra a la hora de definir cuál es la vía correcta de interpretar la ley islámica y de vivir con arreglo a sus normas. Desde su visionaria plataforma de iluminados, entienden que el islam ha sido prostituido por lecturas incorrectas a lo largo de la historia (lo que incluye no solo a la minoría chií, sino, en realidad, a todo aquel que no comulgue con sus ideas), lo que exige un drástico golpe de timón para volver al camino correcto (obviamente, el que ellos califiquen como tal). Un camino al que, dados los obstáculos locales e internacionales existentes, solo se puede regresar a través de la violencia contra quienes se opongan a

sus designios.

Consideran asimismo que, desde la llegada a la independencia de estos territorios, todos los gobiernos de la región han estado en manos equivocadas, tanto por haberse desviado de la estricta observancia de la ley islámica como por haberse asociado con infieles occidentales interesados únicamente en explotar las riquezas locales en su exclusivo beneficio. De ahí se deriva una estrategia, que incluye pero no se agota en las acciones violentas, que cabría estructurar en tres direcciones simultáneas.

La primera, en la que Al Qaeda está mucho más centrada actualmente, nos retrotrae al tan manoseado lema de "conquistar mentes y corazones". Se trata de convencer a todo musulmán de las bondades de una vida regulada por la aplicación literal de la ley islámica en todos sus aspectos. Ante el fracaso de otras fórmulas ensayadas por unos gobiernos igualmente fracasados, que han llevado a la generalidad de esos pueblos a la marginación y al subdesarrollo, la única vía que les permitirá directamente recuperar el esplendor del que gozaron hace siglos quienes habitaron esas tierras solo puede ser la vuelta al islam en su versión salafista. Por eso, y por intentar ampliar su base de apoyo y reducir en lo posible la enemistad occidental, Al Qaeda se afana hoy por presentarse como más moderada que Dáesh, criticando el empleo indiscriminado que Dáesh hace de la violencia contra los chiíes, el ataque a mezquitas y lugares santos, el uso de población civil como escudos humanos, los castigos corporales a quienes no cumplan las normas… como si ella misma no hubiese practicado tantas veces en el pasado los mismos procedimientos que ahora deplora.

A su manera, cuando se empeña en instaurar un Estado propio, Dáesh sirve igualmente a ese planteamiento. Por un lado, trata de mostrar, tanto con el ejemplo como mediante la imposición forzosa, cómo se puede plasmar esa idea en la práctica, tanto para quienes ya habitan los territorios que controlan como para los de cualquier otra procedencia. Por otro, ofrece a todos ellos la posibilidad de participar en la creación y consolidación de

un proyecto en el que cada uno (y no olvidemos que su discurso se dirige principalmente a los que se sienten excluidos y a los menos favorecidos) se puede convertir en protagonista esencial de la historia.

La segunda pata de esa estrategia global se concreta en el acoso y derribo de los gobiernos locales. Aunque Arabia Saudí constituya el foco principal de atención —basta con recordar que en su territorio se ubican los dos principales lugares santos del islam, Medina y la Meca—, en la práctica cualquiera de los 22 estados árabes y el resto de los más de 30 de identidad musulmana le sirven como un paso adelante en persecución del objetivo último. De manera secuencial, se sobreentiende que cada casilla del tablero mundial que caiga en sus manos —sea un Estado nacional o una parte del mismo— sirve como un emirato nuclear (provincial), a partir del cual se pueda ir expandiendo el control territorial hasta la creación final de un califato, inicialmente en el mundo musulmán, pero idealmente con intención de incluir en él a la totalidad del planeta.

Cabe recordar en este punto que, aunque las condiciones de frustración y desesperación ciudadana en muchos países del Magreb, Oriente Próximo y Oriente Medio podrían hacer pensar que habría muchos dispuestos de partida a alinearse con los yihadistas, Al Qaeda ha cosechado un rotundo fracaso en sus casi treinta años de existencia. En efecto, no ha logrado echar abajo a ningún Gobierno ni movilizar a su favor a las masas descontentas con sus vidas y sus gobernantes. Por el contrario, como nos enseña la experiencia acumulada en las movilizaciones que arrancaron hace ya siete años en Túnez y tuvieron continuidad en otros países árabes, ni Al Qaeda ni Dáesh han conseguido capitalizar ese descontento en su favor. Y si hoy hay cuatro dictadores menos en el mundo árabe (aunque en alguno, como en Egipto, sus herederos vuelvan por el mismo camino), esa buena noticia no cabe achacársela a ningún grupo yihadista, sino fundamentalmente a unas poblaciones movilizadas pacíficamente, hartas de soportar a unos indeseables.

Eso es probablemente, junto a la ilimitada autoestima de sus dirigentes, lo que llevó a Al Bagdadi a aprovechar el vacío de poder y el descontrol en buena parte de Siria e Irak para proclamar un fantasmagórico “Estado islámico”, consciente de que las masas no estaban ni mucho menos convencidas de que el camino que él les proponía fuera el más atractivo. Y es que ni el conjunto de los alrededor de 1.600 millones de musulmanes que hay en el mundo parecen inclinarse por las opciones yihadistas para salir del túnel en el que muchos están metidos ni la práctica totalidad de los gobiernos arabomusulmanes, a pesar de su debilidad estructural, han dejado de contar con medios suficientes para resistir el envite del yihadismo.

Es en este empeño en el que Dáesh muestra comparativamente más interés que Al Qaeda, quizás únicamente como resultado del irrefrenable fanatismo del primero y de su intento de aprovechar su “momento de gloria” y de las amargas lecciones aprendidas por el segundo, cuando apostó abiertamente por esa misma opción (especialmente en Afganistán durante la segunda mitad de la última década del pasado siglo, en alianza con el régimen talibán).

El tercer pilar de esta estrategia tiene al llamado enemigo lejano —es decir, Occidente, con Estados Unidos en posición destacada— como prioridad absoluta. Fue también aquí Al Qaeda quien señaló el camino a seguir el 11 de septiembre de 2001, con los trágicos atentados de Nueva York y Washington. Más allá de dar un golpe tan espectacular en pleno territorio continental estadounidense, lo que pretendió, y consiguió, Bin Laden fue atraer a su enemigo a una desventura militarista en varios países de Oriente Medio que todavía continúa en la actualidad. Para Al Qaeda, estaba claro que nunca sería posible derribar a los gobiernos locales y aplicar sus ideas en la práctica si antes no conseguía romper el vínculo que las potencias occidentales mantenían con esos regímenes y desbaratar el control que ejercían de facto sobre el terreno.

Necesitaba crear una situación que hiciera insostenible su permanencia

en las zonas que ansiaba dominar y, para ello, nada mejor que golpear directamente en suelo occidental. De este modo, procuraba mostrar, por un lado, que ni Estados Unidos ni ningún otro país occidental eran invulnerables. Por otro, pretendía empantanar a esos países en una larga y muy costosa batalla en territorio arabomusulmán, presentando a las intervenciones militares occidentales como un nuevo ejercicio neocolonial y a sí mismo como el único defensor capaz de la población local suní, lo que entendía que le supondría automáticamente mayores simpatías populares en la zona. Y, además, buscaba golpear violentamente, tanto en territorio occidental como contra las fuerzas desplegadas en esos países, de tal modo que así se terminara por activar la movilización ciudadana occidental, demandando a sus gobiernos la retirada de esos escenarios.

Aunque Dáesh también ha golpeado al enemigo lejano, su motivación es en buena medida distinta. En su primera etapa expansiva necesitaba dejar claro que no era menos que Al Qaeda en cuanto al nivel de sus ambiciones y capacidades. Además, de ese modo pronto logró hacerse más atractivo para reclutar a potenciales yihadistas de toda procedencia, frente a una Al Qaeda que parecía haber entrado en una etapa de cierto acomodo y falta de impulso tras la pérdida de su carismático líder. Más recientemente, cuando ha ido sufriendo crecientes reveses tanto en su pseudocalifato principal como en otros territorios temporalmente bajo su dominio (como Sirte, en Libia), los ataques en territorio occidental tratan básicamente de mostrar que no está al borde de la derrota definitiva y que, por el contrario, sigue siendo capaz de actuar a escala global.

Visto así, se viene abajo de inmediato uno de los clásicos argumentos que se repiten incesantemente en boca de muchos gobernantes y medios de comunicación occidentales, según el cual Dáesh busca destruir nuestros valores y principios y nuestro modo de vida. No. Lo que buscan es, como vemos, mucho más prosaico.

UNA ESTRUCTURA LÍQUIDA

Un objetivo de esa envergadura demanda una estructura polifacética que permita actuar en diferentes campos simultáneamente, adaptándose día a día a las cambiantes circunstancias del entorno. Conviene advertir desde el principio que la falta de información fiable sobre lo que realmente ocurre en su seno, por un lado, y la necesidad de esquematizar de algún modo una entidad tan inasible, por otro, llevan con frecuencia a presentar a Dáesh empleando organigramas que se asemejan a lo que conocemos del mundo empresarial o de la Administración pública. Y al hacerlo así se puede perder de vista que, a semejanza de Al Qaeda, Dáesh es más un movimiento que una organización y mucho más una red interconectada de individuos y grupos diversos que una entidad jerárquica.

Como movimiento, pretende interesar a todos los que, como su máximo líder, asumen que para ser un buen musulmán no basta con profesar la fe islámica, sino que es necesario contribuir activamente a la destrucción de cualquier otra creencia para imponer la propia. Despreciando los postulados clásicos del Estado nación, Dáesh opta fundamentalmente por manejar claves religiosas con las que se pueden sentir identificados individuos radicalizados tanto originarios de países de adscripción musulmana como de cualquier otro donde, por la razón que sea, se sientan excluidos. De esa manera, busca sumar a su causa tanto a quienes deciden trasladarse físicamente hasta los escenarios donde concentra preferentemente su atención —presentando esa decisión como un acto que lleva aparejado formar parte de un modelo idealizado de convivencia entre correligionarios llamados a salvar el mundo— como a quienes constituyen otros grupos asociados a Dáesh en diferentes países o incluso a los que, sin moverse de sus localidades de residencia habitual, se sienten llamados a formar parte de lo que, como analizaremos más adelante, se denomina “resistencia sin liderazgo”.

Como organización, ha ido evolucionando al hilo de sus avances sobre el terreno. Si nos remontamos a su primera etapa en Irak, apenas iba más

allá de ser una franquicia local de Al Qaeda, organizada en células (*khatibas*) locales y centrada casi en exclusiva en su acción de combate y en su afán por controlar *manu militari* las localidades que iban cayendo bajo su control. De ahí, ya desde 2006 con su transformación en Estado Islámico de Irak, fue ampliando su agenda y su apetito para sumar a su perfil combatiente una imagen de actor político, anunciando incluso la conformación de supuestos gabinetes ministeriales, aunque en realidad nunca pasaron de ser simples nombres en un papel, sin posibilidad ninguna de ejercer tareas gubernamentales propiamente dichas.

No fue, por tanto, hasta la autoproclamación de Al Bagdadi como califa Ibrahim (29 de junio de 2014) cuando se produjo un ambicioso salto cualitativo que le llevó a crear una estructura en la que, como ya ocurriera previamente con Al Qaeda, cabe distinguir al menos tres niveles; un núcleo central, localizado en parte de Siria e Irak; un creciente conjunto de grupos asociados, o franquicias, dispersos por diferentes países y continentes, y un indefinido sustrato de individuos y grupúsculos que se sienten inspirados por su ideología violenta y que le sirven para multiplicar exponencialmente su imagen y sus efectos letales en decenas de países.

NÚCLEO CENTRAL

En la cúspide de la compleja y parcialmente efectiva organización paraestatal yihadista encontramos a Al Bagdadi. En una primera etapa, contaba con dos principales lugartenientes, Abu Ali al Anbari[7] (para Siria) y Abu Muslim al Turkmani[8] (para Irak), a los que sucedió Ayad Yamil al Jumaili[9]. Todos ellos están auxiliados por un reducido grupo de consejeros que, en su conjunto, han tratado desesperadamente de sostener el empeño de un pseudocalifato que ya desde su arranque tenía las horas contadas. A su alrededor se ubican hasta una decena de consejos, centrados en diferentes tareas y que actúan en paralelo a la estructura de “departamentos ministeriales” (*diwan*) que, a semejanza de un verdadero Estado, han ido

creando desde entonces.

Más allá de las discrepancias de detalle que presentan los numerosos modelos elaborados por fuentes muy diversas sobre este asunto, cabe entender que en sus pilares básicos, Dáesh se estructura para su funcionamiento en un Consejo de la Sharia, un Consejo de la Shura, un Consejo Militar, un Consejo de Seguridad, un Consejo Mediático, un Consejo de Economía, un Consejo de Inteligencia, un Consejo de Apoyo a los Combatientes, un Consejo Judicial y un Consejo Provincial. Este es un esquema que se repite con pequeñas modificaciones a nivel global (con el califa Ibrahim al frente), provincial (con un gobernador o *wali* al frente de cada una de las nueve provincias o *wilayas* de Siria y siete de Irak en su poder en el momento del establecimiento del pseudocalifato) y local (en cada uno de los distritos en los que se conforma cada *wilaya*).

A modo de ejemplo sobre los más destacados, en su nivel superior el Consejo de la Sharia, compuesto por seis miembros sometidos a la autoridad directa de Al Bagdadi, se encarga de ajustar todo el pensamiento y las acciones de Dáesh a su versión extrema de la ley islámica. De él depende en la práctica la policía religiosa, integrada en el Diwan al Hisba, que en Mosul optó por establecer su oficina central en plena iglesia católica caldea de Um al Mauna (Madre del Perpetuo Socorro), en el barrio Al Dawasa. Este último no solo se encarga de mantener los estrictos códigos de vestimenta de la población civil y asegurar el cumplimiento de los preceptos religiosos que imponen sus dirigentes, sino también de perseguir a los que especulan con los precios de los bienes básicos y asegurar la recolección de la *zakat*[10] y otros impuestos que han creado las nuevas autoridades en los lugares que controlan.

Por su parte, el Consejo de la Shura, inicialmente con Abu Arkan al Amiri a la cabeza, cuenta con una decena de miembros encargados de asesorar en materia militar y política. De este Consejo formaba parte también Abu Mohamed al Adnani[11], que llegó a ser el cerebro, el portavoz,

el emir para Siria y el encargado de las operaciones en el exterior (al frente de la unidad especial de inteligencia Emni).

En cuanto a los “ministerios”[12], cabe decir que nunca han funcionado plenamente como tales dada la alta volatilidad de la situación en el pseudocalifato, sus propias limitaciones de personal cualificado, la resistencia de la población a seguir sus directrices y las disparidades de opinión entre sus dirigentes, lo que se ha traducido en no pocas ocasiones en duplicidades y en la adopción de medidas contradictorias en diferentes localidades. Por otra parte, hay que establecer una diferenciación clara entre los que no solo estaban dirigidos por miembros de la organización, sino que también era suyo el personal de a pie, y los que únicamente contaban con miembros de Dáesh en sus cúpulas dirigentes.

Entre los primeros destacan desde luego tanto el de Comunicación, con un equipo altamente profesional para difundir la propaganda yihadista hacia la población sometida y hacia el exterior, como los de Seguridad, Inteligencia y Control de los rígidos códigos de conducta pública. En esos casos, Dáesh ha utilizado habitualmente su propio personal a pie de calle, lo que le ha permitido lograr un mayor resultado en la implementación de las decisiones adoptadas en los niveles superiores.

Pero la situación ha sido muy distinta en los que afectan a los servicios públicos —suministro de agua y electricidad, educación y sanidad, entre otros—, dado que en esos ámbitos no ha dispuesto de personal propio y solo a través de la imposición —con amenazas de expropiación de las viviendas particulares— ha logrado que buena parte de los funcionarios de esos ramos hayan cumplido al menos parcialmente sus tareas diarias. A esto se ha añadido el impacto de sus propias disposiciones, como cuando se tuvo que retrasar el inicio del curso escolar a la espera de que los profesionales del sector fueran reevaluados con arreglo a las directrices del Diwan al Ta’aleem, procurando de paso eliminar no solo la música y la filosofía de las materias escolares, sino también suprimiendo cualquier referencia al

nacionalismo o a los valores democráticos. Algo similar ocurrió cuando Bagdad dejó de pagar —en agosto de 2015— los salarios a profesores y funcionarios ubicados en territorio del pseudocalifato o, en el terreno sanitario, cuando el Diwan al Siha prohibió el uso e importación de medicinas iraníes, sin tener una alternativa asegurada, o cuando trataron de excluir al personal femenino de las labores profesionales, al tiempo que obligaban a que las mujeres fueran atendidas en los centros de salud exclusivamente por mujeres.

En términos generales, el panorama resultante de los algo más de tres años del pseudocalifato se sintetiza en la idea de que en ningún terreno ha habido una mejora en la atención a la población. Tanto su abusiva y rigorista carga ideológica como la fuga de cerebros (o su muerte), la falta de complicidad ciudadana con los designios yihadistas y, por supuesto, las consecuencias directas del castigo creciente que ese territorio ha sufrido por parte de Washington, Bagdad y sus aliados para echar abajo su existencia han tenido efectos perniciosos, de los que los aproximadamente ocho millones de personas allí atrapadas han sido las principales víctimas.

Pero también es preciso reconocer que Dáesh ha sabido en diferentes ocasiones interpretar adecuadamente la deplorable situación del entorno en el que se mueve, aprovechando en su favor el descontento popular con sus gobernantes —sea por su alto nivel de corrupción, por su autoritarismo o por la desatención a las demandas más básicas— y el acusado sectarismo de la región, lo que les ha permitido presentarse incluso como los defensores de los suníes discriminados en buena parte de Irak por el poder chií. Esto no lo convierte, como el paso del tiempo está demostrando, en una opción de Gobierno viable; pero en el corto plazo, no en pocas ocasiones ha sido visto por una población marginada y menospreciada como un instrumento útil para llamar la atención y provocar cambios a su favor.

FRANQUICIAS

Como consecuencia directa de la llamativa y brutal entrada en la escena

internacional al declarar su pseudocalifato, Dáesh se convirtió de inmediato en un referente global para buena parte de los yihadistas, activos o potenciales, dispersos por el mundo. En su afán no solo por desmarcarse lo más claramente posible de su pasado asociado a Al Qaeda, sino de ocupar cuanto antes la posición de liderazgo del yihadismo global, Al Bagdadi y los suyos se han dedicado con ahínco a "vender" su propia imagen como la más seductora del universo yihadista. Así, frente a una Al Qaeda que parecía anquilosada, Dáesh se presentaba como un grupo que decía estar ganando batallas, conquistando territorio de manera imparable y recibiendo una atención planetaria indiscutible. Y eso le permitió convertirse, ya en el mismo año 2014, en la "marca" más atractiva para todo potencial simpatizante, financiador o combatiente yihadista.

Como consecuencia, muy pronto comenzó a visibilizarse un fenómeno de irrupción de grupos que se apresuraron a declarar su lealtad a Al Bagdadi, convirtiéndose por así decirlo en parte de la familia. En una secuencia desenfrenada en sus primeros momentos, muy pronto se llegó a hablar de unos 30 grupos afiliados o asociados formalmente a Dáesh y en torno a una docena más de otros que estaban en proceso de dar ese mismo paso[13]. No cabe negar que esa corriente de afiliación se ha producido y que todavía está en marcha; pero también es necesario tomar en consideración que:

- No estamos tanto ante un proceso de incremento del número de grupos yihadistas como ante una serie de escisiones de grupos preexistentes o de simple cambio de lealtades a favor de Dáesh por parte de grupos que hasta ese momento formaban parte de la estructura ampliada de Al Qaeda o actuaban en solitario. En esencia, se trata mucho más de una fragmentación del yihadismo, en el marco de una competencia directa entre Al Qaeda y Dáesh por ser reconocida como la entidad de referencia, que de un aumento neto de sus efectivos.
- Entre las razones que han llevado a muchos grupos a cambiar de lealtad destaca, sobre todo, el intento por asociarse simplemente a un

referente que entienden que les facilitará la siempre ardua labor de lograr simpatizantes, apoyos financieros y combatientes. Ante el riesgo de quedarse marginado en esos terrenos por su menor capacidad para lograrlo en solitario o manteniendo su asociación con una Al Qaeda que parece en horas bajas, muchos han optado por arrimarse a una bandera que, al menos momentáneamente, entienden que les puede resultar más provechosa para sus propios fines.

- Dado que, como ya se ha señalado, la organización no responde a criterios jerárquicos muy estrictos fuera de su núcleo central, sería equivocado suponer que franquicias como Wilayat al Sudan al Gharbi (nombre actual del antiguo Boko Haram nigeriano) tienen hoy una mayor capacidad operativa por el simple hecho de cambiar su nombre y sentirse parte del entramado de Dáesh. Más allá de algunos indicios sobre reuniones conjuntas o comunicaciones entre algunos dirigentes, no estamos ante una multinacional del terror plenamente integrada en la que se producen continuamente transferencias de armas o de combatientes para reforzar una u otra de sus partes, aplicando un *modus operandi* ensayado repetidamente en común.
- Tampoco cabe imaginar, en consecuencia, que cada una de esas franquicias vaya a subordinarse sumisamente a indicaciones u órdenes que procedan de ese mismo núcleo central con el que raramente mantienen relaciones directas. En otras palabras, cada grupo tiene su propia agenda y sus propios planes en un territorio concreto y resultaría incorrecto suponer que cada una de sus acciones obedece a una orden recibida desde algún lugar del pseudocalifato liderado por Al Bagdadi.

Eso no quita, por supuesto, para aceptar que, gracias a ese efecto multiplicador, la amenaza que Dáesh representa se ha magnificado aún más, no tanto porque todos los que dicen ser parte de Dáesh actúen de manera coordinada con arreglo a un plan maestro como por el impacto directo (reforzado por los medios de comunicación) que crea en muchas personas, al sentirse atemorizadas por algo que a primera vista parece omnipresente y

omnipotente.

En términos cuantitativos, y siguiendo los datos del Global Terrorism Database[14], durante el periodo 2002-2015 los grupos asociados a Dáesh en cualquiera de las denominaciones que ha tenido a lo largo de esos años realizaron más de 4.900 ataques, matando a más de 33.000 personas, hiriendo a más de 41.000 y secuestrando o manteniendo como rehenes a más de 11.000. Eso supone el 13% de todos los ataques realizados por grupos terroristas en el mundo, el 26% de todas las muertes violentas, el 28% de todos los heridos y el 24% de todos los secuestrados. Si se toma en cuenta que, a pesar de la enorme repercusión mediática que suelen tener, las acciones de los llamados lobos solitarios no llegan a representar ni el 1% de las cifras totales y que, por su parte, la implicación directa del núcleo central se establece en un 58% del total de ataques y muertes y un 88% de los secuestros, se puede obtener una imagen más ajustada de la significación del conjunto de las franquicias.

LOBOS SOLITARIOS

Si en los dos niveles anteriores ya existe una excesiva carga de ficción novelística que confunde y agranda artificialmente hasta el infinito la importancia de Dáesh, el problema se acentúa aún más cuando se hace mención a los individuos o grupúsculos que, en cualquier lugar del planeta, se mueven en su órbita. De hecho, el impropio nombre de lobos solitarios, con el que se suelen identificar, ya transmite un desacertado aire de misterio y hasta de aventura que para nada se corresponde con la ramplona realidad en la que se mueven esos individuos.

A efectos de evitar confusiones indeseables, conviene destacar que esa denominación no siempre se aplica a personas que actúan en la más absoluta soledad, como si estuvieran desconectadas del mundo, sino que también sirve para identificar a pequeñas células conformadas a partir de la reunión momentánea de individuos radicalizados que operan juntos para

cometer una acción violenta en un preciso momento, sintiéndose inspirados por las proclamas ideológicas de Dáesh. Ni son una invención de Dáesh, ni son exclusivos del terrorismo yihadista, puesto que ya los supremacistas blancos estadounidenses empleaban ese término y promovían esa modalidad de violencia a finales de la última década del pasado siglo.

En esencia, el elemento diferencial con respecto a las categorías anteriormente analizadas es que, salvo por su identificación ideológica con un determinado discurso violento, no mantienen ninguna conexión orgánica ni operativa con las franquicias o, mucho menos, con el núcleo central de una organización que, en buena parte de los casos, solo conocen de oídas, sea a través de las redes sociales o de lo que otros les han contado. Son, por tanto, personas que, tras haber entrado en una vía de radicalización más o menos acelerada, finalmente deciden idear, planificar y ejecutar una acción violenta. No necesitan para ello recibir ningún tipo de apoyo directo desde el exterior ni tampoco una orden concreta, sino que actúan en función de sus propios cálculos. Y eso sigue siendo válido incluso aunque, como suele ocurrir en los de carácter suicida, lleguen a dejar grabado algún mensaje en el que declaran su lealtad a una organización en cuyo nombre dicen actuar.

Eso no quiere decir que esta modalidad de acción terrorista responda únicamente al capricho trágico de individuos desnortados. Por el contrario, es el resultado directo de una de las alternativas promovidas en estos últimos años tanto por Al Qaeda como por Dáesh y tantos otros grupos violentos. En el caso que nos ocupa, interesa tomar como punto de referencia, para entender la evolución de la actividad terrorista, la enorme dificultad que Al Qaeda se encontró a partir del infausto 11-S, sobre todo en los países occidentales, para llevar a cabo actos violentos similares, en cuanto a sofisticación, organización y complejidad operativa. El hecho es que uno de los escasos resultados positivos de la, por otro lado, nefasta reacción militarista iniciada con la invasión estadounidense de Afganistán, en octubre de 2001, ha sido que los yihadistas no pueden ya atacar como

antes.

Eso significa que ya no pueden fácilmente contar con individuos altamente cualificados, que hayan pasado por algún campo de instrucción para aprender técnicas adecuadas —sea para pasar desapercibidos o para determinar y seguir un objetivo, elaborar explosivos, gestionar financieramente una operación, organizar la logística, adquirir armas y vehículos, planificar y ejecutar actos violentos…—, y, más difícil aún, que incluso hayan podido poner a pruebas esas capacidades en escenarios reales de combate. Poner en marcha un mecanismo de esas características resulta costoso tanto en recursos humanos como en tiempo y en presupuesto. Y, además, la tarea se ha complicado enormemente por la experiencia acumulada por los servicios de información y seguridad de diferentes países para identificar las huellas que estas personas van dejando no solo en sus movimientos por el mundo, sino también por el tráfico físico, financiero y de telecomunicaciones que implica un preparativo en el que están participando individuos o células distintas durante un periodo de tiempo que puede ser largo.

De esa creciente dificultad y de la pretensión por explorar nuevas vías para ejercer la violencia contra sus enemigos ha surgido la llamada “resistencia sin liderazgo”. Una vez más, los supremacistas estadounidenses —pero también movimientos antiabortistas, animalistas radicales y otros— han tomado la delantera en este terreno, en un intento por evitar que, si algo salía mal y alguno de sus miembros era detenido, eso pudiera suponer la desarticulación de una célula numerosa o de toda la organización. La alternativa fue, y sigue siendo, potenciar la acción individual. Una acción que quizás sea de menor alcance por la imposibilidad de movilizar más medios, pero que tiene a su favor la necesidad de un presupuesto mucho menor, una mayor probabilidad de conseguir el objetivo —al ser menos detectable en los preparativos para los servicios policiales y de inteligencia — y un riesgo menor si surge cualquier posible contratiempo —como la

detención de algún miembro de la organización—.

Esto es algo que los ideólogos de Al Qaeda —primero por boca de Abu Musad al Suri, ya en 2004, y posteriormente desde las páginas de *Inspire*[15], en julio de 2010—, optaron por promover como una alternativa violenta que, con el tiempo, ha desembocado en lo que la literatura anglosajona denomina desde entonces *open source jihad*. Por su parte, también el ya citado Abu Mohamed al Adnani, en nombre de Dáesh, hizo lo propio en septiembre de 2014, apostando por la que se ha ido conociendo también en la literatura anglosajona como *leaderless resistence*. Esos son los conceptos actuales más significativos de un proceso que constituye una seña de identidad esencial de ambas organizaciones para intentar convencernos de que, a pesar de los reveses sufridos en estos últimos tiempos, siguen manteniendo su capacidad para golpear prácticamente allí donde decidan castigar a sus enemigos.

Ambos conceptos plantean un discurso que enfatiza la obligación de matar en defensa de su fe que todo musulmán tiene, proponiendo como mantra movilizador algo tan simple, y tan macabro, como “matar a quien se pueda, cuando se pueda, donde se pueda y como se pueda”. En su visión aterradora, Dáesh entiende que existe una confabulación mundial para hundir al islam (del que ellos se creen auténticos y exclusivos intérpretes); por tanto, como respuesta no basta con practicar la fe y hacer profesión pública de ello, sino que todos los verdaderos musulmanes (los que comulgan con su visión) están de hecho obligados a defender la causa contra esos ataques y a utilizar la violencia para imponerse a sus enemigos. Dado que no todos tienen las mismas capacidades individuales y las mismas oportunidades de hacerlo, dirigentes como Anwar al Awlaki[16] ya en 2009 proponía hasta 40 modalidades distintas de acción que podían ser realizadas por cualquier simpatizante yihadista.

Ese es un planteamiento que, por desgracia, resulta atractivo para personas de muy diversa condición, inmersas en procesos de radicalización

cada vez más rápidos. En un terreno en el que tienen mucho más que aportar psicólogos y sociólogos que analistas de seguridad y conflictos violentos, se constata que la clave fundamental para activar dicho proceso es la sensación de estar siendo discriminado. Al tratarse de una percepción subjetiva, su valoración y el método para contrarrestarla es, por definición, mucho más difícil que si se tratara de una realidad fáctica. Por eso no se puede simplificar el asunto argumentando que es simplemente un problema de falta de recursos económicos, como si solo los más pobres de una comunidad tuviesen una inclinación irrefrenable hacia la violencia. Ni es así en la realidad ni se puede resolver el problema con simples aportaciones de medios económicos a los más desfavorecidos.

El problema es obviamente más complejo, puesto que conecta directamente con la visión que cada persona tenga sobre sí misma y sobre su nivel de integración en el entorno social, político y económico que le toque vivir. De ahí que, por mencionar un solo ejemplo entre muchos, convenga recordar que algunos de los autores materiales de los atentados del 11-S eran personas altamente cualificadas y vistas como normales en sus respectivas vecindades. En ese delicado terreno de las percepciones es en el que se determina si un individuo entra en un proceso de radicalización que pueda desembocar en la violencia. En unos casos, al menos visto desde fuera, esa activación puede tener escaso sostén objetivo; pero, en muchos otros, se deriva de una bien visible marginación y discriminación —tanto en países arabomusulmanes como en comunidades islámicas radicadas en países occidentales— que sirven de fecundo caldo de cultivo para que de ahí surjan futuros terroristas. Y sin que eso quiera decir que ante una misma realidad objetiva todas las personas afectadas vayan a reaccionar de la misma manera; de tal forma que, como sucede en Francia entre las personas de identidad musulmana, frente a los escasos miles que se apuntan a las filas de Dáesh hay decenas de miles que se han convertido en soldados, policías y funcionarios civiles franceses.

En la búsqueda de factores adicionales que expliquen esos procesos que llevan hacia la violencia es también importante no caer en el error de dirigir la mirada hacia el islam para calificarla como una religión que promueve abiertamente la violencia. En cualquiera de las denominadas tres "religiones del Libro" —judaísmo, cristianismo e islamismo— hay innumerables referencias tanto a la paz y la concordia como a la violencia y el castigo. Para quienes entienden que todas ellas han sido creaciones humanas, un mínimo repaso histórico lleva a la conclusión de que carece de sentido intentar clasificarlas en orden de mayor o menor convicción pacifista. En el nombre de cualquiera de ellas y de sus dioses se han llevado a cabo las acciones más impresionantes de amor al prójimo, de solidaridad y de sacrificio. Pero también en su mismo nombre se han cometido las mayores barbaridades que quepa imaginar un ser humano. Son, en definitiva, textos sujetos a la interpretación selectiva de lo que guardan sus páginas y son, al mismo tiempo, muy atractivos instrumentos para los que tienen poder o los que pretenden conseguirlo, que caen fácilmente en la tentación de manejar su contenido para sensibilizar y movilizar a seres humanos en favor de sus respectivas causas y, por tanto, en contra de las que otros defiendan.

Visto así, el islam no puede ser identificado cabalmente como el responsable del terrorismo que algunos (muy pocos) practican en su nombre. El islam es, como las otras dos religiones monoteístas mencionadas, tanto una religión de paz como de guerra; o, lo que es lo mismo, es lo que quienes la practican quieren que sea en cada momento. Así vemos cómo la yihad, término complejo donde los haya, es un concepto que tanto sirve para definir la lucha que cada creyente musulmán tiene consigo mismo (gran yihad o *yihad al akbar*), procurando vencer sus imperfecciones y limitaciones para hacerse merecedor a su dios, como para especificar la lucha contra el infiel (pequeña yihad o *yihad al asghar*). Carece de sentido igualmente basar ese tipo de ideas en las declaraciones y acciones de personajes como Osama bin Laden o Abubaker al Bagdadi,

dado que ninguno de ellos ha ostentado nunca autoridad alguna para hablar en nombre de los millones de musulmanes que en su inmensa mayoría no se sienten representados por ellos. Y lo mismo cabe decir de tantos gobernantes musulmanes que pretenden manipular el islam a su antojo y emplearlo como un instrumento principal en su intento de controlar a sus propias poblaciones y lanzarlas contra otras.

Volviendo a los lobos solitarios, y más específicamente a los canales utilizados para reclutarlos, las investigaciones realizadas en estos últimos años dan a entender que se ha producido una evolución cada vez más inquietante. Así, en un principio eran las mezquitas los lugares en los que con mayor frecuencia se producía la captación de individuos que terminaban viajando a los principales escenarios de actividad yihadista, empezando por Afganistán, ya en los años ochenta del pasado siglo. Incluso en aquella etapa no era extraña la implicación de algunos gobiernos para movilizar a sus jóvenes, con idea de convertirlos en combatientes, para lo que no dudaban en presentar la lucha como una nueva "guerra santa" contra el infiel (fuera la comunista Unión Soviética o el capitalista Estados Unidos).

Casi simultáneamente, las cárceles pasaron a ser lugares habituales en los que encontrar a nuevos candidatos a las filas yihadistas, tanto si finalmente se convertían en los llamados *foreign fighters* (combatientes extranjeros), como si se limitaban a actuar en sus propios países de residencia. Aprovechando la confluencia de muchas personas en un mismo lugar durante un tiempo más o menos largo, sin importar que muchas de ellas fueran simples delincuentes comunes, los reclutadores se encontraban con unas condiciones propicias para lograr su objetivo. Para los ya radicalizados anteriormente, el paso por la cárcel podía servir para consolidar aún más su apuesta violenta, y para los demás hasta podía presentarse como una ocasión perfecta para redimir sus culpas y dar sentido a sus vidas, como un renacimiento dotado de una carga mesiánica imparable

en muchos casos.

Secuencialmente, al hilo del incesante desarrollo de las tecnologías de la comunicación y las redes sociales, la radicalización ha ido también adaptándose al nuevo entorno con una capacidad inaudita. El anonimato y la posibilidad de entrar en esa dinámica militante desde el propio domicilio o desde los locutorios públicos han facilitado indudablemente la labor de reclutamiento, hasta el punto de que hoy ya es el canal predominante de los tres mencionados. A pesar de que los servicios de información e inteligencia, con la creciente colaboración de las empresas del sector, procuran ir cerrando el paso a quienes se empeñan incesantemente en crear nuevos portales y canales de radicalización, las propias características de las redes sociales hace imposible bloquearlos por completo.

De todas maneras, aunque podría parecer que en este caso no es necesario el contacto humano para que el potencial terrorista llegue a dar el paso definitivo, la experiencia acumulada indica que en la inmensa mayoría de los casos hay, en algún momento del proceso, una persona, una cara que resulta imprescindible para que eso se produzca. Lo más frecuente es que esa persona sea un amigo (70% de los casos) o un familiar (20%), pero la figura del reclutador ajeno al círculo de conocidos más inmediato (apenas por encima del 5%) también adquiere una relevancia considerable. Desde la aparición de Dáesh al frente del pseudocalifato se estima, por ejemplo, que uno de cada tres individuos incorporados al pseudocalifato desde Bélgica ha sido reclutado por solo dos personas.

Esa suma de factores susceptibles de determinar la radicalización violenta de un individuo y esa multiplicidad de canales por los que se puede desarrollar el proceso impiden establecer un retrato robot detallado de las personas que pueden acabar integrándose en las redes yihadistas. Por dar únicamente un ejemplo, cabe recordar que en 2014, cuando lo que más necesitaba Dáesh eran combatientes en primera fila, solo uno de cada siete yihadistas europeos llegados al pseudocalifato era una mujer. Sin embargo,

en 2016, cuando la prioridad del momento era ocupar el espacio, asentar un aparato paraestatal y sumar un mayor número de correligionarios dispuestos a constituir familias, ya eran una de cada tres. Del mismo modo, en la medida en que la adopción de medidas contraterroristas para frenar a los que responden a un determinado perfil habitual (por ejemplo, jóvenes urbanos de unas ciertas características) han dificultado su empleo por ser más fácilmente detectables, los reclutadores se afanan ahora por buscar a personas de perfiles diferentes, considerando que tendrán menores restricciones a la hora de llegar al pseudocalifato o de actuar en nombre de Dáesh. Sirva como ejemplo el empleo creciente que Wilayat al Sudan al Gharbi está haciendo ya de menores de edad, de mujeres y de discapacitados físicos y mentales, contando con que tendrán mayor posibilidad de pasar los filtros de seguridad que protejan determinados objetivos de estos grupos violentos.

En definitiva, cada vez está más claro que cualquiera termina por valer (voluntaria o, cada vez en más casos, forzadamente) para prestar servicio en las filas del yihadismo global. Esto supone que, con el paso del tiempo y ante las crecientes dificultades que hasta Al Qaeda y Dáesh encuentran para incorporar a nuevos miembros, se ha ido perdiendo la diferencia que antes llevaba a establecer que el primero era más exigente en sus procesos de reclutamiento (lo que llevaba a algunos a equipararlos con unidades de operaciones especiales) que el segundo (con niveles de cualificación que los asimilaban a unidades regulares de infantería).

Esto implica igualmente que, al tiempo que sigue siendo real el fenómeno de la radicalización del islam en algunos círculos, cada vez preocupa más la islamización de la radicalidad. Aprovechando el deseo de revancha, de insatisfacción y de rabia que acumulan personas de muy diferente extracción y situación objetiva, la visión extremista del islam que grupos como Dáesh difunden puede ofrecerles una pátina ideológica que les haga más fácil el tránsito de su radicalidad personal a la violencia indis-

criminada.

Como derivación de lo dicho sobre los lobos solitarios, resulta inmediato entender que, por mucho que no pierda ocasión de reivindicar prácticamente cualquier acto cometido por personas que no siempre dicen ni siquiera actuar en su nombre —como ha ocurrido con la matanza del 1 de octubre en Las Vegas, sin aportar ninguna prueba que lo demuestre—, Dáesh solo trata de magnificar su propia importancia apuntándose tantos siempre que puede. Dispone para ello, como se detalla más adelante, de una magnífica plataforma de propaganda y recurre a ella como altavoz principal de su intento de ser reconocida como *primus inter pares* en el mundillo yihadista.

UNOS EFECTIVOS Y CAPACIDADES PRECARIOS

No hay, evidentemente, un carnet, un pasaporte o una relación de puestos de trabajo global que permita cuantificar con exactitud el volumen total de personal adscrito a Dáesh. A partir de ahí, nos encontramos ante una hoja en blanco que cada uno puede rellenar a su antojo. Pero el elemento común entre todos los dedicados a esta tarea confluye en su interés por exagerar los números.

Desde las filas de Dáesh, es lógico ese afán por aparentar frente a sus enemigos una fortaleza siempre superior a la real. También le sirve ese mismo mensaje para disuadir a la población que dominan, paralizada por la sensación de enfrentarse a un poder muy superior y dispuesto a matar sin miramientos. En paralelo, también de esa manera procuran hacer creer a todos que sus filas aumentan a diario, como si hubiera infinidad de personas atraídas por su planteamiento, alimentando así un espejismo que sirve por sí solo como potente motor de arrastre que lleva a otros potenciales candidatos a dar el paso definitivo. Entre quienes se le oponen, también se da con demasiada frecuencia ese mismo sesgo, sobredimensionando de ese modo la importancia de la amenaza que representan hasta concederle falsamente

un carácter existencial. Piensan que así obtendrán más protagonismo y más fácilmente lograrán mayores recursos para hacerles frente. E incluso entre periodistas, académicos y analistas de todo tipo es fácil caer en esa misma tentación, aunque solo sea para lograr mayor atención mediática y para que no parezca que dedican su tiempo y reflexiones a algo que, si no fuera presentado de ese modo, hasta podría parecer un asunto menor.

Como resultado de esas variadas motivaciones, volvemos a encontrarnos ante la imposibilidad de zanjar definitivamente el debate sobre sus capacidades reales. Y por eso, debemos admitir que nos manejamos básicamente con estimaciones genéricas, basadas más en percepciones subjetivas que circulan sin freno por mero efecto de imitación que con datos derivados de un estudio detallado (por otro lado, imposible de realizar en las circunstancias actuales). Así, el arco de variación que se ha ido registrando desde la instauración de su pseudocalifato sobre el total de efectivos adscritos al núcleo central va desde unos increíbles 400.000 hasta los alrededor de 40.000-50.000 en los que se mueven la mayoría de las fuentes, pasando por los 80.000 que el propio presidente ruso, Vladimir Putin, señalaba en junio de 2017, en el marco de una entrevista con el director cinematográfico Oliver Stone, añadiendo que unos 30.000 serían extranjeros (de hasta unos 80 países distintos).

Sean cuantos sean quienes componen el núcleo central de yihadistas desplegados en el pseudocalifato y alrededores inmediatos, parece claro que nunca han sido suficientes para, simultáneamente, gestionar ese territorio, ampliar sus horizontes geográficos, derribar de paso algún Gobierno y resistir la ofensiva que ha desencadenado en su contra una diversidad de actores estatales y no estatales prácticamente desde el mismo día de su establecimiento. Pero también resulta igualmente obvio que, a pesar de todos los obstáculos, han logrado activar a unos 40.000 individuos de diferentes países, empeñados en consolidar su delirante fantasía desde la primera línea de combate. Siguiendo las cifras aportadas por The Soufan

Group[17] sobre la procedencia de esos *foreign fighters*, Rusia (con 8.717) figuraría en primer lugar, seguida de Oriente Medio (7.054), la Unión Europea (5.718), Magreb (5.319), Sudeste de Asia (1.568) y Norteamérica (439). Todo eso sin olvidar que también ha sido capaz de crear una "marca" de alcance global que, como se analizaba anteriormente, ha derivado en la aparición de decenas de grupos asociados en diferentes territorios y de un número imposible de cuantificar de individuos y grupúsculos que en muchos otros actúan inspirados por su ideología violenta.

Y lo han hecho aprovechando y manipulando diferentes factores, tanto de carácter histórico como social, político y económico. Sin ningún ánimo de exhaustividad, y atendiendo al discurso que sistemáticamente manejan en sus medios de propaganda, merece la pena recordar que, mirando hacia los países arabomusulmanes, insisten en presentarse como los opositores más firmes a unos regímenes corruptos, arbitrarios, ineficientes en la atención a las necesidades del conjunto de la población, sectarios y netamente autoritarios frente a cualquier posible disidencia o crítica. Cuando les conviene, no dudan tampoco en hacerse pasar por los defensores de los suníes frente a lo que ven como un creciente dominio chií (y ahí están Irak y Siria como ejemplos).

Cuando vuelcan su mirada hacia el exterior, tanto les vale aprovechar los notorios efectos negativos de la colonización y descolonización realizada por Occidente como la existencia de una bien visible doble vara de medida en la aplicación del derecho internacional (basta con comparar la manera de responder a la invasión de Kuwait por parte de Irak con la inacción absoluta frente a Israel por hacer lo propio en territorio de sus vecinos a lo largo de décadas), el innegable intervencionismo occidental en Oriente Próximo y Oriente Medio o el abandono de la causa palestina a nivel mundial (lo que incluso les da pie a hacer pasar sus acciones violentas por un intento de compensar la injusticia cometida). Así, pueden rentabilizar por igual la incoherencia de los países occidentales en sus

políticas exteriores y los fallos de sus políticas de integración de personas distintas en una misma comunidad nacional para atraer a nuevos simpatizantes.

Unos se alistan sinceramente convencidos de que su dios está con ellos y de que su causa merece toda clase de sacrificios. Otros lo hacen por venganza contra quienes identifican como los culpables de alguna decisión en su contra; como los policías y militares iraquíes de la época de Sadam Husein que fueron marginados por decisión estadounidense en el marco de la invasión que iniciaron en ese país en marzo de 2003. Los hay que simplemente buscan un modo de vida que les garantice un salario para poder cubrir sus necesidades y las de los suyos, como la opción menos mala en contextos de violencia y economía informal que no les ofrece nada mejor. Junto a estos también están los occidentales que, radicalizados por diferentes causas y vías, acaban convencidos de que están ante la oportunidad de dar un sentido pleno a sus vidas, construyendo el paraíso en la Tierra; sin olvidar a los que amantes de las aventuras extremas. Pero, asimismo, se mezclan en sus filas mercenarios, yihadistas de anteriores batallas que ya no se plantean ninguna alternativa mejor y, por último, bandidos y criminales que se disfrazan de yihadistas por entender que eso les concede un mayor margen de maniobra para sacar provecho de las circunstancias y hasta un cierto aura de combatientes por una causa.

Con esa amalgama de voluntades y perfiles tan dispares, Dáesh ha intentado, si nos circunscribimos al ámbito militar, crear una fuerza operativa con capacidad para desarrollar indistintamente acciones de combate convencional, insurgentes y terroristas, pero también de policía en las calles de las localidades bajo su control. Y ahí se ha vuelto a caer frecuentemente en el error de considerar que estábamos ante unas fuerzas armadas dignas de tal nombre. Algo que Dáesh nunca ha llegado a tener.

Al margen de que no dispone de capacidades navales, escasamente útiles en los escenarios principales en los que actúan, lo más relevante es

que no tienen tampoco medios aéreos, ni de defensa ni, menos aún, de ataque. Y eso supone una desventaja de tal calibre que permite asegurar sin apenas margen de error que, más pronto que tarde, sus unidades serán derrotadas en el campo de batalla convencional (no así en el insurgente y terrorista). Carecer de medios de defensa antiaérea —para, al menos, dificultar el apoyo aéreo que reciben la unidades regulares o irregulares que les atacan por tierra— y de helicópteros y aviones de combate —que cuestionen, aunque solo sea parcialmente, el dominio de los cielos por parte de sus enemigos— implica una vulnerabilidad insoportable tanto para sus unidades de combate como también para su retaguardia (sean vías de comunicación o instalaciones de todo tipo). Y, hasta donde se ha visto cuando ya su pseudocalifato hace aguas por todas partes, sigue sin haberse podido dotar más que de algunos drones de observación y de muy básicos medios antiaéreos, que en nada han debilitado la abrumadora superioridad aérea de la que goza la coalición internacional activada en su contra.

En cuanto a sus medios terrestres, existe también una generalizada tendencia a la exageración. Así, por ejemplo, parecería que han llegado a crear un pseudocalifato que, en su momento de mayor expansión, comprendería unos 280.000 km^2 a caballo entre Irak y Siria, como si eso fuera el resultado de impresionantes victorias en batallas encarnizadas contra enemigos muy dotados. La realidad, sin embargo, nos muestra que Dáesh ha sabido aprovechar el vacío de poder y el descontrol en buena parte de ambos países para engrandecer su nombre hasta niveles nunca vistos. Dejando para más adelante el análisis de lo ocurrido en el escenario iraquí y sirio, en términos generales no hablamos tanto de grandes victorias yihadistas como de una mezcla de pasividad suicida, vergonzosas retiradas y hasta cierto interés por dejarles hacer (como ha hecho el régimen sirio, para poder presentarse así como un mal menor frente a su aparentemente imparable amenaza).

Si esta era la situación cuando Dáesh estaba en plena etapa expansiva,

con mucho mayor énfasis hay que insistir que en la actualidad, tras el castigo que viene sufriendo en sus feudos principales desde la primavera de 2016, su potencial de combate es significativamente menor al no contar probablemente con más de la mitad de los efectivos que llegaron a acumular en su momento de máxima expansión. Eso no quiere decir que no vaya a tener medios suficientes para seguir realizando acciones violentas contra muchos objetivos puntuales e, incluso, que pueda llevar a cabo alguna acción de combate convencional. Lo que queda fuera de su alcance, en cualquier caso, es la posibilidad de volver a conquistar y controlar permanentemente un territorio, dado que no cuenta con medios suficientes para asumir esa carga. A fin de cuentas, unas fuerzas de seguridad y unas fuerzas armadas, como las que caracterizan a un Estado, son mucho más que la suma de unos cuantos individuos, por muchos que estos sean. Por eso podemos afirmar que, del mismo modo que Dáesh no es un Estado, tampoco es un ejército ni, por supuesto, sus miembros son soldados.

UNA FINANCIACIÓN CON REMIENDOS

Si oscuro es el panorama que ofrece el cálculo de los efectivos de Dáesh, faltan calificativos para definir el que se refiere a su financiación. En este terreno todo se reduce a especular sobre cuál puede ser su patrimonio —y ahí se vuelve recurrentemente a la cifra de unos 2.000 millones de dólares, sin saber en detalle cómo se ha realizado el cálculo— y cuáles pueden ser sus fuentes de ingresos— sin capacidad alguna para conocer lo que obtendría de cada una de ellas.

Esto no quiere decir, como ya hemos visto al hablar de los diferentes *diwan*, que no haya un esfuerzo organizativo específico dedicado a esta materia, sino que, como es elemental entender, sus dirigentes prefieren el secretismo a la transparencia sobre un asunto tan vital para su empeño. Como pilar principal siempre se acaba haciendo referencia a la labor de planificación de Samir Abd Muhammad al Khifani, excoronel de los

servicios de inteligencia iraquíes, responsable de la elaboración de un plan maestro para garantizar los fondos necesarios para alcanzar los objetivos propuestos por la dirección de Dáesh.

Hasta la creación del pseudocalifato, el grueso de la partida de ingresos procedía directamente del "botín de guerra" obtenido en cada golpe, así como de los rescates obtenidos en la liberación de personas secuestradas. Eso no quita para que ocasionalmente pudieran lograr ganancias a través de sus relaciones con el narcotráfico, robos en entidades bancarias, tráfico de personas, tráfico de órganos, venta de obras de arte y, ya desde sus inicios, donaciones de individuos interesados en promover la ideología yihadista.

A partir de junio de 2014, el aparato paraestatal activado en la zona controlada por Dáesh permitió sumar a las fuentes anteriores —contando con que algunas estaban ya en franco retroceso, como los rescates por liberación de secuestrados— diferentes figuras impositivas sobre toda actividad formal o informal que se realizara en el seno del territorio que controlaba, así como la extorsión y la confiscación de medios pertenecientes a personas que habían salido de dicho territorio o que no se subordinaban a las indicaciones de las nuevas autoridades. También el petróleo pasó a constituir, durante un breve periodo de tiempo, una fuente muy provechosa de ganancias. Durante una temporada se difundieron noticias para todos los gustos. Por un lado, algunas fuentes sostenían que diariamente era capaz de extraer y vender (a unos 18 dólares de ganancia neta por barril) unos 200.000 barriles en los campos que controlaba en Siria y unos 80.000 en los correspondientes a Irak; lo que supondría unos ingresos diarios de 5 millones de dólares. Otras, no más ni menos fiables, rebajaban sustancialmente ese volumen de tráfico para llegar a un cálculo de unos 1,2 millones de dólares diarios.

Fueran los que fueran, el hecho obvio es que el aprovechamiento de esa fuente de ingresos fue muy temporal, dado que pronto llamó la atención de quienes buscaban su ruina y de ahí que la coalición internacional liderada

por Estados Unidos empezara a dirigir buena parte de sus ataques aéreos no solo contra los yacimientos, sino también contra las refinerías más o menos productivas que explotaban y contra las largas filas de camiones que en ocasiones se formaban a la espera de su correspondiente carga. A esto se unió también el efecto de la aplicación, imperfecta en todo caso, de la Resolución 2199 (12 de febrero de 2015) del Consejo de Seguridad de la ONU para intentar frenar su venta en el mercado internacional.

En consecuencia, en la medida en que se ha ido cerrando el círculo del asedio en que están sumidos y ha ido menguando el espacio físico que controlan en diferentes provincias sirias e iraquíes, así lo ha hecho también la caja de la organización. Pero hasta llegar a ese punto es bien claro que Dáesh ha dispuesto de medios suficientes para acumular unos efectivos comparativamente mejor pagados que sus adversarios (tanto gubernamentales como no estatales), lo que ha derivado en un significativo trasvase de combatientes que han optado por apuntarse a sus filas por esta tan simple como convincente razón. También ha conseguido disponer de equipo, material y armamento suficiente para ofrecer una férrea resistencia a sus oponentes, contando con que han sido muchas las ocasiones en las que no ha necesitado siquiera adquirirlo en el mercado porque ha podido hacerse con el que sus enemigos han abandonado en muchos frentes de batalla (el caso de la retirada de Mosul por parte de las fuerzas armadas iraquíes es solo un ejemplo entre muchos).

De ahí que, sin entrar en un camino que no lleva de momento a ninguna parte, tratando de discutir lo fundado o infundado de las cifras que cada fuente maneja —sean los tan repetidos millones de dólares diarios obtenidos por la venta de petróleo o los ya citados 2.000 millones de dólares de patrimonio—, lo relevante es constatar que Dáesh ha contado hasta ahora con recursos suficientes para mantener su pulso violento y paraestatal. Dicho de otro modo, y aunque se haya evaporado antes de materializarse su pretensión de llegar incluso a emitir moneda propia (un

dinar de oro, basado en el usado en los tiempos del califa Utman, en el siglo VII), no parece que vaya a ser la falta de fondos lo que termine por hacerlo colapsar a corto plazo.

En definitiva, como ha quedado de manifiesto en muchos de los escenarios violentos de la actualidad, las que algunos insisten en denominar "nuevas guerras" son comparativamente mucho menos costosas en términos económicos que las convencionales. No se trata solamente de que para llevar a cabo un atentado cada vez se usen con más frecuencia instrumentos que están al alcance de cualquiera y cuyo coste es mucho menor que el que supone adquirir medios de combate convencionales, sino que incluso ni se plantean ni necesitan contar con toda la parafernalia armamentística de unas fuerzas armadas nacionales. Y eso le permite a Dáesh seguir siendo una amenaza aunque cuente con menos recursos.

UN APARATO DE PROPAGANDA MODÉLICO

Pocas cosas han sido más unánimemente valoradas en referencia a Dáesh como su dominio de los modernos sistemas de comunicación, publicidad y propaganda. Incluso el Centro de Excelencia de Comunicaciones de la OTAN se ha sumado a ese reconocimiento al detallar los propósitos de su estrategia de comunicación, que cabe resumir en:

- Demandar apoyo para su causa.
- Unir a sus simpatizantes en la lucha contra sus enemigos.
- Atemorizar y someter a sus adversarios internos y externos.
- Difundir una imagen de efectividad por todos los rincones del planeta.

Con esa idea manejan diestramente claves religiosas, sociales, políticas y económicas que buscan movilizar a su favor a una enorme diversidad de potenciales simpatizantes, financiadores y militantes. Eso supone elaborar y difundir mensajes específicos para tratar de atraer a individuos con perfiles muy distintos, dado que tan necesarios son los combatientes de primera

línea —para lo que tanto sirve un convencido yihadista como un mercenario, un amante de las aventuras extremas o un exmilitar represaliado— como las mujeres que puedan ayudar a fundar familias de nuevos correligionarios y los técnicos imprescindibles para hacer funcionar una maquinaria de gobierno.

Tan importante es esta tarea que, como se repite frecuentemente desde el inicio de sus actividades, los profesionales de este sector son económicamente mejor tratados que los propios combatientes del núcleo duro de la organización. Y es que en sus manos está buena parte del posible éxito de Dáesh, puesto que es aquí donde con mayor claridad se dirime esa estrategia de "conquistar mentes y corazones", creando una narrativa que, por un lado, potencie su visión del mundo y su voluntad de modificar las reglas de juego y, por otro, procure debilitar a sus oponentes, presentándolos como los culpables de todos los males. De ahí que más relevante que su capacidad profesional para hacer funcionar el moderno aparataje técnico del que disponen sea su destreza en afinar hasta el extremo en consideraciones psicológicas, sociológicas y antropológicas que influyen, para bien y para mal, en las mentalidades y actitudes de los seres humanos a los que dirigen sus mensajes.

En su labor diaria se esfuerzan por entremezclar realidades objetivas —aprovechando los considerables desajustes que provoca la desigual globalización en la que estamos sumidos— con interpretaciones selectivas de esos mismos hechos y con potentes elementos de leyenda muy movilizadores para aquella audiencia a la que se dirige. La propaganda que resulta de esa eficaz combinación de elementos persigue, en última instancia, el mismo objetivo que la violencia; pero en lugar de hacerlo a través del terror para modificar comportamientos, lo hace a través de la persuasión. Esa es la clave que explica su verdadero valor.

En el apartado técnico no solo han demostrado su capacidad para difundir productos que elaboran otros (incluyendo los actos violentos que

los propios perpetradores graban durante sus acciones), sino también para producir sus propios materiales, videos y publicaciones periódicas. Por supuesto, Dáesh no fue el primero que se dio cuenta del enorme potencial de internet, de las redes sociales y de las publicaciones propias para potenciar su causa, pero desde luego es, con diferencia, el más avanzado en estos terrenos. Ya a finales de 2015 se estimaba que había unas 45.000 cuentas en las redes sociales manejadas por personas ligadas a Dáesh, capaces de superar hábilmente los obstáculos que diferentes gobiernos, en colaboración con las empresas que gestionan esos medios —sea Twitter, Facebook, WhatsApp o YouTube—, han ido poniendo en su camino para evitar la difusión de su propaganda.

Su principal medio escrito, *Dabiq*[18], que comenzó a publicarse el 5 de julio de 2014, también se ha convertido en una vía fundamental para sus propósitos, difundiendo a una audiencia global por innumerables canales y en varias lenguas sus ideas, acciones y visiones. Hoy, ya bajo el título de *Rumiyah*, la revista se acerca a la veintena de números y sigue centrada especialmente en el reclutamiento de nuevos yihadistas en el mundo occidental y en enseñar técnicas básicas a potenciales lobos solitarios.

En el terreno organizativo cuenta, desde agosto de 2014, con su propia agencia de noticias, Amaq, que utiliza Telegram como servicio de encriptado para difundir, por ejemplo, la reivindicación de los atentados que Dáesh apunta en su cuenta de resultados. Aunque formalmente no parezca estar integrada como un departamento más de Dáesh, en la práctica es bien visible que cuenta con una conexión directa con sus principales dirigentes, lo que le permite difundir detalles fuera del alcance de cualquier otro medio y lo que ha llevado, por tanto, a convertirlo en el medio al que más se recurre para intentar estar al tanto de lo que se mueve dentro de la organización yihadista. Asimismo, el entramado mediático Al Hayat Media Center le permite supervisar los contenidos que a Dáesh le interesa propagar, así como distribuir su propia información tanto en los territorios

que controla —a través de sus oficinas provinciales— como hacia el exterior. Como productora audiovisual de referencia, distribuye contenidos en inglés, francés y alemán, orientados fundamentalmente a atraer a potenciales yihadistas extranjeros. Su creador, o uno de sus principales gestores, podría ser un antiguo rapero alemán, conocido como Deso Dogg o como Abu Talha al Almani, que habría sido herido en Siria durante su etapa como combatiente de primera fila.

Cuenta además con una red de emisoras de radio, Al Bayan, que inició sus emisiones en la primavera de 2014 desde la ciudad iraquí de Faluya (una de las primeras que Dáesh controló en ese país) y que ha ido incorporando otras emisoras en Siria y Libia, emitiendo preferentemente en árabe, aunque ha ido añadiendo también contenidos en inglés, ruso, turco, francés y kurdo. Además de lecturas coránicas y algunos programas de debate, su principal valor añadido son los boletines informativos en los que procura dar cuenta, siempre en términos muy positivos para Dáesh, de las acciones desarrolladas por sus fieles en cualquier escenario bélico.

Analizada en su conjunto, esa estructura mediática, con sus innegables particularidades, desarrolla un trabajo que, en esencia, se centra en:

- Reclutamiento y llamada a la yihad: partiendo de una visión apocalíptica que demanda la participación activa y violenta de todo creyente en la defensa de su fe, busca movilizar a sus acólitos tanto en los países de perfil arabomusulmán como en el resto del planeta. Eso explica su apuesta desde el inicio por añadir otros idiomas al árabe para poder llegar mucho más lejos en la búsqueda de voluntarios que se sumen a su causa.
- Difusión de información sobre acciones de combate: en un tono habitualmente grandilocuente y de la manera más impactante posible, se pretende dar la impresión de que se trata de un ejército invencible, al que continuamente se suman nuevos combatientes. De ese modo, aspira a atemorizar hasta la parálisis a sus enemigos y,

simultáneamente, movilizar a todos los que quieran apuntarse a una dinámica aparentemente victoriosa.

- Propagación de mensajes religiosos: con una interpretación sesgada tanto de la historia como de la actualidad de la doctrina islámica, y de forma aún más acuciante que Al Qaeda, es bien perceptible su interés por dotarse de legitimidad en el terreno religioso, pretendiendo presentarse como los únicos intérpretes de la verdadera fe.
- Reconocimiento y homenaje a sus propios caídos en combate: el enaltecimiento de sus "mártires" es un elemento esencial de su estrategia, en línea con su ofrecimiento a todo militante de que está llamado a convertirse en protagonista principal del giro radical que están impulsando.
- Recreación de la vida en el pseudocalifato: presentado como un proyecto vital abierto a todos los interesados, se difunden regularmente imágenes y textos que pretenden reflejar una idílica convivencia entre correligionarios, movidos por su común interés en construir un mundo mejor en el que cada uno es presentado como una pieza central del proyecto yihadista.
- Difamación sistemática de cualquier otra creencia: su encono no se limita a los chiíes, que no consideran como verdaderos musulmanes, sino que se dirige igualmente contra los suníes que no se alineen con sus planteamientos, lo cual los convierte igualmente en objetivos a batir. Por supuesto, en esa visión sectaria se incluyen todas las demás religiones, dando por hecho que en su extremista visión solo existe una religión, el islam, y una única interpretación, la suya. Un elemento adicional de ese mensaje es el énfasis en la pérdida de valores que sufre Occidente, sumido en un deterioro del que ya es imposible salir si no es a través de una destrucción total de sus sistemas; una destrucción en la que Dáesh está llamado a ser el actor decisivo.

Sobradamente consciente de la importancia que la información tiene para conformar visiones y actitudes, Dáesh no solo se ocupa de crear sus propios mensajes propagandísticos, sino también de cercenar los que otros puedan emitir. Por eso, no tiene reparos en eliminar a los que puedan

resultar críticos con su forma de actuar (el asesinato del periodista estadounidense James Foley en 2014 fue solo el inicio de una macabra secuencia en la que se incluyen decenas más) y en manipular a los que ocasionalmente deja entrar en su territorio.

Pero es que, además de todo lo que Dáesh hace a través de esta engrasada maquinaria para convencer a propios y extraños, por diferentes motivos son muchos otros los que se ocupan de multiplicar su efecto mediático. Sea por morbo, por competencia entre medios de comunicación desesperados por monopolizar una primicia antes de que otros lo hagan o por pura inconsciencia, son multitud los que se encuentran recurrentemente metidos en una carrera incesante por replicar hasta el infinito lo que Dáesh dice y hace. Por mucho que se denuncie en principio a Dáesh por el consciente horror e inhumanidad que tienen sus macabros mensajes de decapitaciones, ejecuciones sumarias, ahorcamientos, explosiones, piras humanas, enterramientos en vida y cualquier otra de las aberraciones que practican, se asume que finalmente habrá alguien interesado en difundirlos.

Un comportamiento como este termina por hacer el juego a los yihadistas. Por un lado, y aunque se diga buscar un efecto de rechazo entre la audiencia al impactarla con esas frecuentes imágenes, lo que se logra es hacerles publicidad gratuita y reforzar aún más el sentimiento de temor generalizado entre la población receptora, creyendo encontrarse ante un monstruo irracional (y eso es un clamoroso error) o terminar por saturar a la opinión pública hasta el punto de provocar pasividad ante una amenaza bien real. Por otro, sirve a Dáesh en su esfuerzo por llegar a más potenciales yihadistas, que pueden encontrar en esas mismas imágenes un potente motor de activación que finalmente les anime a incorporarse a sus filas para imitar a quienes ven en esos videos.

En el debate sobre la necesidad o conveniencia de difundir ese tipo de imágenes hay quienes opinan que en ningún caso debe hacerse, lo que, además de la imposibilidad que supone su control en un mundo inundado

de medios y en el que cada persona es ya en sí misma un agente de comunicación sin límites, supondría limitar la sacrosanta libertad de expresión que define a una democracia. Otros, apoyándose precisamente en esa misma libertad de expresión, defienden que siempre deben darse a conocer, asumiendo que cada oyente, lector o espectador es suficientemente maduro para valorar adecuadamente lo que recibe. Quienes así piensan suelen añadir que es la mejor manera de contrarrestar el poderoso efecto de atracción que esos mensajes pudieran tener sobre potenciales interesados en sumarse a las redes yihadistas.

Probablemente, como en tantos otros casos, la actitud recomendable esté en medio de esos dos extremos. Todos conocemos imágenes icónicas —sea Kim Phuc, la niña desnuda y quemada escapando de un bombardeo de napalm en Vietnam, o las masas de cadáveres judíos movidos por excavadoras en los campos de concentración nazis— que han servido como denuncia y revulsivo ante determinadas actitudes. Eso no quiere decir que toda imagen de violencia y horror deba ser difundida por sistema; pero sí quiere decir que determinadas imágenes, tomadas caso por caso, pueden tener un efecto positivo que no conviene despreciar.

CAPÍTULO 4

Violencia y más violencia

Visto lo visto hasta finales de 2017, podemos ya adelantar al menos dos certezas: ni Dáesh logrará mantener su pseudocalifato por muy violenta que sea su obstinación ni la estrategia militarista desencadenada contra él logrará poner fin a la amenaza que representa. Aunque lo mismo se dijo ya cuando Al Qaeda era la máxima expresión del terrorismo global, parece claro que nadie aprende en cabeza ajena y que hoy nos volvemos a encontrar con que tanto unos como otros siguen aferrados a estrategias condenadas al fracaso, empeñados en seguir tropezando miles de veces más en la misma piedra.

DÁESH, TERROR SIN LÍMITES

Por lo que corresponde a Al Bagdadi y los suyos, no puede caber ninguna duda de que su opción por la violencia es un componente central de su estrategia para lograr los objetivos que pretenden. En su desasosegante visión, lo fundamental es, imitando al Profeta, atacar y atacar de manera permanente para expandir el control sobre el territorio que debe servir de base para un califato universal, ampliando así sus capacidades… para seguir atacando. El terror, como arma multiuso, es un instrumento que el wahabismo ha sabido cultivar desde su arranque hace ya casi 250 años y son muchos los herederos de esa mentalidad que se han ocupado de seguir aferrados a sus directrices.

Por eso se equivoca quien entre en este terreno pensando que nos enfrentamos a una caterva de locos que actúan irracionalmente, movidos únicamente por un irrefrenable instinto asesino. No están locos. Tienen sus

razones, aunque no las compartamos, y tienen un objetivo y una estrategia para lograrlo. Y lo mínimo que se impone es conocerlas para poder contrarrestarlas.

Para contextualizar adecuadamente lo que significa Dáesh en el terreno de la violencia, conviene recordar que el terrorismo es, siempre, una estrategia del débil al fuerte. Es una opción que elige el que no puede imponer por la fuerza, de manera directa, su dictado a otros para tomar el poder en un territorio determinado y organizar allí la vida en todas sus dimensiones a partir de sus propias reglas de juego. Golpea de ese modo el que no tiene recursos propios suficientes, ni el apoyo de una población cómplice para derribar a los que ostentan el poder en un momento dado. Más aún, sabe que en un combate convencional seguramente sería aniquilado y, por tanto, rehúye la batalla y opta por acciones violentas de baja intensidad, procurando erosionar la capacidad de aguante de su adversario a base de tácticas de guerrilla, insurgencia o terrorismo. Espera que el lúgubre goteo de víctimas y de destrucción que eso genera vaya quebrando la resistencia gubernamental y ciudadana, hasta que finalmente el ansiado botín caiga maduro en sus manos. Es sobradamente consciente de su debilidad estructural y de que, dado que la relación de fuerzas le resulta desfavorable, no puede plantear un choque frontal para provocar un drástico y súbito cambio de modelo sin tener que esperar más tiempo. Un tiempo que, como remarcan los talibanes cuando nos recuerdan que “ustedes [Occidente] tienen el reloj, pero nosotros tenemos el tiempo”, parece jugar a su favor.

De igual manera, y aunque resulte paradójico, de un incremento de acciones terroristas por parte de un grupo como Dáesh en un periodo dado no cabe deducir automáticamente que su fortaleza sea cada vez mayor. Y eso es lo que está ocurriendo con Dáesh: al mismo ritmo en el que se va debilitando y perdiendo terreno en Siria/Irak va aumentando su radio de acción, golpeando en muchos más países. Además de que, como ya se ha

mencionado, no cabe asignarle todos los atentados que viene reivindicando desde hace años, esa tendencia expansiva responde a un desesperado interés por mantener la imagen de actor capacitado para actuar a su elección, intentando contrarrestar las derrotas y pérdidas que está sufriendo en su pseudocalifato. Para ello se vale de individuos radicalizados y células que normalmente se dedican a atacar "objetivos blandos" —es decir, no especialmente protegidos— de manera indiscriminada, lo que le permite seguir ocupando un espacio mediático nada desdeñable cuando se toma en consideración la creciente necesidad de mantener abierto el flujo de simpatizantes, militantes y financiadores. Sabe que matar de esa manera, si hay voluntad de hacerlo, es muy fácil, y más aún si a la acción se le añade un componente suicida. Y le basta, por tanto, con estimular a otros, en línea con la resistencia sin liderazgo que ya hemos comentado páginas atrás, para que su propio nombre se vea agrandado a escala mundial. Pero eso no lo convierte en realidad en una entidad más potente, sino menos.

Lejos de la locura (que, en todo caso, solo cabría aplicar a algunos de los ejecutores materiales de los actos violentos, como últimos eslabones de la cadena yihadista), la violencia que Dáesh practica y promueve responde al menos a tres importantes razones:

- Atraer miembros y financiadores: al presentarse como el más feroz, el más brutal y el más audaz de todos los que pululan en el entorno yihadista, aspira a redirigir en su favor las miradas y los fondos que hasta su llamativa irrupción en escena iban a manos de Al Qaeda y algún otro.
- Atemorizar a la población bajo su dominio: limitado en sus recursos para atender los diferentes frentes de acción activos en la región y enfrentado a una poderosa conjunción de enemigos, el ejercicio de la violencia extrema le sirve también para anular cualquier posible resistencia de los millones de personas enclaustradas en su pseudocalifato. Cada castigo es una señal directa del peligro que corre cualquiera que pretenda cuestionar su control. Y ese efecto disuasorio,

paralizante, le permite no tener que dedicar tantos medios a patrullar las calles y poder así volcarse más en sus frentes externos.

- Infundir temor en sus enemigos: son muchos los ejemplos en la historia de las guerras en los que se ha recurrido a crear una imagen tan aterradora de una determinada fuerza —como los temibles guerreros nepalíes gurkas que los británicos emplearon en la guerra de las Malvinas— que sus oponentes terminaban por rendirse o abandonar el campo de batalla incluso antes de que se produjese un encuentro que suponían de antemano fatal para sus vidas. En buena medida, Dáesh ha recurrido a este artificio, transmitiendo una imagen de un salvajismo tan desproporcionado que no han sido pocas las ocasiones en las que han logrado el objetivo sin apenas resistencia.

A partir de esas consideraciones previas, podemos analizar los datos que colocan, ya desde 2015, a Dáesh como el grupo más violento del planeta. Hasta la instauración de su pseudocalifato, Dáesh supo aprovechar muy bien las ventajas que le ofrecía su capacidad para golpear prácticamente a su elección en diferentes lugares de Irak y Siria, sin necesidad de mantener unidades de combate en línea, ni de ofrecer batalla frontal a un enemigo que, habitualmente, ha sido siempre superior en número. Como ya hemos visto, la pauta de comportamiento más habitual en aquellos años no era tanto la toma de control de localidades y terreno a través de sucesivas ofensivas como el aprovechamiento de la falta de voluntad de defensa y la generalizada disfuncionalidad de sus enemigos para llevar a cabo acciones muy fluidas, con una notable capacidad operativa.

Durante esa etapa fue cuando Dáesh logró sacar mayor partido de su capacidad para concentrar esfuerzos muy rápidamente contra un objetivo concreto y volver a difuminarse de inmediato en un terreno que le resultaba sobradamente conocido. Con medios de transporte (civiles, en la mayoría de los casos) y unos medios de mando y control que supieron burlar durante mucho tiempo la vigilancia de sus oponentes, sus combatientes lograron

crear una imagen de terror entre sus enemigos que, ya de partida, les concedía una considerable ventaja cuando el asalto finalmente se producía. Al no existir intención de ocupar y mantener terreno, sino únicamente golpear y desaparecer con el botín correspondiente, nunca llegaban a constituir un objetivo rentable, fijo y de dimensiones considerables, para lanzar contra él el enorme potencial de las fuerzas armadas en presencia; al menos hasta que, ya en agosto de 2014, Estados Unidos terminó por conformar la coalición militar que desde entonces actúa en la zona.

Hasta abril de 2013, el 95% de todas sus acciones violentas se registraron en territorio iraquí, y solo un 5% en Siria[19]. Pero un año más tarde, ya se habían llevado a cabo atentados en su nombre en 15 países, y en 2015 ya sumaban 28[20]. En esos mismos años, la media mensual de acciones violentas fue igualmente aumentando desde las 46, en 2013, a las 106, en 2014, y 102, en 2015. Y si hubiera que señalar el momento en el que se confirmó el espectacular salto que Dáesh estaba dispuesto a dar, habría que remontarse al ataque que realizó el 10 de junio de 2014 a la prisión de Badush (al oeste de Mosul), en el que sus hombres mataron a unos 670 prisioneros de identidad chií tras separarlos de los suníes, y el ataque ejecutado el 12 de junio de ese mismo año contra las instalaciones iraquíes de Camp Speicher (en la ciudad iraquí de Tikrit), en el que capturaron a más de 1.600 reclutas chiíes desarmados de la fuerza aérea, matando a casi todos tras haberlos separado igualmente de otros miles de reclutas suníes.

A esas acciones se han sumado después muchísimas más hasta dar como resultado un balance del que se puede destacar, por ejemplo, que no son los ataques suicidas los más numerosos y que los objetivos más frecuentes son la población civil y sus propiedades (un 39% del total en el periodo 2013-2015), seguidos del personal e instalaciones militares y de fuerzas de seguridad (36%), sin olvidar los episódicamente graves ataques a mezquitas y la toma de rehenes.

Esa situación y esas relativas ventajas cambiaron drásticamente con la

creación de su pseudocalifato. Al fijarse en el terreno Dáesh pasó a convertirse en un objetivo sumamente rentable; ya no había que buscarlo por cualquier oscuro rincón de la región o tratando de pasar inadvertido entre la población civil de Irak y Siria, sino que se hacía bien visible en el territorio que pasó a controlar desde entonces. Eso significa que, desde el verano de 2014, ya solo era cuestión de tiempo que el efecto combinado de las fuerzas armadas y milicias locales, que son las que han aportado el grueso de las unidades terrestres, y el apoyo aéreo y la inteligencia táctica que ha prestado fundamentalmente Estados Unidos —con añadidos puntuales de Gran Bretaña, Canadá y hasta Emiratos Árabes Unidos— terminara por resultar insoportable para una fuerza que, como ya se ha señalado repetidamente, nunca ha contado con los recursos y los medios necesarios para asumir simultáneamente la defensa de un territorio, el control de una población escasamente satisfecha de verse sometida a sus brutales normas[21] y el desarrollo de nuevas acciones ofensivas para ampliar su dominio.

El fin de esa etapa expansiva, el momento en el que puede decirse ya que el tiempo comenzó a correr en contra de Dáesh, se identifica con los reveses sufridos en la ciudad siria de Kobani y en la iraquí de Tikrit. En el primer caso, tras la toma de esta ciudad de mayoría kurda en el verano de 2014, cometiendo masacres sin cuento, se vio forzado a abandonarla finalmente en febrero del siguiente año, a pesar de haber empeñado en su defensa un volumen de combatientes que no se correspondía con la escasa significación estratégica del lugar. En cuanto a Tikrit, fue en marzo de 2016 cuando las tropas regulares iraquíes y las milicias predominantemente chiíes encuadradas en las Unidades de Movilización Popular lograron impedir una nueva toma yihadista de la ciudad. Desde entonces, y como ha venido a corroborar posteriormente la pérdida de Mosul, en Irak, y de Raqa, en Siria, y su debilitamiento se ha hecho cada vez más evidente, hasta el punto de que en junio de 2017 Dáesh no parecía contar en la zona con más

de unos 13.000 combatientes y había dejado de controlar el 73% del territorio que algún día tuvo en Irak y el 53% del que llegó a poseer en Siria.

Pero eso no quiere decir que Dáesh haya perdido por completo su capacidad de acción, tanto con los medios que conserva en la zona como con los que aportan algunas de sus franquicias. De hecho, como retazos inconexos de ese desmantelado pseudocalifato, sus combatientes todavía se hacen sentir en diversas provincias iraquíes no solo de la mitad norte, sino también en la propia capital del país y hasta en las provincias del sur (sirva de ejemplo el doble atentado realizado el 14 de septiembre de 2017 en Nasiriya, con el resultado de más de ochenta civiles muertos). Igualmente, en Siria, aunque Raqa y Deir el Zor hayan quedado ya completamente liberadas, los efectivos de Dáesh siguen activos.

En resumen, como efecto directo de esa misma pérdida de territorio, es previsible que con los medios que aún tiene siga sembrando el terror en diferentes ciudades, con explosivos improvisados, secuestros, asaltos y atentados terroristas, procurando aprovechar las debilidades de las fuerzas locales a las que se enfrentan. Y lo mismo ocurre con algunas de sus franquicias, que siguen manteniendo capacidad suficiente para seguir adelante con sus tácticas violentas. Como mero apunte reciente de la persistencia de la amenaza, puede servir el ejemplo de las acciones que desde el 23 de mayo de 2017 realizaron efectivos conjuntos de Abu Sayaf —activo sobre todo en la isla filipina de Basilan— y del Grupo Maúte —muy presente en Lanao del Sur (Mindanao), zona de mayoría musulmana—, en la ciudad de Marawi, tomando temporalmente buena parte de ella y capturando cientos de rehenes en los siguientes meses hasta que sus principales líderes —Isnilon Hapilon y Omar Maúte, respectivamente— fueron eliminados el 16 de octubre y sus efectivos obligados a retirarse ante el empuje de las fuerzas armadas filipinas, dejando tras de sí alrededor de 1.000 muertos entre soldados, civiles y terroristas y no menos de 400.000

desplazados[22].

MILITARISMO COMO RECETA INADECUADA

Aun a pesar de esta imagen de violencia sin freno, que conviene no infravalorar en ningún caso, sigue siendo preciso insistir en que ha habido un generalizado interés por magnificar la significación de Dáesh en el contexto de la seguridad internacional, presentándolo sin ambages como la más horrible personificación del mal. De hecho, se ha sobredimensionado de tal modo su importancia que se ha llegado a calificar exageradamente como una amenaza existencial y como la más relevante que hoy pende sobre nuestras cabezas. Y una vez más hay que rebajar esos calificativos para, sin negarle su condición de amenaza real y sin olvidar que seguirá causando mucho dolor durante mucho tiempo, afirmar que no está, ni de lejos, en condiciones de provocar lo que tanto ansía: el derrumbe del actual orden internacional y su sustitución por un califato visionario y mesiánico encabezado por Abubaker al Bagdadi.

Si ponderamos adecuadamente el nivel de la amenaza que representa el terrorismo internacional a escala mundial, tendremos que concluir, con los datos sobre 163 países incluidos en el Índice de Terrorismo Global 2017 que publica el prestigioso Instituto de Paz y Economía, que en 2016 se produjo al menos un atentado terrorista en 106 países (95 en 2015), contabilizando un total de 25.673 víctimas mortales. Profundizando en esa sombría realidad se constata que, mientras 79 países han mejorado su situación, otros 58 la han empeorado (con Irak, Afganistán, Nigeria, Siria, Pakistán, Yemen, Somalia, India, Turquía y Libia ocupando los primeros lugares). Eso significa que el clima mundial en este terreno ha empeorado un 4% en relación con un año antes y que 77 países han sufrido atentados en los que ha fallecido al menos una persona, lo que supone 12 más que en 2015.

Entre estos últimos destaca especialmente lo ocurrido en el marco de la

OCDE, dado que en 27 de sus 33 miembros (dejando fuera a Israel y Turquía) se produjo al menos un atentado (fueron 22 un año antes) y en 13 de ellos hubo alguna víctima mortal (11 en 2015). Eso hace que para esos países 2016 haya sido el año más mortífero en este terreno desde el 11-S y que ya se contabilicen unas 10.000 personas muertas desde 1970 (más otras 5.000 en Israel y Turquía). Pero aun así, hay que añadir de inmediato que el 58% de ellas se registraron antes del año 2000 y que el total de víctimas mortales registradas apenas representa el 1% del total mundial contabilizado en dicho periodo. En todo caso, en el periodo 2014-2016 se produjo un incremento del 67% en el número de atentados y un 600% en el de muertes causadas en el seno de este exclusivo club de países desarrollados (622 en 2016, sin contabilizar las registradas en Israel y Turquía, frente a las 577 de un año antes), con Dáesh y afiliados como responsables del 75% del total.

Una vez más, quienes han sufrido en mayor medida el impacto del terrorismo internacional siguen siendo países no desarrollados. En concreto, si se analiza por regiones, el 94% de todos los atentados y el 84% de todas las víctimas mortales se han producido en Oriente Medio, norte de África, África subsahariana y Sudeste Asiático. En paralelo, a nivel nacional Irak, Afganistán, Nigeria, Siria y Pakistán suponen el 75% del total por número de víctimas, en un listado que muestra cómo el 99% de todos los muertos y atentados tienen lugar en países caracterizados por estar inmersos en un conflicto violento o por sufrir altos niveles de terror político (ejecuciones extrajudiciales, torturas sistemáticas, encarcelamientos sin juicio…).

Visto desde la otra orilla, y contando con que hay identificados un total de unos 270 grupos terroristas, el 59% de todos los ataques han sido realizados por Dáesh, Wilayat al Sudan al Gharbi (antiguo Boko Haram), los talibanes y la red Al Qaeda. Dáesh volvió a ser, por segundo año consecutivo, el grupo más activo a lo largo de ese año, con un saldo de 9.132 personas fallecidas en el cómputo total de sus ataques en 15 países (4

más que en el año anterior), en tanto que sus grupos afiliados mataron a un total de 2.417 en otros 11 países. Tanto en su caso como en el de Wilayat al Sudan al Gharbi, la reducción de actividad en sus feudos originales, como resultado de una activación más sostenida de campañas militares en su contra, explica en buena medida ese incremento.

Aun así, esas fúnebres cifras refuerzan el cambio de tendencia iniciado en 2015, en la medida en que el número total de víctimas ha disminuido en un 13% (en 2015, las víctimas mortales fueron 29.376), rompiendo una tendencia al alza que se venía registrando desde 2010. Conviene no olvidar, asimismo, aunque solo sea para contrarrestar la sobredimensionada obsesión mediática y gubernamental en la que vivimos, que en el mundo de hoy las muertes por terrorismo son quince veces menores que las producidas por homicidios y asesinatos. También, visto desde la perspectiva occidental, interesa subrayar que la inmensa mayoría de las víctimas son ciudadanos de identidad musulmana. A esto cabe añadir el dato de que la frecuencia de ataques en países funcionales —donde el conjunto de la población puede satisfacer sus necesidades básicas y donde su seguridad no está en constante peligro por la acción de su propio Gobierno o grupos violentos que cuestionan el monopolio estatal del uso legítimo de la fuerza — es mínima en comparación con los que no presentan esas características.

A pesar de esos datos, el grueso de los medios de comunicación y de los gobiernos occidentales siguen insistiendo en alimentar un alarmismo permanente que presenta a Dáesh como el principal objetivo a batir en nuestros días y como la amenaza más importante de la agenda internacional de seguridad. Además de que eso no se corresponde con la realidad —si se compara con la que generan la proliferación de armas de destrucción masiva, el cambio climático, las pandemias, el crimen organizado, los comercios ilícitos, los estados fallidos y tantas otras— y supone relegar a un segundo plano cuestiones que afectan mucho más al bienestar y a la seguridad de millones de seres humanos —excluidos y empobrecidos como

efecto de una globalización desequilibrada de la que solo se beneficia una minoría—, su abusivo empleo tiene como consecuencia principal que se acaba tomando un camino equivocado para hacerle frente.

Así, cuando se analizan los fundamentos de la respuesta dominante en estos últimos años, como efecto combinado de la ignorancia y los poderosos estereotipos negativos asentados en muchas mentes, lo que se detecta de inmediato es:

• Una equivocada valoración de la amenaza. Al menos desde que Samuel P. Huntington, en el verano de 1993, presentó su influyente concepto del "choque de civilizaciones" —con el que pretendía no solo explicar el mundo de la posguerra fría, sino también convertirse en el nuevo guía estratégico para unos Estados Unidos a los que se les presentaba la oportunidad histórica de liderar el mundo en solitario—, el islam ha pasado a ocupar el lugar que antes tuvo el comunismo como el "otro", el "enemigo" al que Occidente viene enfrentándose desde entonces. Esa idea —en un momento de desorientación estratégica tras el fin de la confrontación bipolar y cuando las costuras del *statu quo* impuesto por Londres y París, primero, y Washington, después, mostraban abiertamente su insostenibilidad frente a unas sociedades arabomusulmanas deseosas de librarse de gobernantes locales corruptos e ineficientes apoyados por Occidente— fue bien acogida tanto por gobiernos occidentales como por la OTAN y otros actores.

Y sin pararse a analizar las causas estructurales que explicaban el descontento de la ciudadanía de esos países, se emprendió una huida hacia adelante que, para hacer más visible aún la supuesta maldad intrínseca del islam, optó por mezclar conceptos que todavía hoy se usan indebidamente. Así, se ha ido creando un estado de opinión que no suele distinguir entre una creencia religiosa (islamismo), una opción política concreta (el islamismo radical) y una expresión de violencia extrema (el terrorismo

yihadista). Es cierto que, de ese modo, metiendo a todo lo que se asociase al islam en un mismo saco y magnificando la importancia del nuevo enemigo, se logró sumar a muchos aliados occidentales temerosos de perder sus privilegios, pero a cambio se ha acentuado todavía más el antioccidentalismo de muchos ciudadanos arabomusulmanes que se sienten señalados como enemigos por sus creencias o apuestas políticas, y se ha dificultado aún más la lucha contra la verdadera amenaza (el terrorismo yihadista), al robustecerla y al perder aliados tan necesarios como todos los islamistas que rechazan la violencia.

• Un planteamiento sesgado y contraproducente: estamos en guerra. Así lo estableció ya George W. Bush tras los atentados del 11-S y así lo han preferido ver después otros gobernantes europeos, cada vez que sus países han sido golpeados desde aquel funesto día. Plantear la respuesta a la amenaza terrorista en términos de guerra supone una opción netamente militarista que cree, equivocadamente, que los medios militares son no solo aptos sino suficientes para eliminarla. Y si algo deberíamos haber aprendido tras tantos errores y sinsabores como los cometidos al menos desde la aparición de Al Qaeda es que no hay solución militar para ese problema.

Ni estamos en guerra contra el islam, ni cabe eliminar el peligro que representan Dáesh y otros grupos similares con la fuerza de las armas. La lucha (no la guerra) se debe enfocar desde una perspectiva multilateral y multidimensional, identificando dos planos de respuesta: contra los síntomas visibles y contra las causas estructurales. En el que corresponde a los síntomas más visibles de la amenaza —preparación y comisión de atentados— el esfuerzo fundamental se centra, idealmente, en abortar el golpe antes de que se produzca y, si no ha podido evitarse, en perseguir, detener y enjuiciar a los responsables. Dado que la amenaza es transnacional, toda respuesta, para ser mínimamente eficaz, exige la creación y potenciación de mecanismos de coordinación entre gobiernos,

fuerzas policiales, servicios de información e inteligencia, autoridades judiciales y responsables económicos. El protagonismo en esa etapa corresponde necesariamente a todos los ya citados, mientras que las fuerzas armadas pueden implicarse en labores complementarias, de auxilio a las fuerzas policiales para que estas últimas puedan así contar con más medios empeñados en la prevención, seguimiento y detención de los terroristas.

En lo que corresponde a la atención a las causas estructurales —sociales, políticas y económicas— es aún más obvio que los medios militares no resultan adecuados prácticamente en ningún caso. En este terreno son tan necesarios los aportes de la psicología, la sociología y la antropología como los de unos sistemas educativos inclusivos, unos medios de comunicación responsables y unos gobernantes dispuestos a emplear sustanciales recursos en medidas sociales, políticas y económicas orientadas hacia el bienestar y seguridad no solo de sus propios ciudadanos, sino de quienes nos rodean. Se trata, como ya se ha mencionado, de modificar mentalidades y percepciones que promuevan, como ya señalaba en 2005 el entonces secretario general de la ONU, Kofi Annan, "desarrollo, seguridad y derechos humanos para todos"[23]. Un empeño en el que el papel de las fuerzas armadas es irrelevante, por no decir nulo, dado que no están equipadas ni preparadas para asumir tareas que, por definición, les corresponden a otros actores.

Y, sin embargo, vemos como el grueso de la respuesta activada hasta ahora frente al terrorismo es netamente militarista. Y ahí es donde está el principal error de esta visión reduccionista porque, aunque en ocasiones se pueda eliminar a un grupo yihadista por la fuerza, si no se modifican las condiciones estructurales que le sirven para volver a germinar, lo único que se podrá lograr, en el mejor de los casos, es ganar algo de tiempo hasta que resurja, con el mismo nombre o con otro distinto (y el propio Dáesh es un buen ejemplo de ello).

La prueba más evidente de que este es el camino equivocado nos la dan

tanto Afganistán como Irak. Si cualquiera de los dos fuera hoy un Estado funcional tras años de invasión y ocupación de coaliciones militares lideradas por Estados Unidos y si Al Qaeda y Dáesh fueran solo un mal recuerdo del pasado, no quedaría más remedio que admitir que la maquinaria militar es capaz por sí sola de remediar desastres como los que caracterizan a ambos países. Pero basta asomarse a la realidad de cualquiera de ellos para comprobar que siguen sumidos en la violencia, la corrupción, el subdesarrollo, la ineficacia y el sectarismo rampante.

Y aunque eso es algo bien sabido por los responsables políticos occidentales, vemos como difícilmente resisten la tentación de enseñar músculo militar cada vez que sus países sufren un atentado. Enviar de inmediato unos cuantos cazas más a Siria —como ocurrió tras los atentados de París, olvidando quizás que los responsables no venían de aquel país sino que eran ciudadanos franceses— puede servir de momentáneo efecto placebo para una sociedad traumatizada y hasta para mejorar la valoración popular del gobernante de turno en las encuestas, pero poco o nada hacen para eliminar la amenaza terrorista.

• Un retorcido aprovechamiento de la percepción de amenaza para recortar derechos y libertades. El mecanismo es tan obvio como, por desgracia, eficaz. Primero se sobredimensiona la gravedad de la amenaza, generando un creciente clima de terror que transmite la idea de que todos estamos en la lista de objetivos y de que vienen a por nosotros. Una vez logrado ese estado de opinión, y forzando el delicado equilibrio que debe haber en todo sistema democrático entre libertad y seguridad, resulta mucho más sencillo implementar medidas que en la práctica suponen un recorte en el marco de los derechos y libertades fundamentales, presentándolas como una necesidad imperiosa para lograr un mayor nivel de seguridad. Y así, asistimos a un sostenido proceso que no solo elimina la privacidad, sino que también estimula la delación y nos convierte a todos en sospechosos. Todo

ello sin que, como trágicamente se viene constatando, sea posible garantizar plenamente nuestra seguridad (ni siquiera militarizando permanentemente nuestras vidas) ante un terrorismo que aprovecha el carácter de nuestras sociedades abiertas para perpetrar actos violentos indiscriminados.

Por supuesto, los medios militares y policiales tienen que formar parte de cualquier respuesta frente al terrorismo internacional y a grupos como Dáesh, pero es necesario entender que solo pueden cubrir una parte de la tarea. Dicho en términos muy crudos, hoy es imposible negociar nada con Al Bagdadi y, por tanto, se impone la necesidad de desmantelar militarmente su delirio. Y eso solo puede hacerse *manu militari*. Pero si, como tantas veces ha ocurrido, todo se reduce a una campaña militar, dejando en un limbo indefinido la activación del resto de instrumentos que permitan cambiar sustancialmente las condiciones de partida, nos condenamos irremisiblemente a revivir la misma escena en un eterno retorno para el que, de momento, no se adivina el fin. Así nos lo ejemplifica lo ocurrido tanto en Afganistán como en Irak y Siria.

AFGANISTÁN

El balance de lo que puede dar de sí el enfoque militarista, desgraciadamente dominante, se resume de inmediato en cuanto se considera lo logrado en trece años de invasión y ocupación en Afganistán. Ni se ha logrado eliminar a los grupos yihadistas allí presentes ni mucho menos encarrilar al país por la senda del desarrollo y la democracia. Por el contrario, los afganos están hoy tan lejos como en octubre de 2001, cuando Washington inició la invasión del país, de librarse de la corrupción, el sectarismo, la violencia y el subdesarrollo que sufrían entonces. Del mismo modo, tampoco ha logrado mejorar la situación de seguridad y, como es bien sabido, hoy los talibanes vuelven a ampliar su dominio en prácticamente la mitad del país, mientras que el tándem Ashraf Ghani-Abdulá Abdulá se sigue debilitando a ojos vista. Por su parte, Estados Unidos, que sigue manteniendo un contingente militar en el país, tampoco

ve manera de salir del atolladero en el que se metió en su día y, mientras tanto, no solo Al Qaeda sino también Dáesh aprovechan para moverse a sus anchas.

De ese modo, se ha llegado a un punto en el que el mismo Donald Trump que ya en 2013 demandaba la salida inmediata de las tropas estadounidenses del pantano afgano es el que ahora va a enviar un nuevo contingente militar a un país que sigue hundiéndose sin remedio. La decisión final —tras superar las divergencias entre Rex Tillerson (secretario de Estado), en contra, y James Mattis (secretario de Defensa), John Kelly (jefe de Gabinete), Herbert McMaster (consejero Nacional de Seguridad) y Joseph Dunford Jr. (jefe del Estado Mayor Conjunto), a favor— supone el envío inmediato de al menos otros 3.000 soldados estadounidenses desplegados en el convulso teatro afgano.

Estos efectivos se añadirán a los 12.400 (de los que 6.700 son estadounidenses y el resto de hasta 38 países) que conforman el contingente desplegado actualmente en el país, en el marco de la operación Resolute Support, activada desde el fin de las operaciones de combate de la International Security Assistance Force (ISAF), en diciembre de 2014. Una operación (en paralelo a la de lucha contraterrorista, en la que Washington tiene empeñados otros 2.100 efectivos de operaciones especiales) centrada en la instrucción, asesoramiento y asistencia a las fuerzas armadas afganas, con el objetivo claro de capacitarlas para actuar autónomamente y garantizar la seguridad nacional. Una operación que está muy lejos de cumplir su objetivo, mientras los talibanes han vuelto a hacerse fuertes en un territorio mayor del que tenían cuando su régimen fue derribado a finales de 2001.

Es esta situación la que ha impulsado al general John Nicholson, jefe de la citada operación, a solicitar lo que algunos ya califican de una ofensiva limitada, una *mini-surge*. Una apuesta militar que parece olvidar el negativo balance de una operación anterior, con un contingente integrado en ISAF

que llegó a superar los 130.000 soldados en 2013 y que se prolongó durante trece años. Tras más de 2.350 bajas, más de 20.000 heridos y un billón de dólares de gasto (se estima que para 2017 el coste para las arcas estadounidenses habrá rondado los 50.000 millones de dólares), Afganistán sigue siendo un ejemplo palmario de inseguridad (no solo por la acción de los talibanes, sino también de los yihadistas de Al Qaeda y Dáesh), corrupción (el presidente Ashraf Ghani acaba de cesar a los ministros de defensa e interior como casos más destacados de corruptelas gubernamentales) y falta de desarrollo para el conjunto de la población (en una economía que sigue dependiendo fundamentalmente de la asistencia internacional y del cultivo de la amapola opiácea).

A pesar de ello, los promotores de la nueva apuesta militar no solo sueñan con que el envío de refuerzos permita convertir en 2020 a los 352.000 miembros de las fuerzas armadas afganas en verdaderos soldados, sino que también dan por seguro que para entonces habrá una nueva fuerza afgana de operaciones especiales de 17.000 efectivos (el doble del número actual), capaz de asumir la carga principal de la tarea de hacer frente a los talibanes y a los yihadistas. Por lo que hasta ahora se vislumbra, probablemente el despliegue adicional no conllevará la creación de nuevas bases, sino la concentración en las ya operativas en Bagram y en Kabul, donde se ubican por otra parte los once principales centros de formación militar.

En línea con esas ensoñaciones, lo que realmente busca Washington, en connivencia con el tándem Ghani-Abdulá, es no solo evitar que los talibanes se fortalezcan aún más en el territorio nacional, sino presionarlos militarmente hasta el punto de que consideren que su única salida es volver a la mesa de negociaciones. Un enfoque que repite pautas ya seguidas tanto por George W. Bush como por Barack Obama, sin resultado alguno a pesar de que ambos contaban con un contingente militar desplegado en el terreno infinitamente mayor al que ahora va a tener Trump.

Por su parte, los talibanes han mostrado sobradamente tanto su resiliencia, cuando la balanza militar se inclinaba en su contra, como su voluntad de volver a tocar poder. Y en ese empeño incluso se permiten plantear exigencias como su rechazo a sentarse a negociar con el Gobierno en Kabul hasta que todas las tropas extranjeras hayan abandonado el país. Visto así, y contando con que el despliegue de más fuerzas expedicionarias no determinan por sí solas una auténtica estrategia, lo más previsible es que Afganistán siga siendo por tiempo indefinido un campo de batalla con presencia militar estadounidense, sin opción alguna de lograr una victoria inapelable, y un país atrapado en una espiral de subdesarrollo, corrupción e ineficiencia crecientes.

Y mientras tanto, dieciséis años después del inicio de la invasión estadounidense, ni los gobernantes afganos en Kabul ni sus aliados regionales y globales han logrado recuperar el monopolio del uso de la fuerza, ni reconstruir un país destruido como efecto de una violencia que se remonta como mínimo a 1979, ni satisfacer las necesidades básicas de la mayoría de la población, ni cerrar las brechas sectarias, ni tampoco atraer la inversión extranjera. Eso explica en buena medida que haya aumentado la desafección de buena parte de los más de treinta millones de afganos y que, por tanto, perviva un caldo de cultivo favorable a las posiciones de los talibanes y a los yihadistas de diferente pelaje que se mueven en Afganistán.

Estas condiciones han permitido que, además de los talibanes y Al Qaeda, también Dáesh haya logrado asentarse en territorio afgano desde marzo de 2014, cuando un pequeño grupo de antiguos dirigentes de Al Qaeda se separó de la organización y declaró su adscripción a Dáesh. Antes de acabar ese año lograron un acuerdo con una facción escindida del grupo Tehrik e Taliban Pakistan (TTP), liderada por el emir Usman Ghazi, y ya con el excomandante talibán Abdul Rauf Khadim[24] al frente comenzaron a hacerse visibles en parte de las provincias afganas de Farah y Helmand.

Desde entonces fueron ampliando su radio de acción hacia la provincia de Nangarhar, y ya desde muy pronto quedó claro que los talibanes eran también objetivos preferentes de sus acciones violentas. Aunque el 9 de febrero de 2015 Rauf Khadim fue eliminado por un dron armado estadounidense, el grupo siguió adelante en su fase expansiva hasta convertirse, en un gesto de ambición desmedida, en Wilayat Jorasan, con Afganistán, Pakistán, India e Irán como zona propia de actividad. Algo que, indudablemente, superaba tanto entonces como hoy sus capacidades reales.

En su momento de máximo esplendor, que corresponde con el verano de 2015 —cuando decía tener hasta 8.000 combatientes, la mayoría de ellos paquistaníes—, Wilayat Jorasan llegó a tener presencia activa en 14 provincias afganas. Pero incapaz de resistir la presión, no coordinada pero simultánea, de los talibanes, las fuerzas regulares afganas y las fuerzas estadounidenses desplegadas en la zona, fue perdiendo poder hasta quedarse arrinconado a finales de ese año en las provincias de Nangarhar, Kunar y Logar. Desde entonces, todo parece indicar que el grupo ha ido perdiendo peso en una dinámica que llevó a la eliminación de sus sucesivos líderes —Hafiz Sayed, en julio de 2016, Abdul Hasid, a finales de abril de 2017, y Abu Sayed, en julio de 2017— y a la pérdida de bastiones en su feudo principal de la provincia de Nangarhar. A pesar de ello, Wilayat Jorasan mantiene aún medios suficientes, contabilizados en apenas unos centenares, como para seguir realizando actos violentos, incluso en la capital.

IRAK

Según la ONU, la violencia en la que Irak llevaba sumida largos años se cobró la vida de 8.868 civiles a lo largo de 2013, superando la cifra registrada en cada uno de los cinco años anteriores. Era obvio, en consecuencia, entender que a esas alturas Irak distaba mucho de la estabilidad, echando por tierra el forzadamente optimista discurso de Washington cuando retiró sus tropas del país en diciembre de 2011. Desde

entonces, no solo no se avanzó en reconstrucción, reconciliación y desarrollo, sino que, por el contrario, también se retrocedió en términos de seguridad. Así lo visibilizaba de manera trágica la situación en la provincia occidental de Anbar, con el grupo entonces denominado Estado Islámico de Irak y Siria (EIIS) desplegando sus banderas en la capital, Ramadi, así como en Faluya, donde incluso logró capturar 23 carros de combate M1 Abrams de una base local de la 1ª División Acorazada iraquí.

Entonces EIIS todavía se dedicaba a pescar en río revuelto, sin capacidad suficiente para conservar el control territorial de esas dos ciudades. Con sus limitados efectivos había extendido su despliegue más allá de lo sostenible, pero aun así ya era suficientemente capaz de perturbar el orden que pretendía instaurar, también por la fuerza, el entonces primer ministro Nuri al Maliki, y para retar el supuesto monopolio de la violencia por parte de unas muy cuestionadas fuerzas armadas iraquíes. EIIS supo aprovechar muy bien los errores de Al Maliki, que no solo marginó a los árabes suníes (un 20% de los 33 millones de iraquíes) en contra del compromiso adquirido con el aval de Washington de reintegrarlos al juego político, sino que también ordenó el arresto del entonces vicepresidente Tariq al Hashemi (huido en Turquía) y movilizó al ejército para desmantelar el campo de protesta que los suníes de Ramadi mantenían activo desde un año antes. Al Maliki tensó la cuerda más allá de lo soportable, y por eso no fue extraño que ya para entonces hubiera milicias suníes —como Jamaat Ansar al-Sunnah, Jaish al-Mujahideen y Naqshabandiyya Way— colaborando con EIIS en su choque contra las fuerzas gubernamentales, aunque solo fuera por evitar que sus propios feudos pasaran a ser controlados por un ejército que no consideraban suyo.

El cambio de Nuri al Maliki por Haidar al Abadi, tras las elecciones del 30 de abril de 2014 —terceras desde la caída del régimen de Sadam Husein y primeras sin la presencia de tropas extranjeras de combate—, no supuso en ningún caso el fin de la violencia. Por el contrario, y en lo que afecta a

EIIS, su presencia ya era bien visible desde principios de ese año, aprovechando el vacío de poder creado por un proceso electoral convulso, la pasividad inicial de los *peshmergas* kurdos —a la espera de que Al Maliki se mostrara más generoso con las demandas políticas y económicas (sobre todo, el reparto de ingresos petrolíferos) planteadas por el Gobierno regional kurdo, liderado por Masud Barzani— y la falta de motivación de las unidades militares iraquíes ubicadas en la zona media entre Bagdad y el Kurdistán iraquí, conformadas en buena medida por soldados suníes que no deseaban enfrentarse a enemigos de su propia línea doctrinal.

Como resultado de esa combinación de circunstancias, y de otras similares que se daban en Siria y que se analizan más adelante, EIIS logró unos innegables éxitos parciales, tomando localidades en las provincias de Anbar, Nínive, Saladino y Diyala, hasta instaurar finalmente su pseudocalifato en junio de ese año, en Mosul, ya con la denominación de Dáesh. En un primer momento, las fuerzas armadas iraquíes mostraron una inquietante incapacidad táctica para reaccionar ante la embestida yihadista y Mosul, donde unos 4.000 efectivos de Dáesh entraron sin apenas resistencia, ante la vergonzosa retirada de no menos de 35.000 militares iraquíes, es solo un ejemplo. Su renuencia a entrar en combate en defensa de una causa que muchos uniformados no compartían y sus carencias organizativas, logísticas y, sobre todo, operativas le concedieron a Dáesh una considerable ventaja para hacerse con el control de numerosas infraestructuras y localidades.

Ese impulso violento permitió a Dáesh dominar el 70% de la provincia de Anbar, llegar a tan solo 25 km del aeropuerto internacional de Bagdad y tomar Sinjar (Kurdistán iraquí) en el marco de una matanza de yazidíes que llegó hasta unos 40 km de Erbil. Aun así, yendo un poco más allá de lo que estaba sucediendo sobre el terreno, parecía obvio que Dáesh no tenía fuerzas suficientes para sostener su apuesta a largo plazo y sus aliados eran, en el mejor de los casos, circunstanciales. En realidad, Dáesh no era más

que uno de los grupos que habían tomado las armas en Irak, como cabeza visible de una amalgama en la que coincidían ocasionalmente Ansar al Islam, el consejo militar de las tribus de Irak (con más de ochenta tribus), grupos baazistas y partidarios del antiguo régimen. Dado que apenas los unía su afán de poder y su oposición al autoritarismo y discriminación practicados por Al Maliki contra los suníes, era inmediato suponer que su falta de cohesión interna muy pronto jugaría en su contra.

Además, en la medida en que se iba tomando conciencia de la gravedad de la amenaza que representaba para países tan dispares como el propio Irak, Siria, Irán, Arabia Saudí y Turquía —pero también para Estados Unidos y el resto de los países occidentales—, comenzó a tomar forma una respuesta cada vez más definida para evitar que el delirante sueño yihadista se pudiera consolidar. Así, la designación del chií Haidar al Abadi como nuevo primer ministro se tradujo en el regreso a sus puestos de los ministros kurdos y en un progresivo cambio de posición en líderes tribales suníes de la provincia de Anbar, realineándose nuevamente con Bagdad a cambio de compromisos de reintegración en la vida nacional. Lo mismo cabe decir del apoyo (limitado) que Bagdad comenzó a prestar a Erbil para que sus *peshmergas* pudieran aumentar su capacidad de combate, en un esfuerzo en el que también se hizo bien visible la implicación de Washington (con apoyo aéreo, armas, inteligencia y asesoría) y Teherán (con la elitista Fuerza Al Qods de los *pasdaran* y diversas milicias chiíes de variadas procedencias en labores de combate terrestre). Una implicación, por otra parte, que suponía como mínimo una coordinación interesada entre países formalmente enemistados, pero unidos por la idea de evitar el colapso de Irak y la consolidación del califato yihadista. En esa misma línea hay que mencionar a Arabia Saudí, que ha usado su influencia entre los actores suníes iraquíes para facilitar la suma de fuerzas con el Gobierno central.

A partir del 8 de agosto de 2014, Estados Unidos comenzó los ataques aéreos, fundamentalmente desde la base aérea de Al Udeid (Qatar), al frente

de una coalición internacional que finalmente se conformó en octubre de ese mismo año, en el marco de la operación Inherent Resolve. Así se fue concretando la activación de una respuesta netamente militar de geometría variable contra Dáesh, que ya permitía concluir que los días del pseudocalifato estaban contados, aunque su final aún no estuviera a la vuelta de la esquina.

De ese modo se logró, en primera instancia, frenar su expansión y fijarlo en las posiciones alcanzadas hasta entonces, lo que facilitó el ataque sistemático a sus fuerzas y limitó significativamente su capacidad ofensiva. La campaña de ataques aéreos para eliminar tanto a sus combatientes como a sus fuentes de financiación (yacimientos petrolíferos) e instalaciones logísticas y de mando de todo tipo contó ya desde su arranque con aportaciones de países como Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudí, Baréin y Qatar (con la suma de Francia, desde el portaviones Charles de Gaulle, a partir de los atentados de París). En una segunda fase, que arrancó en marzo de 2015, se planteó ya la realización de combates terrestres generalizados para desmantelar la capacidad operativa de Dáesh. Tikrit —feudo natal de Sadam Husein y punto relevante en las comunicaciones entre Bagdad y Mosul— fue el punto elegido para ello, procurando, por tercera vez, recuperar la ciudad, mientras se iniciaban los preparativos para hacer lo propio más tarde con Mosul.

La toma de Tikrit se presentaba como un exigente examen para las fuerzas armadas iraquíes, necesitadas de recuperar su propia autoestima tras la vergonzosa retirada en masa ante el empuje de Dáesh un año antes. Para ello se constituyó una fuerza de unos 30.000 efectivos, que integraba a soldados iraquíes, milicias chiíes y algunas suníes, así como miembros del Cuerpo de Guardianes de la Revolución Islámica iraníes (*pasdaran*). La propia composición de esa fuerza y la manera en que, al menos públicamente, se presentó la decisión de activarla generó dudas e inquietudes varias. En primer lugar, difícilmente Bagdad podía confiar en

unas fuerzas armadas disfuncionales, agotadas por un prolongado conflicto, sin una cadena de mando profesional (sino contaminada por las fracturas sectarias alimentadas por Nuri al Maliki), sin armamento suficiente y sin inteligencia adecuada para planificar acciones de combate de envergadura. Unas fuerzas armadas que, al no poder mantener a la vez un esfuerzo relevante en el valle del Tigris y en el del Éufrates, se veían obligadas a bascular secuencialmente sus capacidades hacia uno de ellos, generando de inmediato un vacío en el otro, lo que pasaba a ser inmediatamente aprovechado por Dáesh.

Además, mientras que no sorprendía que los *peshmergas* kurdos iraquíes se quedasen al margen de la operación, resultaba llamativo que las fuerzas aéreas estadounidenses no participaran en la ofensiva. Todo parecía indicar que el entendimiento entre Washington y Bagdad distaba mucho de ser pleno, con las autoridades iraquíes molestas por lo que consideraban un limitado apoyo efectivo de Estados Unidos y un intento por imponer su agenda y sus ritmos. Al parecer, Bagdad pretendía lanzar la campaña de Mosul a corto plazo, mientras que Washington consideraba que hasta el siguiente otoño las fuerzas que se pretendían emplear en esa operación no estarían realmente instruidas. En el fondo de este desencuentro también estaba la decepción estadounidense por el escaso nivel de reclutamiento alcanzado por Bagdad para incorporar a más soldados y combatientes (sobre todo, suníes) a sus filas.

Otro de los puntos delicados de la ofensiva fue la visible participación de milicias chiíes, entrando en una ciudad de abrumadora mayoría suní y en la que existían milicias alineadas con Dáesh y una población muy temerosa de que se volvieran a repetir enfrentamientos sectarios. Lo mismo cabía decir del obvio protagonismo de Irán, no solo con sus *pasdaran* desplegados en línea.

A pesar de los altibajos registrados en el campo de batalla y las deficiencias estructurales de muchos de los actores combatientes alineados

con Bagdad, era bien visible que la balanza comenzaba a inclinarse ya a su favor. Eso impulsó los planes para la reconquista de Mosul, objetivo decisivo para lograr el desmantelamiento del pseudocalifato. Con esa idea en mente, el propio presidente estadounidense, Barack Obama, procuró comprometer a Riad en un esfuerzo económico para la reconstrucción de Irak, intentando evitar errores pasados, cuando las poblaciones liberadas se quedaron desatendidas tras el paso de los uniformados. Al mismo tiempo, su secretario de Defensa, Ashton Carter, procuraba activar la voluntad política de un Al Abadi cada vez más asediado en una disputa interna liderada por un Muqtada al Sader deseoso de mayor protagonismo político contra un Gobierno agotado por la corrupción y la ineficiencia en su gestión de los asuntos públicos.

En esa misma línea, Washington decidió implicarse más directamente en la campaña, no solo con apoyo aéreo, inteligencia, ciberataques y suministro de armas, sino también desplegando más efectivos sobre el terreno, hasta superar los 4.000. Pero, dado que en ningún caso cabía esperar que fueran las tropas estadounidenses las que asumieran el esfuerzo principal del combate terrestre, se hacía aún más necesario comprometer al resto de las fuerzas locales en presencia para que terminaran por superar sus divergencias. Así, se consiguió finalmente concretar la participación de las mejores unidades de los *peshmergas* kurdos (de un total estimado en unos 160.000 efectivos), tan imprescindibles como fuerza de choque contra los combatientes yihadistas como rechazables por parte de la población árabe suní, mayoritaria en la ciudad. Además, apoyarse en esas fuerzas podía acelerar todavía más la apuesta soberanista kurda, creando mayores problemas tanto a Bagdad como a Ankara. Igualmente, se contó también con las más fiables fuerzas armadas iraquíes (de un total de unos 150.000 efectivos) y con un variado conjunto de milicias chiíes —empezando por las del propio Al Sader, reconvertidas en Brigadas de la Paz (con unos 20.000 efectivos)—, muchas de ellas integradas ahora en las Unidades de

Movilización Popular (unos 110.000 efectivos), gestionadas por el Ministerio de Interior.

Una fuerza tan variopinta como potencialmente problemática que, con notable retraso con respecto al plan inicial por la decisión de Bagdad de recuperar primero Faluya, lanzó finalmente la ofensiva contra los efectivos de Dáesh en Mosul en octubre de 2016. Faluya, a tan solo unos 60 km al oeste de Bagdad y habitada por unas 50.000 personas (árabes suníes en su inmensa mayoría), acumulaba una carga simbólica como uno de los lugares que más claramente mostraron los límites de la estrategia militar estadounidense aplicada desde su invasión en marzo de 2003. Allí fue donde aparecieron, colgados de un puente, los cuerpos sin vida de cuatro contratistas privados de Blackwater, y allí es donde fueron necesarias dos embestidas en toda regla de las tropas estadounidenses para recuperarla, antes de volver a perderla en enero de 2014. Con su toma, y la de Rubta y Tikrit, la provincia occidental de Anbar quedó ya en el verano de 2016 prácticamente liberada de la presencia yihadista y se pudo recuperar así la conexión entre Bagdad y otras localidades iraquíes con Jordania, aprovechando la importante vía económica de la autopista 11, hasta entonces cortada.

Para los iraquíes, y especialmente para Haidar al Abadi, esa operación tenía un sentido político muy claro, como forma de contrarrestar la mala imagen que el Gobierno tenía a los ojos de su propia población. Por un lado, según la organización Iraq Body Count, el primer cuatrimestre de ese año se había saldado con una media mensual de 1.081 muertes violentas. Por otro, necesitaba sacudirse las críticas por su incapacidad política para conformar un Gobierno decidido a luchar contra la corrupción y el sectarismo y por su inoperancia ante el crecimiento de los actos violentos en plena capital.

A esas alturas, y también como consecuencia de los reveses sufridos en Siria, Dáesh empezó a sentir dolorosamente no solo el cerco al que estaba

siendo sometido desde varias direcciones, sino también el cambio de actitud de Turquía, que, de un solo golpe, lo privó de su vía principal de contacto con el exterior. Una vía porosa que, a lo largo de los últimos dos años (gracias a la equivocada decisión de Ankara de mirar para otro lado, creyendo que de ese modo podría esquivar los efectos de la violencia yihadista) le había servido tanto para infiltrar y exfiltrar a yihadistas como para sostener logística y financieramente su delirio califal.

Además, y respondiendo a diferentes cálculos, para entonces ya había ido tomando forma un considerable nivel de coordinación, informal pero operativa, entre Estados Unidos, Irán, Rusia y Turquía para concentrar sus respectivas fuerzas en la eliminación de quien finalmente era ya visto como la amenaza principal a la estabilidad de la región. Todo ello hizo posible que, de manera no siempre eficiente, terminara cerrándose el cerco sobre Mosul. Por un lado, las tropas alineadas con Bagdad fueron avanzando en los diferentes frentes en los que se articuló la ofensiva. En el oeste, las Fuerzas de Movilización Popular se dedicaron fundamentalmente a cortar las líneas de suministro y de retirada de los efectivos yihadistas que resistían en la ciudad, mientras iban liberando localidades en su avance en la provincia de Nínive. En el sur, las unidades de la policía federal se encargaron de encapsular el aeropuerto de Mosul y de reforzar a las fuerzas que operaban desde el este. En el este, donde se materializó el esfuerzo principal, las unidades iraquíes de elite —junto con las encuadradas en la policía federal y con el respaldo de los *peshmergas* kurdos (que no actuaron en primera línea, dentro de la propia ciudad), más el sustancial apoyo aéreo de la coalición liderada por Estados Unidos— acabaron tomando la parte oriental de Mosul hasta la orilla este del río Tigris en una primera etapa.

Los yihadistas todavía resistieron en la mitad occidental de la ciudad unas semanas más, mientras unas 130.000 personas trataban de llegar a los improvisados campos dispersos por zonas bajo control gubernamental o kurdo. En una táctica ya aplicada en anteriores ocasiones, las huestes de Al

Bagdadi volvieron a utilizar a la población civil como escudos humanos y hasta pudieron llevar a cabo acciones violentas en el propio Bagdad y en otras partes del país. En todo caso, y a la espera de conocer algún día las atrocidades que tanto los atacantes como los defensores cometieron durante esos meses, Mosul quedó finalmente bajo control de Bagdad a partir del 10 de julio de 2017.

Más allá de las consabidas celebraciones públicas por la consecución de un objetivo tan relevante, el primer ministro iraquí puso al menos un punto de realismo en sus primeras declaraciones tras el fin de la ofensiva. Por eso, al tiempo que se presentaba victorioso en Mosul enfundado en la vestimenta negra del flamante Servicio Contraterrorista, creado gracias al directo interés de Washington, planteaba que las prioridades de su Gobierno pasaban a ser de inmediato garantizar la estabilidad del país, terminar el desmantelamiento del pseudocalifato y lograr la reconciliación de todos los iraquíes. Una agenda que, visto lo visto, excede con mucho sus capacidades.

La recuperación de la que en su día fue la segunda ciudad del país es solo un paso necesario, pero no suficiente para permitir que Irak salga del largo túnel en el que lleva sumido desde hace décadas. En primer lugar, todavía queda por consolidar la eliminación completa de las huestes yihadistas de su territorio, contando con que intentarán volver a infiltrarse entre los cientos de miles de civiles que ya se están afanando por regresar a sus hogares. Unos hogares que, en muchos casos, están prácticamente destruidos.

Eso supone, de inmediato, encarar la enorme tarea de facilitar el regreso de quienes masivamente habían procurado escapar de los combates y de atender sus necesidades básicas más inmediatas. Y no es ese un ámbito en el que el Gobierno de Al Abadi —y quienes lo apoyan desde el exterior— se haya distinguido positivamente cuando se le ha presentado la misma situación en otras localidades ya liberadas. Esa asignatura pendiente, que

incluye también la necesidad de atender adecuadamente a una población árabe suní que se siente marginada por Bagdad desde la caída del régimen de Sadam Husein, se hace más complicada cuando se tiene en cuenta la delicada situación presupuestaria de un país que sufre una costosa guerra mientras se reducen sus ingresos por la persistente caída de los precios del petróleo. Tampoco genera mucha más confianza el balance de tantas conferencias de donantes que nunca han respondido en la práctica a las promesas realizadas.

Esa mera acumulación de datos y previsiones plantea un enorme reto a cualquier gobernante iraquí por la considerable dificultad para encajar unas piezas tan divergentes en sus planteamientos. Basta con pensar, por un lado, en el potencial desestabilizador que implica la aspiración de los kurdos iraquíes a contar con un Estado propio. Una aspiración que no va a desaparecer aunque acaben de sufrir un serio revés tras la celebración del referéndum convocado el pasado 25 de septiembre. Una cosa es que el propio presidente regional, Masud Barzani, se haya visto obligado a dimitir y que los *peshmergas* hayan abandonado Kirkuk y otras zonas bajo su control en estos últimos tres años ante el empuje de las fuerzas regulares iraquíes y otra, muy distinta, es imaginar que han cejado definitivamente en sus pretensiones históricas. Por otro, queda por ver si las Unidades de Movilización Popular son finalmente desmanteladas, como exige Muqtada al Sader, o se integran como parte de las fuerzas armadas (para contento de Al Maliki).

En clave interna, y con intención de evitar una no descartable fragmentación del país, sigue pendiente también crear plataformas políticas transversales, que permitan aliviar el creciente sectarismo que define la escena nacional, y reducir a niveles aceptables una corrupción endémica, que muchos iraquíes ya ven hoy como el principal problema. Temas difícilmente abordables por unos líderes políticos, que parecen mucho más interesados en obtener posiciones de ventaja con vistas a las elecciones

nacionales y provinciales que previsiblemente se celebrarán en abril de 2018. Mientras tanto, los suníes siguen sin ver implementadas las medidas que tantas veces les han prometido para volver a participar plenamente en el juego político y, en el bando chií, Al Abadi, Al Maliki y Al Sader afilan sus armas en una confrontación que los tres entienden básicamente como un ejercicio de suma cero (el que gana se lo lleva todo). Y todo eso mientras Washington sigue deshojando la margarita para decidir si se implica más económica y militarmente en el maremágnum iraquí y mientras Irán calcula cuál es, de los tres mencionados, el aspirante que más le conviene apoyar (no necesariamente en beneficio de Irak, sino de sus propios sueños de liderazgo regional).

Al cierre de este apartado, el Gobierno iraquí había anunciado ya la liberación de Tal Afar, a finales de agosto, y el inicio de la ofensiva para recuperar el distrito de Hawiya (provincia de Tamim), el 21 de septiembre, contando no solo con sus propias tropas, sino también con fuerzas de la Policía Federal, las milicias chiíes de las Unidades de Movilización Popular y hasta algunas milicias suníes. No por casualidad, dado que Hawiya está ubicado en las inmediaciones del Kurdistán iraquí, los *peshmergas* han quedado en un segundo plano. La operación se ha iniciado con la toma de una veintena de localidades y el asedio a Sharqat, a unos pocos kilómetros al norte de Tikrit, con idea de poder concentrar posteriormente el esfuerzo en la toma final de la propia Hawiya.

SIRIA

Quizás resulte chocante, a la luz de lo acontecido en estos últimos años, recordar que Al Bagdadi no tenía un interés especial por actuar en Siria, dada su preferencia por Irak. Aun así, no puso impedimento a que Abu Mohamed al Golani[25], de origen sirio y uno de sus jefes departamentales en la provincia iraquí de Nínive, entrara en ese país con un reducido grupo yihadista en agosto de 2011. Allí, agrupando a varios grupúsculos que

compartían el mismo enfoque violento, creó el Jabhat an-Nuṣrah li-Ahli ash-Shām (más conocido hasta 2016 como Jabhat al Nusra o Frente al Nusra), una entidad que pretendió presentarse como independiente, pero que estaba formada principalmente por sirios miembros de Al Qaeda y de su filial iraquí. En enero del siguiente año, ese nuevo grupo ya emitió su primer comunicado, reivindicando un atentado cometido en Damasco, con un balance final de unas 40 víctimas mortales.

El acelerado protagonismo del grupo en el conflictivo escenario sirio, con presencia bien visible en las provincias de Raqa, Idlib, Deir el Zor y Alepo, muy pronto provocó fricciones internas entre representantes de ambas organizaciones, en un intento por controlarlo directamente. El 8 de abril de 2013, Al Bagdadi proclamó la integración de Al Nusra en Al Qaeda en Irak y su transformación en Estado Islámico de Irak y Siria, en una clara afrenta al liderazgo de Ayman al Zawahiri, formalmente reconocido como el responsable máximo de Al Qaeda. La reacción no se hizo esperar; por una parte, Al Golani rechazó la decisión de Al Bagdadi y reiteró su lealtad a Al Qaeda (aunque pretendiendo mantener su autonomía operativa) y, por otra, Al Zawahiri envió una carta en junio de ese mismo año a ambos líderes yihadistas en la que procuraba establecer una división del trabajo, asignando a Al Nusra la responsabilidad de actuar en Siria y a Al Qaeda en Irak la de concentrarse exclusivamente en ese país, dejando espacio para la colaboración entre ambos grupos y designando a Abu Jalid al Suri (líder yihadista de Ahrar al Sham, más conocido como Mohamed Bahaia) como árbitro para arreglar las discrepancias que pudieran surgir.

Al Bagdadi no solo rechazó las indicaciones de Al Zawahiri, sino que lo acusó de tirano por querer imponer una solución como esa. La espiral del desencuentro llegó hasta febrero de 2014, cuando finalmente Al Bagdadi rompió todos los lazos con Al Qaeda, al tiempo que impulsaba un choque directo contra Al Nusra en el escenario sirio. Previamente, en noviembre de 2013, otro grupo yihadista activo en Siria, Jaish al-Muhajireen wal-Ansar

(JMA), había sufrido una escisión cuando uno de sus líderes, Abu Omar al Shishani, declaró su lealtad a Al Bagdadi. Solo quedaba dar un paso más para que los efectivos escindidos de Al Nusra y de JMA se fusionaran para conformar desde entonces uno más de los grupos yihadistas presentes en el conflicto sirio. Un grupo que pronto adquirió gran protagonismo, sobre todo tras imponerse en enero de 2014 a sus antiguos correligionarios de Al Nusra, expulsándolos de Raqa (capital del califato abasí entre los siglos VIII y IX). El asesinato en Alepo de Mohamed Bahaia, un mes más tarde, cuando trataba de mediar en nombre de Al Zawahiri para poner fin a la fractura, terminó por visibilizar la ruptura total.

Para entonces, Siria se encontraba sumida en un conflicto que había arrancado en marzo de 2011, con el régimen de Bashar el Asad crecientemente asediado y, aparentemente, a punto de ser derribado. En el terreno político, el régimen se veía cada vez más arrinconado, con mensajes que, desde Ankara a Washington, dejaban pocas dudas sobre su deseo de pasar página cuanto antes, planteando que no había futuro para El Asad en Siria. En el militar, grupos armados de muy diferente perfil (apoyados en buena medida por actores externos) iban controlando partes crecientes del territorio, lo que obligaba a las fuerzas leales a El Asad a renunciar a la mitad oriental del país para poder asegurar el control de Damasco y la vital zona costera mediterránea de Latakia, donde se ubica el grueso de la minoría alauí, base fundamental del poder del clan El Asad. Aun así, ni el régimen había colapsado, como muchos pronosticaron equivocadamente, ni ninguno de sus enemigos estaba en condiciones de doblegarlo por la fuerza de las armas. En estas condiciones, el esfuerzo diplomático auspiciado por la ONU en Ginebra no era más que un ejercicio formal sin perspectiva alguna de llegar a buen puerto.

Desde la primavera de 2014 ya había indicios claros de que el régimen sirio había logrado frenar la inclinación de la balanza en su contra gracias, sobre todo, al notorio y efectivo apoyo de los *pasdaran* iraníes y los varios

miles de combatientes que la milicia chií libanesa de Hezbolá estaba aportando. En el otro bando, se sucedían sin éxito alguno los intentos por crear plataformas políticas y militares unitarias, en un panorama crecientemente fragmentado como resultado de una lucha de personalismos sin fin, alimentada entre bambalinas por potencias regionales deseosas de imponer sus particulares criterios. Si a eso, como se pudo comprobar cuando Washington se vio frenado por Moscú en su frustrado intento de lanzar una operación militar tras el uso de armas químicas por parte del régimen en la conocida como masacre de Guta (21 de agosto de 2013), se añadía su confianza en que no habría una intervención militar extrajera en su contra, no puede extrañar que El Asad insistiera en mantener el rumbo, sin ningún cambio apreciable a la vista. Y eso incluía seguir empleando armas químicas cuando lo estimase oportuno.

En un contexto tan violento como el que ya entonces caracterizaba al país, y cuando ya desde agosto de 2014 Washington puso en marcha su campaña de bombardeos aéreos en Siria, no dejaba de sorprender el escaso número de ataques que tenían a Dáesh como objetivo, en una línea similar a la que de hecho había seguido Damasco desde el principio del conflicto. Sin descartar otras intenciones más oscuras —como la de dejar espacio a Dáesh para que pudiera así debilitar a Al Nusra y otros grupos yihadistas que también ansiaban más protagonismo—, cabe argumentar que en aquel momento Estados Unidos no contaba aún con suficientes datos de inteligencia para poder designar objetivos que sirvieran eficazmente al intento de quebrar la operatividad de sus células.

Por su parte, Dáesh, mientras ya comenzaba a sufrir reveses importantes en Irak durante la primera mitad de 2015, incrementó el ritmo y alcance de sus acciones en Siria, aprovechando el descontrol y el vacío de poder, sobre todo en la mitad oriental del país. Parecería que, tras los reveses sufridos en suelo sirio (Kobani y diversas localidades de la provincia de Raqa) e iraquí (no solo en Tikrit), se viera forzado a mostrar

que seguía siendo capaz de sostener el pulso con renovados ataques en múltiples frentes. Del mismo modo, fue a caballo de esos dos años cuando se mostró dispuesto a aceptar las declaraciones de lealtad de todo tipo de grupos, como el nigeriano Boko Haram, el egipcio Ansar Beit Al Maqdis, el argelino Jund al Khilifah (escisión de Al Qaeda en el Magreb islámico) y el libio Ansar al Sharia, al tiempo que procuraba aprovechar el caos y la violencia generalizada que reinaba en Yemen —compitiendo con Al Qaeda en la península arábiga por el liderazgo del yihadismo— y hasta en la Franja de Gaza —cuestionando el monopolio de poder que allí mantiene Hamas desde 2007— para sentar sus reales.

Ese mismo recrudecimiento de la violencia practicada por Dáesh —con ejemplos interminables tanto en el asedio a Kobani y a campos de refugiados palestinos, como el de Yarmouk, como en múltiples localidades de su pseudocalifato— es el que iba abriendo paso a la idea de que, dado que en algún momento sería necesario contar con tropas terrestres dispuestas a enfrentarse cara a cara con Dáesh, El Asad —que comenzaba ya a ser visto como un mal menor por la comunidad internacional, ante el temor de que su caída pudiera aupar al poder al yihadismo— estaba llamado a convertirse de facto en un aliado necesario para derrotarlo. Y solo hubo que esperar hasta agosto de 2017, con la ofensiva para recuperar Deir el Zor, ocupada durante dos años por Al Nusra y estos tres últimos en manos de Dáesh, para confirmarlo de manera bien visible.

Volviendo al verano de 2015, ya era bien palpable entonces que la limitación de sus recursos y el creciente acoso al que estaba siendo sometido había llevado a Dáesh hasta el límite, sin capacidad para hacerse con mucho más territorio del que logró controlar hasta la proclamación del pseudocalifato. A lo largo de ese año, sus acciones se habían convertido en un continuo deambular por el mismo terreno en el que el autodenominado califa Ibrahim trató de asentarse inicialmente. A esas alturas se iban acumulando los sinsabores, cuantificados no solo en un considerable

número de combatientes eliminados, sino también en la destrucción de buena parte de los pozos petrolíferos que le servían como importante fuente de financiación. Tampoco podía contar con la lealtad de quienes habitaban ese territorio —lo que le obligaba a dedicar parte de sus fuerzas a controlar múltiples localidades— y en ningún caso podía confiar en que la colaboración de actores locales fuera más allá de lo puramente instrumental.

Eso no quita para que, desplazando efectivos desde la zona de Alepo, aún pudiera tomar buena parte de la ciudad siria de Palmira, donde (al igual que en la iraquí de Ramadi) hizo un uso muy efectivo de los coches bomba suicidas y de las células durmientes infiltradas dentro de la localidad. En todo caso, este tipo de acciones ya dejaban claro que no disponía de los medios necesarios para atender simultáneamente todos los frentes en los que estaba siendo presionado por quienes pretendían eliminarlo.

El conflicto entró así en una dinámica de sucesivas ofensivas y contraofensivas en la práctica totalidad del país, con Dáesh todavía sólido en las provincias del este (y también activo alrededor de Alepo e incluso en localidades muy próximas a Damasco), mientras el régimen daba muestras de un progresivo fortalecimiento, sobre todo desde el momento en el que Rusia tomó la decisión, el 30 de septiembre de 2015, de elevar el listón de su desafío a Estados Unidos, incrementando notablemente el refuerzo a su tradicional aliado sirio. De este modo, al tiempo que Moscú se convertía ya en un interlocutor imprescindible para explorar cualquier salida al conflicto, aseguraba el mantenimiento de El Asad en el poder y sus propios intereses geoeconómicos y geopolíticos en la región.

Transcurrió así un largo tiempo en el que Dáesh todavía pudo moverse con cierta soltura, en la medida en que ninguno de sus teóricos enemigos se decidía a emplear todos sus medios para neutralizarlo. Cabe recordar que El Asad liberó a centenares de yihadistas de sus propias cárceles en el arranque del conflicto —jugando al “cuanto peor, mejor” para poder presentarse a partir de ahí como un actor necesario en la eliminación de la

amenaza terrorista— y solo en contadas ocasiones empleó sus fuerzas para atacar sus posiciones, como si en la práctica los considerara instrumentos útiles para eliminar a grupos rebeldes. Por su parte, Washington también tardó mucho en actuar directamente contra Dáesh —considerando seguramente que podía servirle para debilitar aún más a Al Nusra y, en última instancia, a Al Qaeda— y, por la suya, Moscú fue duramente criticado al comprobar como sus ataques aéreos solo puntualmente batían objetivos de ese grupo. Todo ello sin olvidar que, como es bien sabido, ninguna de las dos potencias globales tenía intención alguna de emplear sus propias fuerzas terrestres para combatir cara a cara con los yihadistas y que, por definición, los ataques aéreos por sí solos no podían lograr efectos definitivos, más allá de debilitar o descabezar algunos componentes de su maquinaria violenta.

En todo caso, gracias al sostenido apoyo aéreo y artillero ruso, complementado con notables aportaciones de inteligencia operativa y asesoría, pero también con el suministro de nuevas armas y el despliegue de algunas unidades de operaciones especiales (y mercenarios), las fuerzas del régimen lograron a principios de 2017 avances decisivos, no solo recuperando el control de Alepo, sino también otras zonas perdidas en las provincias del sur de Deraa y Quneitra, al tiempo que consolidaban su dominio de la capital y del corredor que, desde Damasco, pasa por Homs y Hama hasta Alepo. La nueva recuperación de Palmira, tras diez meses de control yihadista, fue otra clara señal de que el tiempo ya corría invariablemente en contra de Dáesh. Un Dáesh que, para entonces, ya se había convertido en el objetivo común en el que confluían agendas tan dispares como las de Washington, Moscú, Teherán, Ankara, Bagdad y Damasco.

Es por eso por lo que, mientras nadie parecía mostrar un gran interés por relanzar las negociaciones diplomáticas, se iba haciendo cada vez más notorio el entendimiento básico entre Estados Unidos y Rusia. Un proceso

que se aceleró más claramente a partir del encuentro del 26 de julio de 2016 entre sus respectivos encargados de asuntos exteriores, John Kerry y Serguei Lavrov, aprovechando la cumbre de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN) en Laos. En términos prácticos, ambos actores trataron de limar las tensiones bilaterales, para concentrar su atención en un plan operativo que les permitiera coordinar sus respectivas capacidades desplegadas en la zona para desmantelar la amenaza que representaba Dáesh.

Aun así, más relevante que un entendimiento tan poco fiable como este fue para Dáesh la pérdida de Turquía como apoyo. Junto a otros grupos yihadistas, Dáesh se benefició durante mucho tiempo tanto de la permisividad de Turquía a lo largo de los 800 km de frontera turco-siria como del suministro directo de equipo, armamento y material que pasaban a través de ella. Pero ahora la situación había cambiado radicalmente, con Recep Tayyip Erdogan volcado en eliminar cualquier atisbo de oposición interna aprovechando el fallido golpe de Estado del 15 de julio de 2016 y en hacer frente a una renovada resistencia kurda liderada por el Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK). Eso significaba, como mínimo, una menor atención al conflicto sirio durante el tiempo necesario para recomponer la maquinaria militar turca, precisamente cuando más necesaria era su ayuda. Pero también podía significar mayores problemas para el propio Estados Unidos, dado que, aunque tenía alternativas, era bien consciente de que desde ninguna de las bases aéreas a su disposición en algunos países del Golfo podía cubrir de manera tan eficaz las tareas que podía realizar desde la base turca de Incirlik.

Eso no supuso, sin embargo, la desaparición de Turquía del escenario sirio, sino que, por el contrario, Ankara se animó a realizar incursiones terrestres en las zonas próximas a la frontera común, en el marco de la operación Escudo del Éufrates. Gracias a ese empeño, no solo Dáesh dejó de tener presencia en las localidades sirias cercanas a la frontera con

Turquía, sino que también la OTAN dejó de estar en contacto directo con efectivos de Dáesh. La razón de ese sobreesfuerzo turco respondía tanto a la amenaza que para sus intereses suponía la presencia yihadista en sus puertas —como bien mostraban los graves atentados sufridos tanto en Estambul como en Ankara y otras ciudades—, como al creciente protagonismo de las milicias kurdas sirias, encuadradas en las Fuerzas Democráticas Sirias (apoyadas por Washington). Para Dáesh, eso supuso de inmediato la pérdida de la vía principal de contacto con el exterior.

Una vez asumida esa nueva situación, a nadie pareció importarle que un régimen que ha empleado reiteradamente tácticas de guerra de asedio, inanición, utilización de armas químicas, destrucción de instalaciones hospitalarias y humanitarias, masacres indiscriminadas con bombas racimo, barriles explosivos lanzados desde helicópteros y uso de las potentísimas bombas de penetración (*bunker buster bombs*) en zonas civiles volviera a recobrarse. De ahí que, ya a favor de corriente, El Asad y sus aliados entendieran que esos métodos eran la vía principal para rendir finalmente a sus debilitados oponentes. Cabe suponer que calculaban que nadie iría más allá de las desgastadas acusaciones y críticas acostumbradas en esos casos y que esa era la vía que más los acercaba a su objetivo. Y tampoco nadie imaginaría que, después de más de 400.000 muertos, cinco millones de refugiados y más de ocho millones de desplazados, les fuera a frenar el daño desproporcionado que todo eso causaba a la población civil.

En definitiva, una vez recuperado totalmente Alepo a principios de 2017, lo que quedaba por concretar era cómo se llevaría a cabo la recuperación de Raqa y Deir el Zor. Washington, que ya con Donald Trump en la presidencia seguía reacio a emplear tropas propias sobre el terreno, buscaba un actor local dispuesto a asumir la compleja tarea de desalojar a Dáesh de esas dos importantes localidades. Tras descartar la implicación directa de Ankara y a falta de una opción más atractiva, la decisión final se volcó nuevamente hacia las milicias kurdas sirias que habían recibido

sustanciales apoyos en campañas anteriores. Pero esa misma decisión —que inquietó aún más a Turquía por el temor a que alentara una dinámica independentista sin freno en la zona de Rojava, que podría acabar contaminando a su propia minoría turca— suponía de hecho un informal reparto de tareas con las fuerzas armadas sirias, que, liberadas de la carga de Raqa, podían así concentrar su esfuerzo en la recuperación de Deir el Zor. De hecho, el 5 de septiembre de 2017, las fuerzas sirias, con apoyo ruso y de las milicias chiíes movilizadas por Irán, ya lograron romper el cerco que los yihadistas de Dáesh mantenían en torno a la ciudad y, cuando se cierran estas páginas, puede darse ya por confirmada su caída o liberación, según el color del cristal con que se mire.

Entretanto, en el terreno diplomático Moscú pasaba ya a marcar el ritmo y dirección de la agenda de tal modo que, sin cerrar definitivamente la vía de Ginebra, se permitió impulsar, junto con Turquía e Irán (pero no Estados Unidos) unas negociaciones en Astana. Como resultado de ese esfuerzo Moscú, con la aceptación de Washington, ha ido estableciendo ceses puntuales de las hostilidades y la creación de zonas locales seguras[26]. Eso significa, sin rodeos, que, en abierta contradicción con un discurso que insistía en aparentar determinación y radicalidad, Washington se va acomodando cada vez de manera más visible al marco de referencia que establece Moscú. A la vista de lo sucedido en la primera reunión bilateral entre ambos mandatarios, hoy parece quedar ya muy lejos el afán belicista estadounidense —que llevó en mayo al bombardeo contra fuerzas sirias como respuesta a un ataque con armas químicas que causó la muerte de más de 70 personas, o al derribo en junio del avión sirio que atacaba a milicias apoyadas por Estados Unidos en el este del país—. Cada día que pasa, parece más claro que la Administración Trump reduce sus objetivos en Siria al desmantelamiento de las capacidades violentas de Dáesh. En esa misma línea, hasta el secretario de Estado, Rex Tillerson, se atrevió a reconocer abiertamente, el 7 de julio pasado, que quizás la aproximación rusa al

conflicto era la correcta y no la estadounidense.

Aunque a primera vista esos pasos pudieran interpretarse como señales de cansancio de los violentos —asumiendo que ninguno tenía capacidad para obtener una victoria definitiva—, en realidad hay que entenderlo como un triunfo de la diplomacia rusa en apoyo a Damasco. Con el respaldo ruso, El Asad sabe que, aunque todavía no puede imponer su dictado en una mesa de negociaciones, sí puede al menos establecer líneas rojas tan claras como su permanencia en el poder y la aprobación general para proseguir con los ataques contra quienes considere grupos terroristas (no solo Dáesh y Jabat Fatah al Sham, sino cualquier otro que considere alineado con ambos).

Rusia es actualmente la más interesada en promover una desescalada que le permita salir airosa de una aventura bélica que se ha complicado más allá de sus cálculos iniciales, al tiempo que pretende ser reconocida como un actor imprescindible en la búsqueda de una solución negociada. A su lado, Turquía tiene como prioridad aprovechar las circunstancias para descabezar a las milicias kurdas sirias, que procuran consolidar una zona propia en toda la frontera sirio-turca. Por último, Irán es, con diferencia, el actor más empeñado en sostener al régimen sirio hasta el final, rechazando de paso la idea de que Estados Unidos pueda tener algún papel relevante en el proceso y aumentando así sus opciones para terminar siendo reconocido como líder regional.

Volviendo a Damasco, parece igualmente claro que El Asad tampoco está ahora interesado en un acuerdo a corto plazo, sino más bien en aprovechar las circunstancias para ampliar su dominio territorial y para recabar más apoyos internacionales en su defensa. Con el paso del tiempo, ha podido comprobar cómo ha dejado de ser ya un paria cuya eliminación era una prioridad generalizada, para convertirse en un instrumento útil para hacer frente a la amenaza de Dáesh. No por despiste el presidente sirio se atreve ya públicamente a hablar de Trump en términos de “aliado natural” contra el terrorismo.

Obviamente otros, como Dáesh, no parecen dispuestos a aceptar esa evolución de los acontecimientos de manera pasiva. Así, aun sufriendo retrocesos por doquier, cuando se cierran estas páginas no solo mantiene algunas posiciones en diferentes lugares de las provincias de Idlib, sino que también resiste en parte de Deir el Zor y hasta en las cercanías de Wadi Barada, punto neurálgico para el suministro de agua a la población civil de Damasco. Por descontado, hay que suponer que Dáesh, que no ha participado lógicamente en ninguna de las iniciativas diplomáticas y negociaciones celebradas hasta el momento y que queda señalado como el principal objetivo a batir, hará todo lo posible por echar abajo cualquier acuerdo que facilite la paz en un país que difícilmente podrá volver a recuperarse de un golpe de esta magnitud.

CAPÍTULO 5

Dáesh en España

Dáesh no está en España, pero, como antes Al Qaeda, sueña con España. O mejor sería decir con Al Ándalus, jugando con esa simbología tan querida a los yihadistas que les lleva a imaginar a toda la península ibérica como parte sustancial de su sueño califal. Queda fuera de lugar dar pábulo a un delirio inalcanzable para los yihadistas en el terreno operativo, perdiendo el tiempo en analizar la relación de fuerzas o los planes que puedan tener los violentos para hacerse con tan preciado botín. Pero en el plano mitológico —y ahí está, en mayo de 2017, el número 9 de la revista *Rumiyah*, con una foto de la Alhambra en su portada, para volver a mostrarlo— esa simple apelación legendaria sirve perfectamente para galvanizar a miles de fanáticos que, como en un espejismo, ven en Al Ándalus lo que en realidad nunca ha existido.

Una vez superado el ramplón chovinismo que suele afectar a toda comunidad nacional, creyéndose el centro del universo y la causa principal y el protagonista indiscutible de todo lo que en él ocurre, es inmediato reconocer que afortunadamente España no ocupa hoy un lugar muy relevante en la dinámica que alimenta el terrorismo internacional, aunque ha sido reiteradamente identificada como un objetivo directo de los yihadistas. Dentro del grupo de países occidentales, y sin olvidar en ningún caso el impacto de los atentados de Atocha del 11 de marzo de 2004, no figura entre los que más ataques ha sufrido por parte de Dáesh desde que comenzara su actividad internacional. En todo caso, lo ocurrido en Barcelona y Cambrils el 17 de agosto de 2017 basta por sí solo para recordarnos que seguimos estando en la lista de objetivos del yihadismo

global.

A la espera de aclarar si estamos ante una acción autónoma, protagonizada por unos jóvenes macabramente chapuceros, o ante una célula con conexiones internacionales y activada por órdenes superiores del entramado yihadista, interesa destacar que tanto Cataluña como Ceuta y Melilla son los puntos de la geografía española donde se identifican los más potentes focos de radicalización yihadista. Para enmarcar adecuadamente la amenaza, parece conveniente partir de la existencia de un colectivo que ya ronda los dos millones de personas de identidad musulmana residiendo permanentemente en territorio español (en torno al 4,4% de la población total), de los que algo más de medio millón residen en Cataluña (de un total que ronda los 7,5 millones de habitantes) y unos 81.000 en Ceuta y Melilla (con una población conjunta de 170.000). Ese dato, a medio camino entre el caso francés (7,5%) y el polaco (0,2%), ya determina un considerable sustrato de potencial radicalización y reclutamiento en el que Dáesh y otros grupos yihadistas están obviamente interesados en echar sus redes, aprovechando que el miedo, la pasividad o la indiferencia de muchos otros puede facilitar su labor para atraer a los más descaminados.

Dentro de esa cifra global los marroquíes son, tras los 800.000 que tienen nacionalidad española, los más numerosos, con un total estimado en unos 753.000; seguidos a gran distancia por paquistaníes (78.000), senegaleses y argelinos (unos 62.000 de cada nacionalidad). Por otra parte, de los 13.312 extranjeros encarcelados en prisiones españolas en julio de 2017 (de un total de 51.901 reclusos), 4.107 eran también de nacionalidad marroquí, al igual que cuatro de cada diez de los detenidos en España desde 2013 por terrorismo yihadista y, como ya ocurrió el 11-M, la práctica totalidad de los integrantes del grupo recientemente desarticulado en Cataluña. Por último, interesa saber que Marruecos ocupa el tercer puesto, tras Arabia Saudí y Túnez, entre todos los países árabes como emisor de combatientes extranjeros detectados en Siria/Irak, con un total estimado en

torno a los 1.600-2.000 (junto a otros 2.000 que se han alistado en las filas yihadistas de otros grupos activos en la región).

Descartado de plano cualquier intento de demonizar a la comunidad marroquí asentada en España, es elemental entender que esa realidad demográfica determina una mayor facilidad para que en su seno surjan individuos radicalizados hasta el punto de apostar por la violencia terrorista y que muchos otros —por simpatía, temor o indiferencia— pueden acabar convirtiéndose en tapadera o sostén de sus actividades. A ese factor se une el hecho de que, de los alrededor de 1.300 mezquitas y oratorios que hay en territorio español, en torno a un centenar (80 de ellos en Cataluña) están en la práctica controlados por activos líderes salafistas, promotores principales de una interpretación del islam que inspira posiciones no solo rigoristas y radicales, sino también, en demasiadas ocasiones, violentas.

Es un hecho que, a pesar de que la inmensa mayoría de los marroquíes musulmanes se alinean con la tolerante visión del rito suní malekí, ya hace tiempo que se ha detectado entre ellos una significativa presencia de líderes y grupúsculos salafistas y wahabíes, alentados desde el Golfo. Que Dáesh procure sacar provecho de esa tendencia, tratando de establecer una base de acólitos que le permitan aumentar sus posibilidades de golpear más directamente en Europa occidental, es algo que debemos contemplar como altamente probable. Y es justo en ese punto en el que vuelve a quedar de manifiesto la importancia que tiene el Gobierno marroquí como aliado de España para hacer frente a una amenaza común. Aunque entre Madrid y Rabat se ha avanzado sustancialmente tanto en el terreno policial como en el de inteligencia y judicial, parece claro que nos enfrentamos a un desafío que exige un esfuerzo adicional y que nunca va a ser superado con medidas exclusivamente policiales o militares.

Tampoco España es el país europeo occidental que más medios ha desplegado en primera línea de combate en los escenarios bélicos del mundo arabomusulmán. Actualmente hay contingentes desplegados tanto

en Afganistán como en Irak, Líbano y Turquía, con alrededor de unos 1.500 efectivos totales, empeñados mucho más en tareas de instrucción y asesoría de fuerzas locales que en acciones de combate. Pero resultaría totalmente equivocado, como algunos quisieron hacer con ocasión del nefasto 11-M, establecer una relación directa entre la existencia de esos operativos y la probabilidad de sufrir un atentado en territorio nacional. Si España está en la lista de objetivos del yihadismo global es, sobre todo, por su condición de país occidental, identificado por los extremistas como uno más de los corresponsables de sus desgracias, y por contar con un sustrato social en el que, si no se realiza un sostenido esfuerzo en el ámbito social, político y económico para evitar la radicalización, pueden germinar nuevos yihadistas que acaben golpeando desde dentro.

Por último, tampoco destaca por el número de combatientes extranjeros integrados en las filas yihadistas. Es cierto, por un lado, que si en julio de 2014, cuando se puso en marcha el Plan de Prevención de la Radicalización en las Cárceles, apenas se contabilizaban 81 reclusos en el Fichero de Internos de Especial Seguimiento (FIES), en septiembre de 2017 ya eran 271, distribuidos en 53 centros penitenciarios. Asimismo, en el periodo 2013-2017 (Reinares y García-Calvo, 2017) se contabilizaban 222 personas detenidas por actividades ligadas al terrorismo yihadista y 8 muertas como resultado de dichas actividades. De ellas, un 95% tenían a Dáesh como organización de referencia y, en términos geográficos, eran Barcelona (24,3%), Ceuta (15%), Madrid (13,6%), Melilla (9,3%) y Girona (7%) los lugares de residencia más destacados.

Por otra parte, en el periodo 1996-2016 un total de 128 personas han sido condenadas en firme por yihadismo y, según The Soufan Group, las estimaciones del número de personas con nacionalidad española que han llegado a incorporarse a las filas del pseudocalifato no van más allá de las 204. De ellas, 129 aún siguen en territorio sirio o iraquí, mientras que otras 21 han sido detenidas en Turquía y deportadas a España y unas 30 habrían

regresado a casa (de un total estimado en unos 5.600 originarios de 33 países, con Túnez [800], Arabia Saudí [760] y Rusia [400] en cabeza).

Por supuesto, esto no quiere decir que podamos vivir al margen de lo que ocurre en nuestro entorno, ni que estemos inmunizados contra esa amenaza, ni que tengamos ningún remedio definitivo para vernos libres de sus consecuencias. Si de algo sirve lo ocurrido en países como Francia, bien cabe dar por seguro que también en España, con la emergencia de individuos de segunda y tercera generación de determinados perfiles, se producirá previsiblemente un aumento del número de yihadistas. Por muy preparados que estemos, y nunca lo hemos estado tanto como ahora, lo que ha vuelto a quedar trágicamente de manifiesto el 17 de agosto de 2017 es que ni así se puede garantizar la seguridad total de la ciudadanía.

CAPÍTULO 6

Explorando el futuro inmediato

Hemos llegado a un punto en el que la mayoría de los conflictos armados y del terrorismo de hoy son básicamente *low cost*. Eso determina por sí solo que haya más grupos y más personas apuntándose a la violencia. Más aún cuando en muchos países nos encontramos con gobiernos escasamente preocupados por respetar y hacer respetar los derechos humanos y por reducir hasta niveles soportables las brechas de desigualdad que condenan a la miseria a buena parte de sus pobladores. Junto a otras motivaciones, esa realidad es un potente factor belígero que en muchos casos termina por convertir la violencia en una forma de vida. Dáesh es, sin duda, un alumno aventajado a la hora de explotar esas deficiencias y carencias, atrayendo a quienes creen ver en sus propuestas apocalípticas una salida al túnel en el que viven. Y así es como ha logrado adquirir la visibilidad y el perfil que actualmente tiene, no solo en buena parte de los países arabomusulmanes, sino también en un número considerable de los occidentales.

Ahora, tras el desmantelamiento de su pseudocalifato y al igual que ya ha ocurrido anteriormente en cada una de las cuatro oleadas terroristas registradas desde la creación de Al Qaeda, lo que sigue será seguramente una etapa de repliegue provisional obligado por el castigo sufrido ante una coalición militar mucho más poderosa. Pero, del mismo modo que ya ocurrió entonces, también es elemental pronosticar que de inmediato se pondrá en marcha una nueva oleada, con alguien dispuesto a tomar el relevo del terrorismo yihadista. Así se deduce del hecho de que en todas esas ocasiones anteriores se ha optado por una respuesta inadecuada, marcadamente militarista, mientras continúa brillando por su ausencia un

esfuerzo de similar magnitud para hacer frente a los problemas sociales, políticos y económicos de los que esa opción violenta se nutre. Dicho de otro modo, se ha producido una respuesta selectiva, orientada tan solo a apagar momentáneamente el fuego y ganar algo de tiempo, dejando para un mañana que nunca llega la necesaria atención a las raíces estructurales de situaciones que acaban, más temprano que tarde, reviviendo las llamas. Y mientras no haya un cambio de enfoque, y nada indica que algo así vaya a suceder a corto plazo, estamos condenados a un *déjà vu* permanente.

Por si fuera necesario un ejemplo reciente de esa orientación dominante, basta con recordar la sustancia del primer viaje de Donald Trump fuera del territorio nacional, eligiendo Arabia Saudí como destino. En su nada casual gesto de consideración con uno de los regímenes más deplorables del planeta, el presidente estadounidense volvió a dejar claro que, por un lado, sus actuales prioridades en la región se resumen en la eliminación de Dáesh y la confrontación con Irán, identificado nuevamente como "el malo de la película". Por otro, aprovechó para mostrar sin tapujos que su opción preferente vuelve a ser la militar. Un rumbo altamente preocupante, a la luz de los resultados cosechados hasta ahora por quienes se han inclinado por esa vía, con un matiz adicional aún más inquietante si cabe. Así, tras mostrar su reticencia a una implicación masiva de sus propios efectivos militares en una región en la que tantos reveses ha sufrido, la alternativa que plantea es promover que sea la propia Arabia Saudí la que active la creación de una especie de "OTAN islámica", a la que no tendrá ningún reparo en dotar de todas las armas que sean necesarias. Lo mismo cabe decir de su manera de enfrentarse a la amenaza talibán —con el lanzamiento de la potentísima bomba GBU-43B (13 de abril de 2017) y nuevos despliegues militares—, o a la de los grupos yihadistas que se mueven por el Sahel africano[27] —reforzando sus bases de drones armados, desplegando más unidades de operaciones especiales y apoyando a unas fuerzas armadas locales que no se distinguen precisamente por su respeto de

los derechos humanos—.

Plantear en esos términos la respuesta a la amenaza de Dáesh, o de cualquiera que pretenda ocupar su lugar a partir de ahora, es reincidir en el error sin propósito de enmienda alguno. Es no querer entender, en primer lugar, que Dáesh no va a desaparecer, sino que previsiblemente regresará a una versión insurgente de la que es un consumado maestro, moviéndose principalmente en áreas rurales y desérticas. Así se deduce abiertamente del boletín en árabe *Al Naba*, del 12 de octubre de 2017, en el que, recordando episodios anteriores en los que el grupo se sintió muy próximo al desastre, decidió no malgastar sus últimos recursos hasta la eliminación final, sino que optó, por ejemplo en el periodo 2006-2010, por olvidar momentáneamente su pretensión de controlar territorio iraquí y pasar a una modalidad de acción básicamente insurgente.

Ahora, enfrentados a circunstancias similares, ha quedado claro que en lugar de aferrarse a una resistencia a toda costa en lugares tan emblemáticos para su discurso como Mosul, Raqa o Deir el Zor —lo que supondría unas pérdidas de efectivos y de recursos insoportables— ha preferido difuminarse en el terreno y volver a refrescar sus conocimientos en la fabricación y utilización de explosivos improvisados y en la comisión de atentados terroristas. En esa vuelta a la pura actividad insurgente (*nikaya*) ha contado, además, con la colaboración interesada tanto de Hezbolá —por ejemplo, en Arsal, en el noroeste de Líbano— como de las Fuerzas Democráticas Sirias (apoyadas por Washington) —en varias localidades sirias— para abrirles vías de salida hacia Abu Kamal, cerca de la frontera sirio-iraquí, con el consiguiente disgusto de Bagdad.

Todo eso hace suponer que, lejos de quedarse de brazos cruzados, los miles de yihadistas que continuarán activos, tanto en Siria como en Irak, recuperarán las tácticas que tanta notoriedad les dieron en sus primeros años de expansión. A fin de cuentas, el terrorismo es tan solo una modalidad de acción violenta de la que se puede echar mano cuando la situación lo

impone. Y ahora, es esa misma situación la que orienta a Al Bagdadi y los suyos a incrementar su perfil terrorista, aunque solo sea por la necesidad que tienen de demostrar que no han sido derrotados.

Por otro lado, cabe suponer que lo mismo harán muchos de los grupos yihadistas asociados a Dáesh en otros países, no solo por mantener viva la llama violenta que los inspira, sino también porque es probable que el varapalo sufrido tras la pérdida del pseudocalifato derive en escisiones internas que añadan más fuego al fuego. El ejemplo más inmediato en el momento en el que se cierran estas páginas es el brutal atentado realizado con toda probabilidad (aunque nadie ha reivindicado todavía el ataque) por Wilayat Sinai contra los feligreses que acudían el 24 de noviembre de 2017 a la mezquita de Al Rauda (en la localidad egipcia de Bir al Abed). Los 305 muertos y 128 heridos contabilizados, sobre una población total de no más de 2.100 personas en esa pequeña localidad costera, es un trágico recordatorio de que la maquinaria yihadista sigue activa y de que las medidas estrictamente securitarias, como las que hasta ahora ha adoptado el Gobierno golpista de Abdelfatah al Sisi, que mantiene el estado de emergencia en toda la península del Sinaí desde octubre de 2014, no sirven para frenar a los violentos y a quienes simpatizan con ellos o los apoyan, aunque solo sea como resultado del resentimiento popular contra un Gobierno central que perciben como insensible a sus demandas y violador de sus derechos más básicos.

Mientras tanto, los que decidan (o puedan) salir del avispero sirio-iraquí, presentan igualmente un problema de seguridad, tanto si optan por sumarse a otros escenarios de combate ya en marcha como si prefieren regresar a sus respectivos países de origen. Es en ese punto en el que se comprende la inquietud de diferentes gobiernos, sea el ruso o algunos magrebíes y europeos occidentales, por el retorno de quienes puedan continuar su particular cruzada sangrienta tras su vuelta a casa, aunque sea rechazable su apenas disimulada intención de matar a todos los que sea

posible antes de que puedan salir de los actuales escenarios de combate en Siria e Irak.

Peor aún, es necesario añadir a ese sombrío listado de preocupaciones la que suponen los individuos radicalizados que procurarán seguir operando en sus propios lugares de residencia sin haber sido todavía identificados por los servicios de seguridad. En esa línea resulta perturbador el efecto que va a tener a corto plazo entre los potenciales nuevos yihadistas la difusión de las atrocidades que, como ya se está empezando a difundir, han cometido los "liberadores" de las localidades bajo el yugo yihadista, escasamente acordes con las reglas de la guerra y el derecho internacional humanitario.

Entre los escenarios alternativos que cabe considerar en el inmediato futuro tras el desmantelamiento del pseudocalifato destaca la posible reconciliación entre Al Qaeda y Dáesh. Aunque en ningún caso se debe descartar que algo así suceda, son muchos los obstáculos de momento para llegar a esa fusión, aunque solo sea por la dificultad para superar las barreras que, incluso en clave personal, han ido edificando entre sí Ayman al Zawahiri y Abubaker al Bagdadi. Pero dado que, más allá de ese desencuentro personal, existe un evidente sustrato común en sus propuestas y objetivos, también cabe pensar que la repentina desaparición de cualquiera de ellos facilitaría de inmediato un acercamiento que sumaría fuerzas orientadas al mismo fin último.

En definitiva, como demuestran a diario la pervivencia de Al Qaeda, los talibanes, Wilayat al Sudan al Gharbi y tantos otros, Dáesh es otra de las personalizaciones de una ideología fanática, imposible de erradicar solo por la armas. Una ideología que, siguiendo a Al Bagdadi en su más reciente alocución a sus fieles (28 de septiembre de 2017), insistía en ver los problemas actuales por los que estaba pasando el grupo —con la inminente pérdida de Mosul, Raqa y Deir el Zor ya a la vista— como una bendición, al interpretar la visible coordinación de potencias como Estados Unidos, Irán, Rusia y Turquía en su contra como una señal de que caminan en la

dirección correcta, a pesar del sufrimiento que eso le suponga a corto plazo. Una lectura que, en todo caso, choca con la que expresaba Al Adnani en abril de 2014, apenas dos meses antes de la proclamación del pseudocalifato, cuando tan seguro estaba de que Dáesh se encontraba en el camino correcto que se atrevió a invocar la *mubahala*, una súplica a Alá para que, si el grupo no era el encargado de instaurar el Estado islámico en el mundo, permitiera a sus enemigos que lo destruyeran y que sus líderes fueran eliminados.

Parecería, a la vista de lo ocurrido en estos últimos tiempos, que o bien los miembros de Dáesh se han desviado del camino, y están siendo castigados por su dios, o que no es este grupo el que Alá considera que debe cumplir tal tarea. Pero eso no va a modificar la conducta de quienes, metidos en una dinámica apocalíptica —nosotros o el diluvio—, confían en galvanizar en su contra a todos los poderosos del mundo, asumiendo que serán inicialmente derrotados, hasta que en la batalla final acaben recibiendo el auxilio de Isa al Masih (nada menos que Jesús) para conducirlos a la victoria final.

Pero si, por cualquier causa, Dáesh desapareciera como grupo yihadista con nombre propio, no puede caber duda alguna de que, como ya ocurrió antes, inmediatamente habrá otros que aspiren a ocupar su puesto. De hecho, ya en el horizonte inmediato comienzan a difundirse anuncios sobre la creación de nuevas entidades, como Jama’at Ansar al Furqan in Bilad al Sham, supuestamente liderada por Hamza bin Laden (hijo de Osama), que pretende recuperar el protagonismo de Al Qaeda acogiendo a los desencantados de Jabat al Nusra, el propio Dáesh y cualquier otro que quiera continuar la lucha.

Sea como sea, dado que seguirá habiendo individuos aquí y allá atraídos por esta ideología, resulta imperioso reformular la estrategia de respuesta a una amenaza que nos seguirá acompañando durante mucho tiempo. Una estrategia que debe tomar simultáneamente en consideración

tanto las actuaciones a corto plazo como las que exigen un aliento sostenido en el tiempo. Desde luego, y con intención de volver a insistir en lo ya recogido en páginas anteriores, si hubiera que destacar tan solo dos líneas de acción a largo plazo, la educación y la reducción de desigualdades serían, con diferencia, las prioritarias. Y esto es así no solo para hacer frente a la radicalización del islamismo, sino, cada vez más, a la islamización de la radicalidad, dado que no son pocos los casos en los que los que se incorporan a la violencia yihadista son esencialmente individuos que han llegado a un punto de radicalización extremista —al que llegan por vías muy diversas— que para ellos el islam resulta tan solo un disfraz que les otorga un coyuntural sostén ideológico, aunque apenas lleguen a conocer mínimamente sus fundamentos religiosos y civilizacionales.

Igualmente es necesaria una contranarrativa que neutralice el discurso que Dáesh viene difundiendo desde su creación y que tanto atractivo tiene para sus simpatizantes y combatientes. El hecho obvio es que, con el apoyo de su meritorio aparato de propaganda, ha logrado asentar unas ideas centrales de carácter político, moral, religioso y psicológico que han ido calando en diferentes ámbitos. Su visión se resume en:

- *Narrativa política*: Occidente es intrínsecamente malo y culpable por su voluntad de explotar y marginar a los musulmanes. Solo Dáesh puede, implantando un califato universal, modificar desde la raíz la situación actual.
- *Narrativa moral*: la democracia liberal sufre un imparable deterioro moral, con unas contradicciones internas que no puede superar (falta de voluntad de justicia y de defensa de la libertad). Occidente es hipócrita y debe ser castigado por su depravación (bares, salas de conciertos, comportamiento hedonista, vestimenta de las mujeres…). Dáesh es el salvador de la humanidad y el defensor de los valores más puros.
- *Narrativa religiosa*: muy ligada a la anterior, incorpora la necesidad de defenderse contra los cruzados para imponer el islam y una autoridad

con base divina y de castigar a los impíos. Solo hay una religión, la de Alá, y lo demás es incredulidad (*kufr*).
- *Narrativa psicológica/sociológica*: promueve el sectarismo y busca garantizar la cohesión interna del grupo de correligionarios, imprescindible para imponer la verdadera fe.

Un elemento fundamental de esa contranarrativa es actuar de manera justa en la recuperación de los territorios que han estado bajo su temporal dominio, evitando provocar ejecuciones masivas de sus milicianos y dejarse llevar por el sentimiento de revancha contra las comunidades suníes que han estado asociadas con el grupo o han simpatizado con él. Al mismo tiempo, es absolutamente prioritario conquistar las mentes y corazones de esas poblaciones liberadas (y del resto de quienes habitan la región), contribuyendo no solo a atender sus necesidades básicas y garantizar su seguridad, sino también promoviendo gobiernos legítimos, la integración y reconciliación social y la consolidación del Estado de derecho; todo ello sin pretender imponer por la fuerza modelos occidentales.

Nada de eso puede lograrse sin otorgar el protagonismo a los actores locales y sin entender que el islamismo político está aquí para quedarse durante mucho tiempo. Tras el panarabismo y las burdas imitaciones del capitalismo y el socialismo que han propiciado regímenes políticos básicamente autoritarios, corruptos e ineficientes, la opción política del islamismo es la que cuenta con una mayor simpatía en muy amplios círculos de opinión pública arabomusulmana. Eso significa, en definitiva, que en lugar de seguir demonizándolos como apestados, es preciso establecer canales de interlocución con sus representantes, no solo para incorporarlos al juego político, sino también para que sirvan como los principales críticos de la violencia yihadista. En esa misma línea, es imprescindible contar con voces autorizadas del islam para que contrarresten la venenosa incitación a la violencia que propagan quienes impropiamente se presentan como sus portavoces.

Aunque pueda parecer lo contrario a primera vista, Dáesh ha sido más juguete de otros que dueño de su propia historia. En muchas ocasiones se ha magnificado su importancia para justificar errores propios (contabilizando miles de muertos donde solo ha habido centenares) y para conseguir un apoyo externo a gobiernos locales escasamente recomendables. Al mismo tiempo, y sobre todo en los países occidentales, ha servido para recortar derechos y libertades en países occidentales, en una penosa muestra de pérdida de nuestra propia esencia democrática. En todo caso, tanto Dáesh como el resto de los grupos yihadistas activos en la actualidad son realidades muy asentadas, con capacidad y voluntad para seguir matando en defensa de sus ideas. Y están dispuestos a hacerlo, tanto en países de perfil arabomusulmán como en los occidentales, empleando no solo sus ya tradicionales métodos, sino poniendo en juego otros nuevos. Así lo indica tanto el creciente uso de mujeres, niños y niñas, discapacitados en muchas de sus recientes acciones, como el previsible (y temible) empleo de drones.

En definitiva, el libro termina necesariamente aquí… pero Dáesh y el terrorismo yihadista, por desgracia, continúan. En nuestras manos está dejar de seguir tropezando incesantemente en la misma piedra, sufriendo las consecuencias de una visión tan miope, y aprender a ir más allá con un enfoque multilateral y multidimensional que termine por convertirlo en un mal recuerdo del pasado. Si no lo hacemos, el desastre estará asegurado por mucho tiempo.

Bibliografía

AYMENN JAWAD AL-TAMIMI (2016): "How the Islamic State Governs", *The Journal of International Security Affairs*, nº 30.

BARRETT, Richard (2017): *Beyond the caliphate: foreign fighters and the threat of returnees*, The Soufan Center.

CEMBRERO, Ignacio (2016): *La España de Alá*, La Esfera de los Libros, Madrid.

COCKBURN, Patrick (2014): *The Rise of Islamic State*, Verso, Nueva York.

— (2016): *La era de la yihad*, Capitán Swing, Madrid.

DE LA CORTE, Luis (2012): *La lógica del terrorismo*, Alianza Editorial, Madrid.

GERGES, Fawaz (2016): *ISIS- A History*, Princeton University Press, Princeton.

GUTIÉRREZ DE TERÁN, Ignacio (2017): "El colapso del Daesh: ¿un punto de inflexión del yihadismo internacional?", *Documentos OPEX*, nº 219, Fundación Alternativas, Madrid.

HASSAN, Hassan (2017): "ISIL and the numbers game: what exactly is the size of its army?", *The National*, 25 de octubre.

JONES, Seth G. (2017): *Rebuilding the Base. How Al-Qaida could resurge*, Rand Corporation, Santa Monica.

JORDÁN, Javier (2015): "El Daesh", *La internacional yihadista*, Cuaderno de Estrategia nº 173, IEEE-CESEDEN, Madrid.

KÜNG, Hans (2011): *El Islam*, Trotta Editorial, Madrid.

MARTÍN, Javier (2015): *Estado Islámico: geopolítica del caos*, Los Libros de la Catarata, Madrid.

NAFEES, Hamid (2017): *What makes a terrorist?*, The New York Review of Books.

NAPOLEONI, Loretta (2015): *El fénix islamista*, Paidós Ibérica, Barcelona.

NATO STRATCOM CENTRE OF EXCELLENCE (2016): "Daesh recruitment. How the group attracts supporters".

PELLERIN, Clara (2016): *Communicating terror: an analysis of ISIS communication strategy*, Kuwait Program, SciencesPo.

REINARES, F. y GARCÍA-CALVO, C. (2017): *Actividad yihadista en España, 2013-2017: de la Operación Cesto en Ceuta a los atentados en Cataluña*, documento de trabajo 13/2017, Real Instituto Elcano, Madrid.

TINNES, Judith (2017): *Bibliography: Islamic State*, Perspectives on Terrorism, vol. 10, nº 3.

WRIGHT, Lawrence (2017): *Los años del terror*, Debate, Barcelona.

CENTROS DE REFERENCIA

CENTER FOR TERRORISM AND SECURITY STUDIES (CTSS), disponible en https://www.uml.edu/Research/CTSS/default.aspx

COUNTER EXTREMISM PROJECT, disponible en https://www.counterextremism.com/

GLOBAL TERRORISM DATABASE, disponible en https://www.start.umd.edu/gtd/

GRUPO DE ESTUDIOS SOBRE SEGURIDAD INTERNACIONAL (GESI), Universidad de Granada, disponible en http://www.seguridadinternacional.es/

INSTITUTE FOR ECONOMICS AND PEACE, disponible en http://economicsandpeace.org/

OBSERVATORIO INTERNACIONAL DE ESTUDIOS SOBRE TERRORISMO (OIET), COVITE, disponible en

http://observatorioterrorismo.com
TERRORISM RESEARCH & ANALYSIS CONSORTIUM (TRAC), disponible en https://www.trackingterrorism.org
TERRORISM RESEARCH INITIATIVE (TRI), disponible en http://www.terrorism-research.org
THE SOUFAN GROUP, disponible en http://www.soufangroup.com/

Notas

1. Cabe recordar que sigue sin existir un consenso internacional para definir el concepto de terrorismo. A efectos de estas páginas, se debe entender por terrorismo el ejercicio de la violencia políticamente motivada llevada a cabo por actores no estatales.
2. Aunque derribaron el régimen talibán en cuestión de semanas, ni lograron derrotarlo, como nos muestra la situación actual sobre el terreno, ni terminar con Al Qaeda ni, menos aún, democratizar el país para, desde allí, generar un efecto dominó que terminara por democratizar el conjunto del mundo árabe.
3. Una estrategia que ya ese mismo otoño comenzó a dar ciertos frutos y que se vio reforzada desde principios de 2007 con la *surge* (despliegue adicional de unos 30.000 efectivos sobre el terreno) decidida por Barack Obama.
4. Sinjar Records habla de un 41% de saudíes, un 19% de libios y un 8% de sirios.
5. En principio, el propio Al Bagdadi anunció que Al Nusra se integraba como parte de la organización para operar inicialmente en Siria; pero el rechazo frontal de un grupo que se identifica inequívocamente como parte de Al Qaeda llevó muy pronto a un choque directo (que no ha excluido, sin embargo, colaboraciones puntuales a lo largo de estos últimos años).
6. Aunque algunas fuentes establecieron inicialmente una conexión con Dáesh, el ataque perpetrado el 8 de junio de 2016 por dos individuos en el centro comercial de Sarone, en Tel Aviv —en el que murieron cuatro personas y otras siete fueron heridas—, nunca fue, de hecho, reivindicado por Dáesh.
7. También conocido como Abu Ala al Afri, aunque su verdadero nombre era Abdulrahman Mustafa al Qaduli, fue eliminado por las fuerzas especiales estadounidenses el 25 de marzo de 2016.
8. Era igualmente conocido con los nombres de Hajji Mutazz, Haji Mutaz o Abu Mu'taz, aunque su verdadera identidad era Fadel Ahmed Abdulá al Hiyali. Fue eliminado el 18 de agosto de 2015 por un dron armado estadounidense.
9. Muerto el día 1 de abril de 2017 como resultado de un ataque aéreo de la aviación iraquí en una localidad cercana a la frontera con Siria.
10. Uno de los cinco pilares centrales del islam, que implica la entrega anual de un porcentaje determinado de las riquezas de cada creyente para atender las necesidades de los más desfavorecidos.
11. Su verdadero nombre era Taha Subhi Falaha. Su muerte, tras un ataque aéreo de la coalición liderada por Estados Unidos el 30 de agosto de 2016, no solo confirmó el alto nivel de pérdidas que estaba sufriendo el grupo central de la organización, sino que también supuso la desaparición de uno de los más claros candidatos a la sucesión de Al Bagdadi. Con su muerte ya solo quedaba vivo uno de los siete dirigentes principales, Abu Arkan al Amiri, identificados en el primer organigrama dado a conocer en 2014 por Richard Barret. La lista de los eliminados se completa con Abu Ali al Anbari, Abu Ayman al Iraqi, Omar al Shishani, Abu Muslim al Turkmani y Abu Amr al Absi.
12. Diwan al-Ta'aleem, Educación; Diwan al Khidamat, Servicios Públicos; Diwan al Hisba, Moralidad Pública, Protección del Consumidor y Transparencia Financiera; Diwan al Da'wa wa

al Masajid, Asuntos Religiosos; Diwan al ‘Eftaa wa al Buhuth, Fatwas y Estudios en materia religiosa; Diwan al Qada wa al Mazalim, Justicia; Diwan al Siha, Sanidad; Diwan al Zakat wa al Sadaqat, Zakat e Impuestos; Diwan al Zara’a, Agricultura y Medio Ambiente; Diwan al Amn, Seguridad Interna e Inteligencia; Diwan al Asha’ir, Asuntos Tribales; Diwan al ‘Ilam, Medios de Comunicación; Diwan al Jund, Asuntos Militares; Diwan al Rikaz, Hidrocarburos y Antigüedades; Diwan Bayt al Mal, Finanzas; Diwan al Alaqat al Aama, Relaciones Públicas; Diwan al Wilaya, Administración Provincial.

13. Entre los más destacados, cabe citar a los siguientes:

- Abu Sayaf, Filipinas. Constitución: 1991. Declaración de lealtad: julio de 2014.
- Al Qaeda en el Magreb islámico, Argelia y Malí. Constitución: 1998. Declaración de lealtad: julio de 2014.
- Al Qaeda en la península arábiga, Yemen. Constitución: 2009. Declaración de lealtad: agosto de 2014.
- Ansar Bayt al Maqdis (transformado en Wilayat Sinai), Egipto. Constitución: 2011. Declaración de lealtad: noviembre de 2014.
- Ansar Bayt al Maqdis (transformado en Wilayat Sinai), Franja de Gaza. Constitución: abril 2015. Declaración de lealtad: abril de 2015.
- Ansar al Khliafah, Filipinas. Constitución: después de 2011. Declaración de lealtad: agosto de 2014.
- Ansar al Sharia, Libia y Túnez. Constitución: 2011. Declaración de lealtad: agosto de 2014.
- Ansar al Tawhid fi’Bilad al Hind, India. Constitución: 2013. Declaración de lealtad: octubre de 2014.
- Bangsamoro Islamic Freedom Fighters, Filipinas. Constitución: 2008. Declaración de lealtad: agosto de 2014.
- Boko Haram (transformado en Wilayat al Sudan al Gharbi), Nigeria y Lago Chad. Constitución: 1991. Declaración de lealtad: marzo de 2015.
- Brigada Okba Ibn Nafaa, Túnez. Constitución: 2012. Declaración de lealtad: septiembre de 2014.
- Consejo de la Shura de la Juventud Islámica, Libia. Constitución: después de 2011. Declaración de lealtad: desconocida.
- Emirato del Cáucaso, Rusia. Constitución: 2007. Declaración de lealtad: junio de 2015.
- Grupo Maúte (también conocido como Estado Islámico de Lanao). Constitución: 2012. Declaración de lealtad: abril de 2015.
- Hezb-e-Islami, Afganistán. Constitución: 1977. Declaración de lealtad: julio de 2015.
- Jemaah Islamiyah, Malasia, Tailandia, Singapur, Brunei, Filipinas e Indonesia. Constitución: 1993. Declaración de lealtad: agosto de 2014.
- Jund al Khilafah, Argelia y Egipto. Constitución: 2014. Declaración de lealtad: septiembre de 2014.
- Jundallah, Pakistán. Constitución: 2012. Declaración de lealtad: noviembre de 2014.
- Khatibat Uqbah Ibn Nafaa, Túnez. Constitución: 2012. Declaración de lealtad: septiembre de 2014.
- Movimiento Islámico de Uzbekistán, Uzbekistán. Constitución: finales de la década de los noventa. Declaración de lealtad: septiembre de 2014.
- Mujahideen Shura Council in the Environs of Jerusalem, Egipto y Franja de Gaza. Constitución: 2011. Declaración de lealtad: septiembre de 2014.
- Taliban, Pakistán. Constitución: 2007. Declaración de lealtad: octubre de 2014.
- Tehreek-e-Khilafat, Pakistán. Constitución: Desconocida. Declaración de lealtad: julio de 2014.

- Wilayat Barqa y Wilayat Tripoli, Libia. Constitución: Desconocida. Declaración de lealtad: finales de 2014.
- Wilayat Jorasan, Afganistán-Pakistán-India-Irán. Constitución: febrero de 2015. Declaración de lealtad: febrero de 2015.

14. Informe del Study of Terrorism and Responses to Terrorism (START), de agosto de 2016, sobre Patterns of Islamic State-Related Terrorrism 2002-2015.

15. Es la revista que Al Qaeda en la península arábiga emplea como principal medio para difundir sus mensajes hacia el exterior con el objetivo de ampliar su base de simpatizantes y propagar métodos y tácticas terroristas. Comenzó a publicarse en inglés en julio de 2010.

16. Clérigo y dirigente de Al Qaeda en la península arábiga, responsable de las operaciones en el exterior, con doble nacionalidad estadounidense y yemení. Fue eliminado en territorio yemení por un dron estadounidense el 30 de septiembre de 2011.

17. *Beyond the caliphate: foreign fighters and the threat of returnees*, Richard Barrett, The Soufan Group, octubre de 2017.

18. El título hace referencia a la ciudad del mismo nombre, ubicada en el norte de Siria, en la que, según su visionaria interpretación, debe tener lugar la batalla definitiva entre sus huestes y las tropas infieles. Ante la inminencia de la pérdida de la ciudad, bajo la presión de las fuerzas armadas turcas y algunas milicias sirias apoyadas por Ankara, en septiembre de 2016 sus responsables decidieron cambiar el nombre por el de *Rumiyah* (Roma, en árabe, donde se supone que terminará materializándose la derrota final de Occidente).

19. Estadísticamente irrelevantes fueron a lo largo de ese periodo los ataques producidos en Jordania (uno en 2003 y tres más en 2005) y uno en Gran Bretaña (en junio de 2007).

20. Además, obviamente de Irak y Siria hay añadir a Australia, Baréin, Bélgica, Bosnia-Herzegovina, Canadá, Dinamarca, Egipto, Estados Unidos, Filipinas, Francia, Gaza, Gran Bretaña, Israel, Jordania, Líbano, Libia, Somalia y Turquía.

21. La Rand Corporation, en su informe “When the Islamic State comes to town” (disponible en https://www.rand.org/nsrd/projects/when-isil-comes-to-town.html) establece que durante los dos primeros años de su gestión del pseudocalifato se produjo un descenso del 80% en el consumo eléctrico en Irak y un 61% en Siria, acompañado de una caída del PIB del 23% en el conjunto del territorio. Además, la población se redujo en un 36% y la producción agrícola cayó en un 20%.

22. Aunque por separado ya habían mostrado anteriormente su lealtad a Dáesh, no fue hasta el momento en que se fusionaron cuando finalmente Al Bagdadi aceptó darles cabida en la organización. Tras el ataque a Marawi del 23 de mayo, el presidente filipino, Rodrigo Duterte, proclamó la ley marcial en toda la isla de Mindanao y las fuerzas armadas iniciaron una operación de exterminio contra los atacantes, sin que quede claro todavía el resultado final del enfrentamiento.

23. “Un concepto más amplio de libertad: desarrollo, seguridad y derechos humanos para todos”, informe presentado el 21 de marzo de 2005, disponible en http://www.un.org/spanish/largerfreedom/pressreleases.html. La idea central que recoge dicho informe es que un nuevo orden internacional se debe basar en la idea de que no puede haber desarrollo sin seguridad, ni seguridad sin desarrollo y que ninguno de ellos se logrará si no hay un generalizado respeto de los derechos humanos para toda la humanidad.

24. Estuvo detenido extrajudicialmente en las instalaciones estadounidenses en Guantánamo hasta el 20 de diciembre de 2007.

25. Su verdadero nombre es Ahmed Hussein al Shara. Nació en 1974 en la localidad siria de Al Rafid (Altos del Golán). Participó activamente como miembro de Al Qaeda en Irak contra las tropas estadounidenses que habían invadido el país en marzo de 2003, muy próximo a Al Zarqawi. Capturado por Estados Unidos, estuvo preso en Camp Bucca hasta su liberación en

2008.

26. Con la implicación de Teherán y Ankara, Moscú logró el 4 de mayo establecer cuatro zonas seguras en territorio sirio, en las que, durante un plazo inicial de seis meses, se impuso el cese de hostilidades, la prohibición de la circulación de armas, las necesarias garantías de seguridad para la población civil, la ayuda humanitaria sin restricciones y la reconstrucción de infraestructuras. En concreto se trataba de la provincia de Idlib, en el norte; Guta, suburbio oriental de la capital; varias zonas de la provincia de Homs; y la zona fronteriza con Jordania, a lo largo de Deraa y Al Quneitra, donde Washington apoya a varios grupos rebeldes contra el Gobierno sirio y efectivos de Dáesh. En julio de 2017, en su primer encuentro personal, en el marco de la reunión del G-20, Trump y Putin anunciaron su acuerdo para establecer otra nueva zona de alto el fuego en el suroeste del país (Deraa, Sweida y Quneitra).

27. Aunque diez años después de su creación su cuartel general sigue ubicado en Stuttgart, debido a la reticencia de los gobiernos africanos para asumir el coste de prestar su territorio para tal fin, AFRICOM (mando estratégico estadounidense para el continente) ya tenía en mayo de 2017 un total estimado en unos 1.700 efectivos de operaciones especiales y asesores desplegados sobre el terreno, implicados en 96 misiones de muy diverso tipo en 21 estados africanos. Dáesh —ya presente en al menos Camerún, Chad, Kenia, Marruecos, Níger, Nigeria, Senegal y Túnez— es, obviamente, el punto de confluencia de la mayoría de las actividades militares que Washington lleva a cabo en esos países.

Document Outline

- Presentación
- Capítulo 1. Inevitables disquisiciones terminológicas
- Capítulo 2. Una criatura con un pedigrí terrorífico
- Capítulo 3. Mucho más que un grupo terrorista
- Capítulo 4. Violencia y más violencia
- Capítulo 5. Dáesh en España
- Capítulo 6. Explorando el futuro inmediato
- Bibliografía
- Notas